CRIMEN & CIA.

Boileau-Narcejac

El contrato



SERIE MAYOR

G. ES ASESINO A SUELDO. Para un oficio tan discreto, basta simplemente una inicial. Antes de ejercer esta profesión, G. había trabajado en un circo, donde exhibió su habilidad con el winchester, lo que despertó la admiración y el interés de Monsieur Louis, el enigmático individuo que le encarga sus trabajos. Mientras se trató de eliminar a crápulas, G. no dudó ni un momento. Pero un buen día (o quizá malo), hiere a un perro lobo al ejecutar a su dueño, y de ahí surge una extraña relación entre el hombre y el animal, pues la presencia constante de un perro cojo a su lado convierte a G. en un objetivo fácilmente localizable para la policía y los esbirros de Monsieur Louis.

Pierre Boileau & Thomas Narcejac

El contrato

Crimen & Cía. (Serie Mayor) - 5

ePub r1.0
Titivillus 02.06.2020

Título original: *Le contrat*
Pierre Boileau & Thomas Narcejac, 1988
Traducción: Jorgina Balaguer

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Boileau - Narcejac

PIERRE BOILEAU Y THOMAS NARCEJAC formaron uno de los *tandems* más refinados y mejor compenetrados de la literatura criminal. Además de su copiosa producción de ficción —considerada como la más revolucionaria de los últimos años —, son autores de diversos ensayos teóricos sobre el género y algunas de sus novelas han servido de base para excelentes películas, como «Las diabólicas» de Clouzot o «Vértigo» de Hitchcock.

A la memoria de Mabrouk,
el perro que tenía corazón
de hombre

I

—¡Espero a alguien! —dice G.

El camarero se disculpa y G acerca la silla. No dejar nunca junto a sí un sitio vacío que alguien pueda creerse con derecho a ocupar. En el cine, sentarse siempre en el fondo, junto al pasillo. Avisar al acomodador: «¡Espero a alguien!». Evitar los transportes públicos. Siempre hay algún taxi cerca. O bien preferir ir andando, así se puede vigilar los alrededores. ¡Pero echando una ojeada rápida! ¡G está acostumbrado! ¿De qué habría de tener miedo? Tan sólo necesita sentir espacio libre, a derecha e izquierda. Pararse, si quiere. O cambiar de dirección. Siempre con paso resuelto. Como quien se pasea, que mata el tiempo, que no tiene nada que reprocharse. En este momento, sentado en la terraza del *Univers* toma tranquilamente un café, siguiendo con mirada distraída el movimiento de la calle, el baile de los botones abriendo y cerrando las portezuelas de las limusinas, delante del gran hotel próximo. Un Bentley se detiene. Una criatura de ensueño se apea y estira una pierna y un muslo de una redondez turbadora. Pero no, G no está turbado. El Bentley, la belleza rubia que se aleja, sujetando descuidadamente bajo el brazo un caniche como si de un bolso se tratara, todo esto podría comprarlo, a pesar de su aspecto más que modesto. Su gozo, el suyo, estriba en ser G, una simple inicial, ni siquiera mayúscula, un transeúnte de identidad incierta, una mirada que todo lo ve, pero en la que nadie se fija. La avenida está abarrotada de coches con los portaequipajes sobrecargados, cestos, bicicletas de niños, tumbonas, tablas de surf, el alegre desfile de los veraneantes de agosto al completo… G concibe vagos proyectos. Ni siquiera son proyectos pues está algo adormilado. Son, sencillamente, las imágenes que acompañan una feliz digestión. El río, el suspiro amoroso de una rana entre los nenúfares, una chalana de borda baja con una mujer tendiendo la colada.

La detonación estalla de repente, seca, vibrante, como un cañonazo que explota junto al oído. Hay un segundo de silencio, de estupor. Se oye un ruido de platos rotos, y empieza el horroroso tumulto que sigue a los atentados. A pesar de toda su sangre fría, G pierde un poco la cabeza. En su huida, unos

clientes le empujan, le ensordecen con sus gritos de espanto. Su mesa es apartada de un golpe, la taza y la cafetera se estrellan contra el suelo. Se pone furioso. «¿A quién se le ocurre? Sí, es una bomba, pero no aquí… al lado…». Casi tiene ganas de gritar «Calma», pero se recupera enseguida. A ser posible, evitar las preguntas de la policía y de los periodistas. Van a llegar de un momento a otro. G se sacude la ropa. Los cristales rotos crujen bajo sus pies. En la calle, el tumulto semeja el de una manifestación. Apenas si se oyen las primeras llamadas de auxilio. G se abre paso entre los curiosos que han invadido ya la acera. Sujeta su pañuelo delante de la boca, como si estuviera recuperando el aliento, y se cuela entre los coches parados y los grupos que han venido a ver qué pasa. Busca un hueco entre las espaldas apretujadas y la gente que se amontona. Es bajito y le obligan a retroceder con brusquedad. Pero la llegada de los bomberos y de un furgón de policía provoca movimientos en el barullo y G se cuela hasta la primera fila. Delante del hotel, hay como un espacio prohibido que escupe ligeras fumarolas. Huele a incendio, a levantamiento, a guerra civil. La puerta giratoria se ha desencajado y, en el vestíbulo del gran hotel, unas siluetas corren en todas las direcciones, irreconocibles; ese hombre de la cara ensangrentada, puede ser un jefe de comedor; o ese herido que parece llamar al mozo que tiene las manos crispadas sobre una maleta reventada, un cliente. G observa sin perder detalle. Siente deseos de cargar su pipa, pero estas cosas no se hacen. Uno tiene la obligación de integrarse en la muchedumbre, de experimentar la misma emoción, de dejar circular libremente, como un fluido, la sensación de multitud. Pero uno tiene derecho a preguntar a los vecinos circunstanciales.

—¿Usted ha visto algo?

—¡Y tanto! Ha huido hacia el Rond-Point.

—¿Quién?

—El terrorista. Iba disfrazado de botones.

—¡Qué va! Llevaba una bolsa.

Unos enfermeros corren, desplegando y zarandeando las camillas.

—Hay un montón de muertos, allí dentro. ¡Imagínese! ¡A la hora de comer!

La concurrencia se dispara, se carga de violencia.

—¡Que los maten! Sin compasión.

G escucha… Es la primera vez que se encuentra en el meollo de un suceso y que lo vive en caliente. Ha leído artículos, contemplado imágenes: los cuerpos que se llevan al galope, las camillas que embuten en las ambulancias… Sí, claro, hay de qué estremecerse, pero brevemente, y a flor

de piel. Pero aquí es otra cosa, por los rostros despavoridos y los gemidos de la muchedumbre, a medida que van retirando las víctimas, algunas cubiertas apenas por una manta bajo la cual asoma un pie. Detalles así son los que duelen. G, a pesar suyo, saca la pipa y la mordisquea. Una voz a su derecha.

—Dicen que el tío ese en su tierra era un pez gordo.

—¿De dónde era?

—De por allá, de algún sitio perdido de África. ¡Estaba con su secretaria! Ella también ha recibido. La granada estaba atada al cuello del perro. Así que ya ve cómo se las gastan.

G, cosa que no hace nunca, se imagina la escena. El criminal cruza la puerta giratoria. Ha sujetado una granada en el collar. Le saca el pasador, y le muestra al perro su presa.

—Anda, ve.

Y el perro echa a correr mientras el asesino se aleja. Una granada que explota en medio de la muchedumbre. G se hace cruces. Al menos cuatro o cinco muertos y una decena de heridos. Una carnicería. ¡Esto es el terrorismo, sí señor! ¡La destrucción indiscriminada! ¡Emplear perros! ¡Da náuseas! Está profundamente trastornado, como un profesional concienzudo ante una chapuza. La policía llega y hace retroceder a los mirones. Hay ahora unos funcionarios parloteando, a la entrada del vestíbulo. Fogonazos. Los fotógrafos disparan por doquier, captando todos los detalles, los cascotes, la sangre: carne de noticiero.

G retrocede, se funde entre la gente. ¡Qué coincidencia, de todos modos! Mira que si llega a pasar por delante del hotel en el preciso momento en que el individuo…

Se detiene, carga la pipa. Lo mejor es avisar a Monsieur Louis. No han escogido bien la fecha, eso es todo. Inclina la cazoleta de la pipa hacia la cerilla. ¡Lo que faltaba! Le tiembla ligeramente el pulso. Necesita dos cerillas… ¿Por qué está trastornado? ¡La impresión, seguramente! ¡Esa detonación bestial, que le ha sacudido hasta los dientes! Durante un segundo, creyó que le acababan de disparar. Bueno, ¡es una coincidencia! ¡No tiene por qué darle más vueltas! Baja por los Campos Elíseos, cruzándose con transeúntes que se apresuran hacia el lugar de la tragedia. Que los demás se dejen dominar por el pánico, ¡allá ellos! ¡Pero él no! ¡Sobre todo él no! Monsieur Louis se enfadará. ¡Y qué! Tampoco viene de una semana. Cruza la explanada de los Inválidos, entra en una zona totalmente tranquila. Aquí todavía no se han enterado de que acaba de producirse un atentado. Sin

embargo, se oyen ambulancias, pero lejos ya, como de costumbre. G entra en una cafetería y baja a telefonear. Llama:

—¿Monsieur Louis?

Una voz responde: «Se equivoca».

Son las maniobras de reconocimiento habituales. Seguidamente hay que decir:

—De parte de Georges.

Silencio, luego, en un susurro, la voz grave de Monsieur Louis. No deja hablar a su interlocutor:

—Ya sé, murmura… El atentado contra el ministro de Burundi. ¿Y qué? No le concierne a usted… Dispone de cuatro días. Y le ruego que no me vuelva a llamar.

Cuelga. Inútil argumentar. Se mantendrá en sus trece. ¡Cuatro días para poner a punto una operación tan delicada! Verdaderamente, es echar a perder el oficio. Pero, por otro lado, eso le permitirá actuar, empalmar un gesto con otro y encender la pipa con una sola cerilla. A partir de ahora no hay que perder ni un minuto. Primero, alquilar un coche. G tiene un abono en Avis. Puro trámite. Un Peugeot blanco, impecable. Los papeles están en regla. G ha escogido los de Georges Vallade, profesor en Nantes. Gracias a Monsieur Louis, posee diversas identidades. Casi cada mañana, por diversión, decide su personalidad del día. Representante de comercio, o viajante de libros, o ingeniero en excedencia. Desgraciadamente no se puede cambiar de cara. Siempre utiliza la misma foto. No es muy nítida, intencionadamente. Una cara delgada, de mirada huidiza. G es cualquiera. Ningún signo distintivo. Arranca al volante de su Peugeot y encuentra, por suerte, un hueco donde aparcar cerca de la estación de Lyon. Ahora, todo lo que hace forma parte de la rutina. Le gusta repetir los guiones que se sabe de memoria. Y hasta se sentiría feliz, aquella pequeña y cotidiana felicidad suya, si no hubiera sido por esa granada que le ha destrozado la jomada, haciendo como un inmenso agujerote. Algo horrible en lo que más vale no pensar.

La estación es un hervidero de gente apresurada. G se dirige hacia la consigna. Lleva la llave del casillero que recibió la víspera por correo. Monsieur Louis cree que es el procedimiento más seguro. Apenas busca. El casillero escogido siempre es uno de los de la hilera inferior. ¿Manía? ¿Precaución? ¿Superstición? O quizá la forma de inspirar confianza a G. «¿Lo ve? ¡Todo va bien!». G abre el estrecho cajón metálico donde está encerrada la bolsa de golf que contiene un surtido de palos bien nutrido. La saca, sin mirar a su alrededor. Es un veraneante que se va a jugar al golf. Agarra

firmemente la bolsa erizada de cabezas planas como cabezas de cobras. Por el peso, nota en seguida que el arma está escondida allí, como de costumbre. Se aleja silbando suavemente. Comportarse siempre como si le estuvieran vigilando, aunque, en este momento, cada cual sólo vaya en pos de lo suyo. Coloca la bolsa en el maletero, con mucha suavidad a causa de la mira telescópica. Monsieur Louis es quien se encarga del fusil. En todo este tiempo, nunca ha cometido el más leve error. En cuanto G ha elegido el arma en función de su objetivo próximo, todo lo demás, lo que G llama la intendencia, incumbe a Monsieur Louis. G nunca ha intentado saber cómo lo hace. De dónde sale el fusil, quién lo recupera y lo hace desaparecer, no es asunto suyo. Todo lo que le exigen es que alquile su puntería sin hacer preguntas. Llega, apunta, dispara una vez, casi nunca dos, y desaparece. Lo demás es asunto de los periodistas. G ni siquiera lee siempre los periódicos. Lo único que sabe es que ha intervenido para zanjar un conflicto. No tiene por qué tomar partido en las pugnas de intereses que enfrentan a los poderosos. Le pagan. Espléndidamente. Si rechistara, si manifestara curiosidad, o independencia, surgiría entonces de las sombras otro tirador para restablecer el orden. Aunque… G sonríe. Otro tirador: tampoco corren por las calles… ¡Incluso se los podría contar con los dedos de una mano! O tendrían que lanzar sobre la presa elegida a algún loco visionario dispuesto a saltar él también por los aires… o que sacrificar perros, y eso sería una abominación…

G sale del aparcamiento y arranca. ¿Por qué tamaña abominación? Porque… En el fondo, porque la puntería del tirador transforma el crimen en una proeza; en cambio lo de la granada en el cuello del perro da náuseas. Una bala, una única bala, de lleno en la cabeza, es suficiente para convertir a la víctima en una especie de colaborador, algo así como el ayudante del prestidigitador. A veces, da la sensación de que el muerto se levantará y saludará. En cambio aquella agresión indiscriminada que salpica las paredes… no, es intolerable.

Conduce con suma prudencia, como siempre. Las calles, por Montmartre, están casi vacías. G vive en un pequeño apartamento amueblado en la rue Fontaine. Ahora, en época de vacaciones, sobra sitio para aparcar. Estaciona delante de su casa y, sumido en sus reflexiones, tarda un poco en apearse del coche. Verdaderamente, el terrorismo constituye la forma más tosca del asesinato, se la podría calificar como la más ordinaria, la de «peor educación». Llegados a este punto, se embrolla un poco en su reflexión. Siente confusamente que entre el puré de entrañas de una masacre y el limpio orificio de un proyectil debe existir una diferencia de naturaleza. Pero sí está

empezando a comprender que la destrucción masiva que paulatinamente va desbancando la ejecución fina y pulida, está acabando con su oficio. La mecanización del asesinato amenaza con ocupar el lugar de la mano del artista, y no sólo comenzarán a escasear los contratos, sino que se las arreglarán para ir eliminando a los antiguos servidores ahora inútiles y peligrosos. En el fondo, esta coincidencia que ha hecho que los caminos de dos verdugos se cruzaran de forma tan extraña, no es más que el signo de los tiempos. La vieja técnica y la nueva escuela.

G, agobiado, sale del coche y pone a buen recaudo la bolsa de golf. ¡Cuatro días! Monsieur Louis desvaría. Mientras se desviste sigue pensando. Está acalorado, pero la ducha apenas le alivia. Monsieur Louis también ha cambiado. Antes era distinto, a pesar de sus modales bruscos. Sabía con quien estaba hablando. Entonces todavía no imponía unos plazos ridículos que complican tanto el trabajo. Uno tenía carta blanca. Uno podía tomarse el tiempo necesario para estudiar el terreno y las costumbres del condenado. El honor profesional exigía una ejecución sin sufrimiento. Había que escoger el arma con detenimiento, como un músico que duda entre varios instrumentos.

G se da friegas de colonia. Le gusta sentir la piel bien seca para que no le moleste el roce de la camisa. Piensa nuevamente en Monsieur Louis. ¿Por qué se habrá vuelto tan cortante de repente? ¿Por qué se meterá en detalles que no son asunto suyo? ¿Por qué prepara un expediente de cada asunto cuando antes ni se le ocurría dar su parecer, y en cambio ahora casi aconseja cómo ejecutarlo? ¿Y el pago del contrato? No hace tanto tiempo, mandaba por correo en cajas de cartón meticulosamente calibradas la primera mitad del importe en metálico, y más adelante la otra mitad. Ahora, desde que se le ha ocurrido imponerle a su empleado un abanico de identidades, ingresa directamente en la cuenta de Georges Vallade, o de Frédéric Collin, o de Marcel Rivoire, o de dos o tres más, unos cheques evidentemente cómodos, pero que hacen que uno se sienta dependiente, lo que resulta estúpido y humillante.

G carga la pipa mientras pasea arriba y abajo por su pequeño apartamento de soltero: tres habitaciones someramente amuebladas. Su verdadero hogar lo constituye la casita de campo que ha dispuesto para cuando se retire, a escondidas, como un zorro que acondiciona su madriguera, en el lindero del bosque del Gâvre. A dos kilómetros del diminuto pueblo de La Touche-Thébaud, y junto al río. Un rincón remoto. Pero con todas las comodidades. Irá a pasar el verano allí, en cuanto acabe el contrato. ¡A propósito, ese contrato!

G se dirige al cajón del escritorio en busca del paquete que contiene todas las instrucciones. Se sienta en su sillón y, con precaución —todo lo hace con precaución—, manipula el abrecartas con cuidado para no rasgar el sobre. Extrae un plano extremadamente preciso. El chalet del presidente Langlois está situado a media ladera, en el barrio nuevo de Mont-Chalusset. Constan las medidas de la parcela, la orientación de las habitaciones, su uso, las distancias entre la terraza, la avenida principal del jardín y el acceso privado que lleva a la calle. La villa *Las Alheñas*. No hay equivocación posible. El presidente llegó hace dos días para una estancia de un mes. Tiene sesenta y ocho años. Es viudo y vive solo, como un viejo misántropo. Cada mañana una asistenta viene a limpiar, barrer y hacer la compra. El presidente padece una afección intestinal. El mozo del hotel más próximo le sube el agua del manantial. Monsieur Louis ha alquilado un chalet, Los *Tulipanes*, construido de tal modo que desde allí se dominan la terraza y los jardines del presidente. Se comprende fácilmente por qué ha elegido este observatorio. La llave de *Los Tulipanes* viene en el paquete. G no tiene más que instalarse, como si el inquilino, Félicien Boyard, le hubiera prestado la casa. Todo está en regla. Nadie se sorprenderá si G se limita a estar de paso. Ningún vecino tiene de qué extrañarse. La nevera está surtida. Hay un televisor en la sala de estar. Por si acaso, G debe saber que durante este viaje se llama Marcel Rivoire. Le recomiendan que ejecute al presidente cuando pasee por el jardín. Más abajo, a ambos lados, hay unos hoteles cuyos huéspedes pasan casi todo el día en los manantiales; de modo que el inquilino de *Las Alheñas se* encuentra prácticamente en un aislamiento casi total.

Monsieur Louis, con toda la desfachatez, concluye: *Trabajo fácil: ruego recoja todos los documentos y me los envíe por correo certificado*.

Además, el sobre contiene un folleto de Châtelguyon. Unas flechas en tinta roja indican el camino más fácil para llegar a Los *Tulipanes*. Hace años, G pasó una vez por esta ciudad. Fue en la época de Mónica. Lo recuerda todo, pero no tiene tiempo para soñar…

Si pretende llegar durante la noche a Châtelguyon e instalarse sin hacer ruido, no tiene ni un minuto que perder. Parece un soldado de permiso con toda su impedimenta a punto. En un abrir y cerrar de ojos está listo para partir. Recapitula: una muda de ropa interior, un botiquín de urgencias, una caja de maquillaje que, por cierto, nunca utiliza, una cazadora, unos pantalones con muchos bolsillos, zapatillas deportivas, diez metros de cuerda de nilón, y también, por si acaso, su pequeño neceser de caco… Eso es todo, poco más o menos… La bolsa de golf, por supuesto, y lo más importante, el

fusil. Lo saca de la bolsa, coloca la mira telescópica y el silenciador; prueba el arma y acciona sus mecanismos que suenan limpiamente, se la encara con gesto maquinal y la dirige hacia las casas de enfrente cuyos postigos están echados. Al enfocar bien la imagen, parece como si la calle se le viniera encima, como con unos prismáticos. Delante de la panadería hay una moto. Procura inmovilizarla exactamente en el medio del colimador, donde se ve la cruz que indica el centro del blanco. La moto se mueve, está ligeramente desplazada del punto de mira. Como si lo hiciera deliberadamente. G baja el fusil, se frota los ojos y vuelve a empezar. Ahora comprende. Le ha temblado el pulso. El de la mano izquierda, la que sostiene el fusil y que ha de tener la firmeza de una horquilla de acero. ¡Oh! Apenas tiembla, lo justo para que dé la impresión de que el blanco se desplaza muy suavemente, de que oscila alrededor de la intersección de las líneas. Sobre todo no crisparse; encontrar un nuevo punto de apoyo sobre las piernas, volver a dirigir progresivamente el cañón hacia el objetivo, sin prisa, como paseándolo. ¡Si tuviera que disparar a quince o veinte metros, la precisión sería suficiente! Pero quizá tenga que abrir fuego desde unos cincuenta metros, y entonces, una desviación imperceptible a la salida provoca un desastre a la llegada. Como si utilizara una granada, tanto da. Vuelve a oír de nuevo la explosión en su cabeza. Hace horas que la tiene ahí, como una migraña. Hace ver que se dedica tranquilamente a sus preparativos pero la explosión retumba en sus oídos y ahora le persigue en el brazo, le acosa en el visor, le desarma. No duda de que se trata de algo pasajero. Jamás le han traicionado sus manos, nunca. Deja el fusil encima del sofá-cama y se frota los dedos, los estira, los hace crujir, abriendo y cerrando rápidamente los puños. Luego acaricia y mima su fiel máuser, su preferido, capaz de dar en un blanco del tamaño de la uña del dedo meñique a doscientos metros. No es el momento de flaquear. La granada, ¿bueno, y qué? Ocurrió en otro mundo, en un mundo paralelo. Estira ante sí ambas manos bien abiertas, como si se dispusiera a prestar juramento. Permanecen inmóviles, juntas. Ni asomo de temblor. Son sus manos de siempre, tan famosas en la órbita de Monsieur Louis. Pero por si acaso, va a lavárselas con agua templada y a echarles colonia.

Y ahora el arma al hombro. Las manos sueltas. El visor barre la calle, se inmoviliza sobre la moto, parece concentrarse en el centro del manillar. ¡Ahora! Hay que apretar el gatillo en esa milésima de segundo. Pues no, ya que el fusil parece sentirse atraído por el pequeño velocímetro situado en un extremo del manillar: vuelta al punto de partida. Ahora parece que sí está dispuesto a empezar de nuevo su lento deslizamiento hacia la derecha. Basta

con que se detenga un instante sobre el punto elegido. Desgraciadamente no se detiene, pasa de largo. ¡Basta! ¡Vuelta a empezar y se acabó! La mano se tuerce un poco bajo el peso el arma. La moto sale de campo. No vale la pena seguir insistiendo. Falló.

Un ligero sudor humedece las sienes de G. Por el peso del arma: ¡qué más quisiera! Es más ligera que sus rivales. Apenas cuatro kilos y medio. La escogió precisamente por eso. No puede ocultarse su propia inquietud. Tiene que estar dentro de unas horas en Châtelguyon, pero ¿qué ocurrirá si se siente incapaz de disparar cuando esté apostado? Una imagen le viene a la mente: tiene una cita allí; y se imagina a su víctima gritándole: «¿Listo? ¿A qué espera?».

Abrumado se sienta con las manos en las rodillas. De nuevo su mano izquierda vuelve a ser presa de un temblor. El dedo corazón y el anular se estremecen. G trata de intervenir; recurre a su voluntad. Pero su mano ya no le obedece. De pronto ha adquirido una especie de libertad ostensible… sube, baja, tiembla, tamborilea, y G, asustado, tiene que agarrarla con la otra, apretándola contra su pecho, repitiendo: «¿pero qué nos pasa?». De repente, se decide. Busca las señas del médico en el listín telefónico. Ojo, aquí se llama Georges Vallade. ¿De verdad vale la pena? El temblor ha cesado. Sin embargo, insiste. Quiere estar seguro. ¡Ya!

—¿Oiga? ¿La consulta del doctor Nguyen Ho? ¿Podría visitarme en mi casa? Georges Vallade, rue Fontaine, encima de la tienda de música…

—¿Qué le pasa? —pregunta el médico.

—No lo sé. Algo me pasa en una mano.

—Bueno. Ahora voy. Tiene usted suerte de que todos mis pacientes estén de vacaciones.

El médico ríe y G se vuelve a sentir más animado. Ante todo, lo que necesita es que le tranquilicen, aunque parezca ridículo.

II

Todo lo que le ocurre es culpa suya. ¡Si se hubiera entrenado debidamente!… Pero así son las cosas: uno se toma por un superhombre y luego… Esa palabra le hace sonreír. Un superhombre ¡con sus cincuenta y dos kilos y su estatura de *jockey*! Sí, pero tiene la mirada aguda del ave rapaz, capaz de escudriñar, de captar cada detalle, de introducirlo en la memoria como si de un ordenador se tratara; una mirada que, multiplicada por diez por la lente del visor, desencadena el rayo que da en el blanco infaliblemente. Entonces uno se siente invencible. Se olvida de que tanto el ojo, como el brazo y el dedo se van gastando poco a poco, mes a mes; de que debe permanecer atento a su fragilidad, comprobarla, controlarla no sólo con ejercicios cotidianos, sino también con una dieta alimenticia estricta y unos hábitos de vida regulares. Cuando uno pretende conservar su prodigiosa puntería y quiere seguir siendo el virtuoso de la muerte instantánea, tiene que esforzarse sin descanso hasta que cada músculo obedezca y se quede clavado, petrificado, cuando se le ordena. Más de una vez G ha sentido envidia de los tiradores de élite de la policía que disponen de un local especial en el que, por la pared del fondo, van desfilando unas siluetas, y donde disparan a discreción, ora con la carabina, ora con el revólver, a ráfagas o tiro a tiro. Se entrenan a conciencia y, sin embargo, ni siquiera el más dotado alcanzará nunca la velocidad ni la especie de gracia inspirada que, por algún capricho hereditario, le ha legado el borracho de su padre. «Los Búfalos». Carteles en rojo y negro, con su padre vestido de cazador fulminando un elefante enorme; pero eso fue antes, mucho antes, cuando la familia disponía de un lujoso carromato detrás del circo, donde el grupo electrógeno funcionaba día y noche. Más tarde los carteles fueron perdiendo gancho cada vez más, hasta que acabaron por desaparecer. Y «Los Búfalos» cedieron el sitio a «Tom el Gaucho». Y luego el Gaucho le cedió a otro su Winchester y sus machetes… pero para qué desempolvar recuerdos tan gastados. Ya sería hora de que llegara el medicucho ese. ¡El remedio es simple! Hay que reanudar el entrenamiento lo antes posible. En el bosque del Gâvre por donde sólo pasan

leñadores de tarde en tarde. El silenciador amortigua en seguida las detonaciones. Ni siquiera se molesta a las ardillas. Y, para el revólver, allí al lado está el subterráneo espacioso y opaco del Cosmos, el club nocturno que quebró. Pero además G cuenta con todas las vacaciones ya que los contratos tienden a hacerse más escasos, y así se curará este ligero temblor. A pesar de todo, G tiene prisa por saber el origen de su molestia. Corre a abrir al médico, un hombre joven, de aspecto deportivo, vestido de tenista.

—Disculpe usted la indumentaria —dice el médico—. En estos momentos dispongo de tiempo libre y lo aprovecho para jugar un par de sets.

G le hace pasar al salón, donde lo ha vuelto a poner todo en orden.

—Bueno, dice el médico, ¿y esa pupa?

—La mano. Me tiembla.

—¡Déjemela ver!

Por suerte, la mano accede a agitarse desordenadamente. El médico la palpa, estira los dedos, examina el puño cerrado y luego cómo se abre lentamente la mano.

—Estire los brazos. Intente permanecer inmóvil. Visto. ¿Bebe?

—No.

—¿Drogas?

—En absoluto.

—¿A qué se dedica?

—Soy representante.

—¿Conduce mucho?

—Todavía bastante.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi cuarenta y seis.

—¿Casado?

—No.

—¿Alguna relación sentimental?

—No.

—¿Ha estado usted deprimido, últimamente? Le advierto que una depresión no quiere decir nada. Me refiero a si toma usted tranquilizantes.

—No.

—¿Podría darme un trozo de cordel?

—Pues claro.

G va a la cocina y trae un ovillo.

—Corte un trozo de unos cincuenta centímetros. ¡Por aquí! ¡Así! Con eso basta. Ahora córtelo por la mitad y ponga los dos trozos uno al lado del otro

sobre la mesa. Ahora haga un nudo para juntarlos. Perfecto. Usted es zurdo. Ha sido su mano izquierda la que ha iniciado el movimiento. Observe cómo el pulgar y el índice no consiguen coger el cordel a la primera. El índice repica, falla, se pone nervioso y de esta forma comienza el temblor, que se contagia a los demás dedos. No vale la pena que siga pues la mano derecha, a su vez, se pondrá tensa, y no conseguirá anudar los dos pedazos de cordel hasta que lo haya intentado varias veces, cosa que le sacará de quicio.

Se produce un momento de silencio. Finalmente, G se atreve a plantear la pregunta.

—¿Significa eso que tengo parkinson?

—No, qué va. No voy a darle una clase de medicina, pero es sabido que el temblor de parkinson es un temblor de reposo, que se manifiesta tras un esfuerzo, en cambio el de usted sólo aparece al iniciar el esfuerzo, o sea cuando le pide a su mano que se ciña a un objeto. Por lo tanto, no se asuste. Tiene fácil cura. ¿Hace tiempo que se ha manifestado este temblor?

—No.

—¿Cuándo?

—Hace unos días.

—¡Estupendo! Es usted el paciente ideal. ¿Y cómo se presentó? ¿Después de una emoción fuerte o de un período de cansancio? Veamos cómo está de tensión.

Saca su instrumental, se apodera del brazo de G.

—11-7. No es ninguna maravilla. Vamos a empezar por ponerle un poco a tono. Me ha parecido ver una maleta en la entrada. ¿Se va de viaje?

—Sí.

—¿En breve?

G no se atreve a contestar: dentro de un rato. Dice: mañana.

—¿Va usted lejos?

—A Vichy.

—No es lo que más le conviene. ¡600 kilómetros de embotellamientos! Cuando llegue, consulte a un neurólogo y concédase un mes de descanso. Pero sobre todo no se preocupe. Si se dedicara a un oficio de alta precisión, sería otra cosa. A propósito, ¿qué vende usted?

Afortunadamente, G tiene la imaginación rápida.

—¡Herramientas de jardinería! —dice.

—Perfecto.

Mira el reloj, se disculpa, saca una receta de su maletín y un bolígrafo, se sienta sin mayores cumplidos delante de la mesa.

—Tres comprimidos de Trivastal al día, pero sobre todo vaya a ver a un neurólogo. ¿Nombre? ¿Apellido?

G vacila. La memoria en blanco. El médico le observa y acota con amabilidad.

—Está usted realmente muy cansado.

—¡Georges Vallade! —exclama G—. Y gracias por haber venido tan deprisa.

Le acompaña hasta el vestíbulo, vuelve a sentarse. ¿Por qué un neurólogo? Se mira la mano con asco, como si ésta se negara a reconocerle como su dueño. ¡Venga! No es el momento de perder el tiempo. Hay que partir. El presidente Langlois le espera.

Son las cinco. G sigue pensando. ¿Partir? ¿No partir? Por un lado, no alcanzar a Langlois. ¡Por otro, desatar las iras de Monsieur Louis! Abre y cierra la mano varias veces. ¡Vamos! ¡Esta mano funciona! Lo suficiente para sostener el fusil durante unos segundos. ¡Ahora no puede echarse atrás!

Para estar seguro de que ha previsto todas las eventualidades, mete también en la bolsa su Smith & Wesson calibre 38, el modelo llamado Terrier Doble Acción, un revólver más temible en las distancias cortas que una carabina. Y además, pensándolo bien, también coge sus gemelos de turfista. Despliega sobre la cama el mapa de carreteras. El trayecto hasta Clermont-Ferrand es directo por Moulins y Riom. Llegará a Châtel de madrugada. Tanto mejor. Sería de extrañar que no encontrara, en las cercanías de Nevers, alguna estación de servicio abierta por la noche donde comer un bocadillo y tomarse un café. El tiempo es bueno. Y además, a fin de cuentas, no tiene parkinson. Poco a poco va recuperando la confianza en sí mismo. Echa una última ojeada a su instrumental, la mira telescópica envuelta en su gamuza, el fusil dentro de la funda, escondido entre los palos de golf, los cartuchos en el fondo de la bolsa, con las cajas atadas entre sí con cintas de goma para evitar que se muevan. Todo a punto.

Cierra puertas y ventanas. También los contadores. El coche está aparcado frente al edificio. Casi no hay circulación. Un par de autocares de turistas que suben hacia Pigalle. Coloca la maleta y la bolsa a su lado, en el asiento del pasajero, y las cinchas. Se queda un momento ensimismado. La explosión de la granada todavía perdura en su cabeza, pero meramente como el recuerdo de un ruido. Y este viaje por las carreteras veraniegas, por mucho que diga el médico, no resulta desagradable. Arranca con suavidad, sintoniza en la radio la emisora de France Infos y se pone a la escucha. Es la mejor manera de enterarse en pocas palabras del desarrollo de la investigación. No tarda mucho

en saberlo. La víctima escogida era un alto funcionario de la ONU. Hay dos muertos más, su secretaria y una doncella. El terrorista llevaba un caniche en brazos, de forma que presentaba un aspecto inofensivo. El botones, que ha recibido un pedazo de metralla en la pierna, vio todo lo ocurrido. El hombre dejó el perro en el suelo, y señaló a alguien con el dedo gritando: anda ve, corre. Posteriormente se ha sabido que se trataba del perro de la secretaria.

El perro se abalanzó sobre su dueña que caminaba junto a su director, y se produjo la tragedia que todavía no ha reivindicado nadie. El terrorista desapareció entre la multitud. Naturalmente, se carece de una descripción exacta. El botones, bajo los efectos del choque, no ha podido facilitar más que informaciones confusas.

¡Cuidado! Un coche de policía le ha pedido paso. G deja que se aleje. Las salidas de París deben de ser un hervidero de polis, pero la circulación es demasiado densa como para que puedan registrar a todos los vehículos. G, a través de la chaqueta, se palpa la cartera. Georges Vallade, etc. Todo está en regla. Curiosamente, ha recuperado la calma. Sus manos descansan apaciblemente sobre el volante.

El origen del mal está en su cabeza. Es en la cabeza donde reside el temblor. G está dispuesto a tomarse el Trivastal, pero sabe, con repentina certeza, que se encuentra en orden de marcha, por así decirlo, como una máquina cuyos engranajes sólo se gripan si el conductor se deja distraer. Apaga la radio, y, para demostrarse a sí mismo que no necesita ningún médico, llena su pipa con la mano izquierda; lo que más cuesta es apretar bien el tabaco dentro de la cazoleta, forzando con el índice doblado. Después acercar el encendedor incandescente del salpicadero hasta la pipa. Sus dedos jamás se habían mostrado tan dóciles. No hay que olvidar que estuvo a punto, hace años, de dedicarse al ilusionismo. «Tiene manos de mago», solía decir Ricardo… G suelta una sabrosa bocanada de humo. Qué agradable es soñar cuando se conduce. Incluso cuando se está encajonado en una fila de coches, con una caravana delante y un camión de ganado detrás. ¡El buen Ricardo! Tan famoso como «Los Búfalos» en el Circo Univers. Era malabarista. G lo recuerda maravillado. Podía agarrar cualquier cosa y mandarla por los aires, botellas, sombreros, un zapato del payaso Augusto, el bandoneón del payaso blanco. «¡Déjame al chaval!» solía decir. Los Búfalos, el padre y la madre, no se ponían de acuerdo. Más que nada el padre, el mejor tirador de todo el Oeste, como afirmaban sus programas. «¡Tiene buen ojo!» decía refiriéndose al chico. «Sí, replicaba Ricardo, pero también tiene buena mano».

Y ahora G va camino de Montargis, con sus armas y su misión a cuestas. ¡Así es la vida!, piensa G, y heme aquí con otro contrato entre manos. Debo llevar una docena larga, si los cuento todos. ¡Doce contratos! Le gusta la palabra. La repite a menudo. Suena a comerciante, incluso a empresario, en cualquier caso a algo respetable. Para los asuntillos corrientes, Monsieur Louis dispone de unos pobres desgraciados que utiliza de intermediarios de un solo uso y que luego despacha sin más. Pero a los especialistas, a los que forman la élite de la profesión y que además no se conocen entre sí… sólo se les adivina por su tacto especial, por su forma de atacar a quemarropa, de estrangular, de ahogar. Y uno se dice para sí: esto es obra del Nantes, o del pequeño Quinquin… Éstos no suelen hacer chapuzas, y tan sólo los veteranos pueden vanagloriarse de haber sido contratados —¡pero a precio de oro!— más de una docena de veces. Así que la posibilidad de discutir con Monsieur Louis ni se plantea. Él ha fijado una fecha. ¡Pues vale! Hay que cumplir, con mano o sin ella, con temblor o sin él. Y si no hay forma de hacerlo de otro modo, qué le vamos a hacer, por primera vez habrá que disparar dos veces, o incluso tres.

Por la ventanilla entreabierta G respira la brisa del anochecer que huele a hierba. Va vigilando la carretera y de vez en cuando se pasa la mano por la nuca, pero todavía no ha llegado la hora del cansancio. Ha metido momentáneamente la pipa apagada en la guantera. Maquinalmente, vuelve a sintonizar el servicio informativo. En su opinión no hay nada nuevo. El asesino sigue suelto. El primer ministro ha confeccionado unas declaraciones solemnes. La policía va de cabeza. Un diputado de la oposición ha hecho una lista de todos los atentados que siguen sin resolver. El asesinato del presidente Langlois añadirá más leña al fuego. Estos pensamientos van surgiendo indolentemente en su cabeza. Gracias a las precauciones que ha tomado Monsieur Louis, G se siente protegido. ¿Quién es el presidente Langlois? Éste es el tipo de pregunta que no le entusiasma. Le da vueltas como se las daría a la definición de un crucigrama: busque una palabra de cuatro, de cinco o de seis letras. Carece por completo de interés. Si a ese pobre viejo le llaman presidente, será probablemente porque ocupa la presidencia del consejo de alguna sociedad mercantil. Si fuera un personaje importante dispondría de protección policial. A Monsieur Louis este detalle no se le habría pasado por alto.

Cambia de emisora. Quiere oír música. Pero música clásica, de esa que siempre parece que toquen minuetos, no. Y esos chismes atronadores que le taladran a uno los oídos, tampoco. Le gustaría oír canciones de las de antes.

Las canciones de amor no le desagradan. Le traen recuerdos. ¿Con cuántas mujeres ha estado?…

Un frenazo recorre la fila. Ya estamos. ¡El control! Justo cuando el cielo del atardecer se tiñe de rojo, cuando uno todavía no sabe si debe encender las luces de posición o las de cruce. Uno se siente culpable. Todos los policías, apuntando con sus linternas hacia el interior de los coches, resultan amenazadores. G exhala buena fe bajo el haz de luz de la linterna.

—¡Siga! ¡Circule!

Apenas ha surgido el peligro y ya ha pasado. De todos modos, ha sentido miedo y se fija en seguida en su mano que tiembla sobre el volante. ¡Qué susto! Le fallan los nervios. ¡No es posible! ¡Qué disparate! Se enfada consigo mismo, se insulta. Al cabo de un momento detiene el coche en un área de servicio y respira lentamente, como un atleta exhausto que trata de recuperar el aliento. Reflexiona sobre su caso. Todo empezó después del atentado, cuando necesitó dos cerillas para encender la pipa. Así que este espasmo nervioso está relacionado con la explosión de la granada. ¡Acaso en el momento en que mataba a tres personas, la granada le hirió irremisiblemente! Monsieur Louis nunca le perdonaría semejante debilidad. Con él no valen las disculpas, ni los malestares, ni las migrañas, ni los mareos. Los fusiles no sienten ni padecen.

Se seca la cara empapada de sudor. Seguir un tratamiento, sí, claro, pero después de la ejecución, y sin que nadie se entere. Ya no está lejos de Nevers. La circulación se ha vuelto más fluida. Estudia el mapa de carreteras. Moulins… Saint-Pourçain. ¡Falta tanto todavía hasta Châtelguyon!

¿Quizá está demasiado viejo? Puede que ese ligero trastorno de los reflejos no constituya, precisamente, más que un primer indicio. Carga su pipa. Le sobra tiempo, siempre y cuando llegue de madrugada, cuando los agüistas aún duermen. Esa cuestión que no tiene ganas de plantearse, por qué no estudiarla ahora, mientras da un paseíto para estirar las piernas. Llegará un momento, inevitablemente, en que Monsieur Louis prescindirá de sus servicios, pero ¿se contentará con no dar más señales de vida? ¡Se acabarán las llamadas telefónicas! Los días, como para los actores envejecidos, transcurrirán grises y aburridos. ¡Es poco probable! Monsieur Louis es sin duda demasiado prudente. No hay que dejar que un sicario alimente sentimientos de rencor y tome sus precauciones, bajo forma de documentos que contengan revelaciones comprometedoras, por ejemplo. No resulta difícil encontrar notarios complacientes dispuestos a hacer llegar al Fiscal del Estado un escrito acusador. Monsieur Louis no es una persona confiada. En cuanto

no se cumplen sus órdenes en los plazos establecidos, o se comete algún error, empieza a sospechar. «Lástima», pensará Monsieur Louis, «con las aptitudes que tenía el chico…». Y rápidamente tramará cualquier retorcida treta que hará caer en la trampa, de improviso, al personaje molesto. G recuerda perfectamente ciertas desapariciones misteriosas… El Stéphanois, el individuo aquel de Saint Étienne por ejemplo. Sólo él poseía el secreto de llave de lucha libre que no perdonaba. Cuando los periódicos traían la noticia de un asesinato por desnucamiento, se sabía en el acto que era obra del Stéphanois. Posteriormente, y de repente, este tipo de asesinatos dejó de aparecer en los sucesos, pero no valía la pena tratar de averiguar el porqué.

Los coches siguen desfilando. De vez en cuando se detienen dos o tres, que se vacían de gente que corre hacia los árboles, hacia los setos.

«¡Qué noche más hermosa!», exclama alguien, abrochándose el pantalón. G vuelve a estar a solas. Está cansado, pero ya no tiembla. Reflexiona, mirando las estrellas. Es posible que Monsieur Louis ya tenga pensada la manera idónea de deshacerse de él. Son ocurrencias que se le pasan por la cabeza porque sí, como un juego, para demostrarse que es capaz de asumir lo peor sin trastornarse. ¡Vale! Monsieur Louis se apunta un tanto, por culpa del estúpido temblor. Pero mientras lo ignore, G seguirá siendo su agente preferido. Y la prueba de que Monsieur Louis le vuelve a dar otra oportunidad es la meticulosidad con que lo ha planeado y previsto todo. ¡Pero en fin! Nada más regresar, G empezará a preparar un contraataque, por si las moscas. G se vuelve a meter en el coche. Esta parada breve le ha resultado provechosa. En estos momentos, el presidente Langlois duerme. O quizá padezca insomnio y se pase una parte de la noche leyendo. «¡Le prometo que no le dolerá nada!», murmura G para sí.

Pasado Saint-Pourçain, sale el sol entre las brumas del amanecer. Enfrente suyo se adivinan confusos contornos montañosos. G empieza a sentirse agarrotado. Repasa su itinerario de memoria y vigila los postes indicadores. Por fin llega a Riom y luego al cruce de Châtelguyon. Las avenidas están desiertas. Los agüistas duermen. G circula despacio, buscando los nombres de las calles. Hay que dejar la avenida Baraduc antes de llegar al casino. Jardines. Residencias. Más niebla. Tomar el camino nuevo después del hotel Bellerive. Y he aquí *Las Alheñas*. Un hermoso chalet, al fondo de un camino cerrado por una verja. Sólo quedan por recorrer unos cincuenta metros. La calle hace una curva y termina delante de *Los Tulipanes*. G se apea, sin hacer ruido. Tiene frío en las manos y camina un poco para desentumecerse.

Monsieur Louis no le ha mentido. Desde *Los Tulipanes*, se domina *Las Alheñas,* y se ven las ventanas de la primera planta ligeramente más abajo. G explora el terreno rápidamente. No habrá más remedio que dejar el coche delante de *Los Tulipanes*, pero bastará con dar media vuelta y deslizarse pendiente abajo con el motor parado para poder salir silenciosamente. Abre la puerta de la casa con la llave que le ha mandado Monsieur Louis, inspecciona la planta baja sin hacer ruido. Como los postigos están cerrados, puede encender la luz. Todo es sencillo y se ve limpio. Como le aseguraron, la nevera está surtida: leche, tostadas, embutidos, fruta, lo necesario para subsistir de incógnito si fuera preciso. El primer piso consta de dos habitaciones. Un sofá-cama ya preparado, mesa, sillas, sillón, armario; el cuarto de aseo está bien equipado y G no se resiste al deseo de lavarse las manos con agua caliente. Luego, de pronto, se deja caer en el sofá. Voluptuosidad de relajar la tensión que le mantiene alerta desde la víspera. Pero ni hablar de dormirse. Sólo cinco minutos de descanso. Y pasados cinco minutos, vuelve a estar en pie, listo para pasar a la acción. Entreabre los postigos de hierro del dormitorio. Penetrante vistazo sobre la finca colindante. En efecto, justo por debajo, hay una terraza que queda casi por completo a la vista, por encima de un seto florido. El chalet del presidente sólo se ve al sesgo. Se accede a la terraza por una puerta halconera. Si se cruza la terraza, tres escalones llevan a un jardincito donde un mirlo picotea. Desde la puerta hasta el fondo del jardín, G calcula a ojo unos veinticinco metros. El presidente constituirá un blanco fácil en cualquier sitio. G, más tranquilo, empieza a descargar el coche. Se siente en forma. El aire perfumado que se respira en la ladera de las colinas se saborea como un licor. Antes que nada monta el fusil, fija la mira telescópica y el silenciador, introduce los cartuchos y, con gesto maquinal, apunta. La cosa funciona. Manos sueltas y a la vez firmes. Cabeza despejada. Todos los músculos preparados para asumir su papel. Luego, saca los prismáticos y los enfoca. De repente el mirlo crece y se vuelve tan gordo como un pollo. Son las cinco y media. Ahora, G fisgonea por la cocina, descubre el Nescafé y se prepara una taza. Sabe que no podrá intentar nada hasta el atardecer. Antes debe estudiar al presidente, sus gestos habituales, su modo de moverse, para cogerlo en una postura fácil. Así que es inútil encerrarse como si todavía no hubiera nadie viviendo en *Los Tulipanes*. Al contrario, hay que abrir las ventanas de par en par, comportarse como un auténtico veraneante y si el presidente, desde su terraza, le manda un saludo de buena vecindad, pues bien, G está decidido a devolvérselo.

¿Y después? ¿Cuando haya concluido el drama? Normalmente Monsieur Louis se encarga de todo. Seguro que por aquí cerca tiene a alguien para hacer desaparecer el cuerpo. ¡Cualquiera sabe cómo! O bien dejará que la mujer de la limpieza se ocupe de dar la alarma. G no ha intentado nunca saber cómo se las arregla Monsieur Louis para no dejar ninguna pista. Por eso sus huestes confían tanto en él y al mismo tiempo le temen tanto. G se asea, se afeita, prende la primera pipa del día. El presidente debe de levantarse tarde, así que lo mismo da bajar al parque, comprar los periódicos, dar una vuelta, la muerte puede esperar.

III

Empieza ya a amontonarse la gente en torno a los manantiales, agüistas recién levantados envueltos en sus albornoces, veraneantes que acuden al quiosco que domina los jardines a comprar los diarios; paseantes mañaneros que deambulan por las tiendas y que, por necesidad o por no llamar la atención, llevan consigo su vaso en un cestito redondo. No hay lugar en el mundo que pueda transmitir semejante sensación de paz. Pero por más que G se los mire, a unos y a otros, nadie tiene cara de estar enfermo. Parece un foro, donde la gente viene a cumplir un rito un tanto misterioso, poniéndose en las filas que se forman delante de las fuentes que llevan nombre de mujer. Fuente Suzanne, fuente Marie-Louise, fuente Henriette. Hay sillas de hierro por doquier, y algunas, dispuestas en círculo, sugieren la imagen de conversadores ociosos. G experimenta una sensación casi desagradable de desconcierto, como si hubiera cruzado la frontera de un país no del todo real. Ha cumplido muchos contratos insólitos, pero en lugares peligrosos, donde había que estar alerta. Aquí, al contrario, uno trata con gente indefensa, cuya única ocupación consiste en beber, a sorbitos sibaríticos, un agua turbia como la de un pantano. Y el presidente Langlois, seguramente, pertenece también a esta pequeña comunidad de catadores visionarios. Para este trabajo, cualquier sicario de Monsieur Louis hubiera bastado. G siente que su presencia está fuera de lugar. Tiene prisa por regresar a *Los Tulipanes. De* paso, compra *Le Courier du Centre*. En un extenso artículo se relata el atentado de la víspera. «¡Estoy soñando!, piensa. ¿Así que fue ayer?». Lo lee. Consiste en una mezcolanza de detalles que ya conoce, pero algunos son particularmente horribles. La única novedad reside en una llamada telefónica anónima a *Libération*. Un grupo desconocido que se autodenomina «Justicia y Libertad» se atribuye el crimen. Lo que también constituye un esnobismo de nuevo cuño: el terrorismo a la «ahí va eso», tan ingenuo, en el fondo, como las bravuconadas de los boxeadores. «Yo, al menos…», se dice G. No necesita terminar la frase para sentir una especie de orgullo, pero no puede evitar considerarse distinto. Mientras sube las escaleras que conducen a su chalet,

tiene que reconocer para sus adentros que, si no fuera por Monsieur Louis, su vida de hombre sin mujer, sin hijos, sin amigos, sin tan siquiera un pececito rojo al que alimentar, resultaría insoportable. ¡Ojo! ¡No sería insoportable como una lenta asfixia, no! ¡Al contrario! Es agradable vivir al día. Pero resulta espantoso a veces, cuando se ve a sí mismo de cierta manera. Sobre todo cuando no le queda más remedio que admitir que es tan inútil como una víbora, que pertenece a esa categoría de bichos que se aplastan de un pisotón. Por mucho que proteste… «¡Vamos, anda! ¡Valgo más que eso!». ¡Le basta con mirarse al espejo! A veces oye en su interior la voz que dice: «¡Parezco un microbio!». Afortunadamente, tiene su antídoto siempre a punto. Lo que él hace, nadie puede hacerlo mejor, pues Ricardo tenía razón. Tiene buen ojo, y buena mano.

Resopla. La cuesta es empinada. Por un lado Ricardo, por el otro Monsieur Louis. Sus dos maestros. Pasa *Las Alheñas*, echa una mirada de reojo hacia la fachada que tiene las ventanas del primer piso abiertas. Distingue una silueta, lo justo para tomar nota de que es alta y fornida. Entra en su casa y coge en seguida los prismáticos. Comienza el trabajo.

En primer lugar, ajustar los postigos dejando una abertura perfectamente estudiada para poder ver sin ser visto. Luego, localizar el sitio donde llevar a cabo la ejecución resulte más fácil. Monsieur Louis ha recomendado el jardín. Correcto y falso a la vez. La distancia es buena, pero quien aconsejó a Monsieur Louis no se percató del progresivo desplazamiento de la sombra que proyecta Los *Tulipanes*. Efectivamente, la luz de la tarde no es la misma que la de la mañana. El jardín quedará en parte en la sombra. A lo que hay que añadir que el presidente, que inevitablemente se cambiará de sitio, constituirá un blanco inestable. Por lo tanto, la terraza parece ser el mejor lugar. G la observa sin los prismáticos. Está rodeada por un murete florido bajo el cual corre una manguera. Hay una vieja silla de paja arrimada contra una mesa metálica, para falcarla, ya que toda la terraza está inclinada. Y, cosa mucho más interesante, también hay una tumbona desplegada delante de la parte de la planta baja, situada en el ángulo muerto con relación a G, donde sin duda debe estar el salón. G enfoca los prismáticos y los dirige hacia este rincón de la terraza. La tumbona está prácticamente sin estrenar, junto a una sombrilla abierta de color naranja, lo que indica que el presidente ya ha estado allí, probablemente leyendo, pues hay un libro por el suelo, aunque al alcance de la mano. Medio oculta por el círculo de tela se ve una mesita baja con una taza y un azucarero. Ése debe de ser, probablemente, el rincón preferido del presidente.

En este preciso instante, aparece el anciano arrastrando los pies. Con andar fatigado, recoge la taza.

—Deje —dice—. Ya la limpiaré yo.

G comprende que el presidente está hablando con la mujer de la limpieza que ha llegado mientras él paseaba por los manantiales. No vale la pena hacer planes. La mañana está perdida. Decididamente, nada sale como él quisiera. Desde París tiene la impresión de que el golpe no ha estado bien preparado. Para empezar, el plazo es insuficiente. Y además Monsieur Louis hubiera debido tener en cuenta que la presencia de una mujer de la limpieza iba a complicarlo todo. Y, por último, hay otro detalle mucho más enojoso. Desde su puesto de tiro G no está lo bastante alejado del blanco. Admitiendo que el presidente venga a echarse una siesta en su tumbona, cosa que parece probable, la distancia no será suficiente… unos metros… Los policías podrán reconstruir la trayectoria del proyectil y verán a la primera con meridiana claridad dónde se emboscaba el tirador. Y entonces, ¿hasta dónde se remontará la investigación? A Monsieur Louis se le han subido los éxitos a la cabeza y esto puede acabar mal. G espera. Ahora, el presidente cruza la terraza. Lleva un viejo jersey y unos vaqueros descoloridos, como los jovencitos de ahora. Es alto, un poco encorvado; tiene los brazos desnudos surcados por gruesas venas, y la calva como la de ciertos viejos actores. Ha llenado una regadera de agua y baja los tres peldaños que llevan al jardín. Gracias a sus prismáticos, G no pierde detalle de sus gestos. Localiza el sitio donde el presidente debería encontrarse para ser alcanzado a la primera, pero el anciano, que pasea la regadera por encima de una hilera de claveles, ahora le vuelve la espalda. G deposita los prismáticos sobre la cama, empuña el fusil, ensaya, frente a la ventana, distintas posiciones de tiro, y apunta. Simplemente para ver si le sale. Pasea lentamente su fusil por la imagen que descubre en el visor. Casi en seguida, percibe un ligero temblor. Muy ligero. Pero al fin y al cabo, lo que él quiere, es la inmovilidad absoluta, la que Monsieur Louis le compra. Si en este preciso momento disparara, está claro que el presidente caería fulminado y con eso Monsieur Louis ya se daría por satisfecho. Pero G es más exigente. Su mano ha de obedecer. No tiene por qué hacer de las suyas. G no olvida que se ha formado en la dura disciplina del circo. Prefiere descansar un poco. Por qué negarlo, ¡está enojado consigo mismo! ¡Está enojado con el individuo ese que se las da de jardinero! Pero más que nada, está enojado con Monsieur Louis. Si hubiera tenido libertad para preparar su intervención, se habría concedido ocho días de plazo, habría tomado nota de todas las idas y venidas del presidente y, sobre todo, habría

alquilado un chalet más alejado. Sin menoscabo de la precisión de su disparo pues, una vez recuperado totalmente de su cansancio, habría dado en el blanco evitando que se pudiera saber de dónde había partido el tiro. Ahora en cambio, como estará obligado a disparar desde una distancia de escasos metros, parecerá un asesinato. Puestos a hacer, ¡por qué no lanzar una granada!

Por su cabeza pasa otra vez la misma película: la explosión, los gritos, el humo, la sangre… y su mano se vuelve a crispar. ¡Cómo es posible que pueda mantener firmemente los prismáticos ante los ojos sin temblar y que, cuando llega el momento de coger el fusil, la pesadilla comience de nuevo!

Allá abajo el presidente da media vuelta, espanta una avispa que gira alrededor de su rostro. Respira el aire fresco que baja de la montaña. Parece preocupado. Abajo a la izquierda aparece la mujer de la limpieza. Sólo se ven su cabeza y su hombro, como un primer plano en una viñeta de una historieta. Lleva una bata gris y del cuello le cuelga una cadenita de oro con una crucecita. Con ademanes entre obreros y campesinos acaba de secarse las manos en un trapo y dice:

—La lavadora está averiada. A quién se le ocurre alquilar una casa sin comprobar que todo funciona. Pero usted no se preocupe. Mañana mandaré a mi primo. Trabaja bien y barato.

El presidente asiente, de lejos. Es evidente que no tiene ganas de hablar.

Va a venir mucha gente, piensa G. Por poco que se presenten otras visitas, la mañana se irá al traste. Esto hay que acabarlo hoy. En las próximas dos o tres horas. El presidente cruza la terraza a pasitos menudos y entrega la regadera a la mujer de la limpieza.

—¿El señor desea que acabe de regar? —dice.

—No, gracias, señora Françoise. El sol calienta ya demasiado.

Tiene la voz grave y ronca, pero rebosante de amabilidad. Se instala despacito en la tumbona. Su cabeza hincha la tela cuando se deja ir, con un suspiro placentero. Ahí es donde habrá que apuntar.

—He apagado el fuego de las patatas —anuncia la mujer—. ¿El señor podrá arreglárselas solo?

—¡Oh! ¡No faltaría más! —protesta el presidente sonriendo.

Ella se dispone a quitarse la bata.

—Madame Loubeyre —murmura el anciano—, tráigalo, cuando vuelva a pasar.

—¡Le cansará! —objeta la mujer de la limpieza.

—No, qué va. Nos queremos mucho los dos.

—El señor necesita descanso. Y yo no me podré quedar.

—Pierda cuidado… ¡Le haré leer!

Ambos se echan a reír y él presidente prosigue:

—Ya puede irse, madame Loubeyre. No se preocupe por mí. ¡Buen provecho! Y hasta luego.

G, intranquilo, se pregunta. Si ha entendido bien, ¿alguien vendrá a visitar al viejo por la tarde? Esto no encaja con el programa en absoluto. Monsieur Louis precisó con toda claridad que el señor Langlois no recibía visitas. Y encima parece tratarse de un allegado, por el modo en que se han reído cuando el viejo ha dicho: «Le haré leer», y también cuando ha añadido: «¡Nos queremos mucho los dos!». Pero, ¡veamos! ¡Comprobemos!

G coge la misiva de Monsieur Louis y la vuelve a leer. Lo pone con todas las letras. Se trata de la primera cura del presidente. Nunca había estado en Châtel con anterioridad. Entonces, ¿qué significa: «Nos queremos mucho los dos»? ¿Se refiere acaso a una persona que ya conocía de antes? No, aquí hay algo que no encaja. ¿Y esta frase: «Tráigalo»? ¿Cómo interpretarla? Suena exactamente igual como cuando se pretende forzar a alguien que se escabulle, que teme ser inoportuno. Pero, en este caso, ¿a santo de qué este alguien habría de necesitar la mediación de la mujer de la limpieza y que fuese ésta en cierto modo quien hiciese las presentaciones? ¿Sobre todo si le cae bien al señor Langlois?

G, rechinando los dientes, se tumba encima de la cama. ¡Jamás Monsieur Louis le había encomendado una misión tan chapucera! Lo más sencillo sería liquidar al viejo, en seguida, y largarse sin romperse más la cabeza. Pero G es un profesional demasiado sagaz. Siente que si se deja llevar por el desánimo, acabará por no respetar su contrato. Se toma dos comprimidos de Centramina disueltos en un vaso de agua. Necesita realmente un potente estimulante, funcionar a golpe de látigo durante unas horas. Rápidamente recupera sus fuerzas. El efecto de las Centraminas resulta tanto más vigoroso cuanto que no ha comido casi nada desde la víspera. Pela dos plátanos y los devora, ante la ventana, saboreando a pesar de su inquietud la tranquilidad que reina en el barrio. Los pájaros cantan, silban, pían por doquier. Divisa en la lontananza a las doncellas de los hoteles haciendo la limpieza. Y de pronto oye el teléfono del presidente. Por un capricho de la acústica, la voz del presidente llega lejos, nítida y bien articulada. G no necesita siquiera asomarse a la ventana.

—Sí, estoy muy bien instalado —dice el anciano—. Incluso es demasiado grande para mí… Sí, todo está limpio y nuevo. La agencia me ha facilitado una mujer de la limpieza que es la amabilidad personificada. Oiga… Se oye

mal… Sí, la dejo a su aire. Tiene suficiente autoridad… Pues claro que trabajo. He traído unos cuantos expedientes urgentes. En particular el expediente Rulman. Pienso hablarlo con Kulik. No, no te preocupes. Me encuentro mucho mejor. Gracias por llamar. Hasta pronto. Sí, gracias, yo también…

¿Yo también qué? Yo también te mando un beso, seguramente. ¿Algún pariente próximo? ¿O algún socio? En ciertos mundillos, la gente se besa mucho. G rumia ese monólogo mientras carga la pipa de espuma de mar que le acompaña a todas partes metida en su estuche de cuero. ¿No será que detrás de todo esto se oculta un asunto de carácter político? Si Monsieur Louis se ha tomado la molestia de movilizar a su mejor agente, ¡seguro que no es sólo para liquidar a un personaje subalterno! G presiente desde el principio que la cosa es más peligrosa de lo que parece. Y Monsieur Louis se ha guardado mucho de dejarle ver el intríngulis del juego, para no desanimarle, pues quizá haya que asumir una parte de improvisación. ¡Y en ésas estamos! No suele ocurrir, pero cuando se fracasa, la culpa recae en el ejecutor. Monsieur Louis siempre se pone a cubierto.

Desde abajo le llega un leve ruido de pies que se arrastran. Es el presidente que sale de nuevo a la terraza. Él también fuma en pipa. Cosa que disgusta profundamente a G. Introducirse en la intimidad de los demás, por poco que sea, siempre le ha repugnado sobremanera, a pesar de que su profesión le imponga este papel de mirón.

Orienta los prismáticos y busca la cara de su víctima. El presidente se deja caer en la tumbona pesadamente. La mirada de G pasa despacio por este rostro de repente tan próximo, lo va recorriendo por zonas sucesivas como un astrónomo que estudiara una estrella. Fascinante geografía del rostro humano… las arrugas de la frente como cicatrices, los párpados sacudidos por palpitaciones repentinas, y también esas venitas que siguen el perfil de la nariz. Son como una hiedra rojiza que delata al antiguo vividor. G explora las mejillas mal afeitadas, sembradas de puntitos negros entre los pelos blancos. Aunque parezca que el presidente ha encanecido uniformemente, no es así: aún conserva plaquitas de retoños de barba negra, y resultaría enternecedor si G todavía fuera capaz de enternecerse. El cuello ya no es más que un hervidero estático de pliegues fofos superpuestos. Esta fisionomía inocentemente ofrecida es la viva imagen del deterioro. Queda la parte superior de la frente, bien dibujada, inteligente, lisa y blanca hasta la marca del sombrero; forma como una raya, fácil de apuntar. Ahí es donde habrá que disparar. Incluso, ¿por qué no acabar ahora mismo de una vez?

Las habitaciones de los hoteles más próximos parecen estar vacías en este momento. La limpieza ha terminado. Todos los agüistas están en los manantiales. Lo fastidioso es que resulta más prudente mantenerse unos dos pasos por detrás de la ventana para ser totalmente invisible, pero entonces sólo se ve la parte superior de la tumbona y de la cabeza de Langlois. Sin embargo, G coge el fusil, lo apoya contra el hombro en silencio, como si su gesto fuera susceptible de hacer ruido, dirige el cañón hacia el blanco. Su mano izquierda aguanta firme. ¡Qué mala pata! ¡El teléfono! El presidente se levanta refunfuñando, vacía la pipa golpeándola contra el talón y desaparece. G vuelve a dejar el arma. ¡Pero qué lástima! ¡Y quién me asegura a mí que esta comedia no se va a repetir durante todo el día! Decididamente, el plan de Monsieur Louis no es el más acertado.

—¡Diga! ¿Es usted, Paul? Pues, mire. Todo ha ido bien…

G ya no quiere oír más. Baja, cierra con cuidado la puerta detrás suyo, y se va a pasear. Son las once y media. El presidente va a comer. Luego se dedicará a sus expedientes.

Sólo más tarde, cuando la terraza esté en sombra, volverá a aparecer. Habrá que aprovechar el minuto que medie entre este momento y la llegada del visitante. ¡Pero se arriesgará mucho! Pues en cuanto suene la alarma ¡la gente acudirá en masa! Una vez más, G piensa: «Soy demasiado viejo». Y se dice que es rico, que tiene una casita de campo preciosa para pasar el verano, entre el bosque y el río. Y ¡a qué viene esa ridiculez de pasarse la vida al acecho, sin parar! Va de expositor en expositor, mirando postales y libros, haciendo girar los torniquetes con desgana, pero no le apetece comprarse una novela, y menos aún una novela policíaca. Están plagadas de errores. Y además, tampoco le gusta leer. Al cabo de unas pocas páginas, confunde a los personajes, sobre todo si llevan nombres ingleses. Nunca tuvo tiempo para leer cuando era joven. Trabajaba demasiado. ¡Disparar obedeciendo a uno y hacer malabarismos bajo las órdenes del otro! Hasta el agotamiento. Cuando, por fin, fue dueño de sí mismo, ya nunca más se cansó del ocio, del *farniente* como dicen algunos. Dejarse arrastrar suavemente por el momento que pasa, sin recuerdos, sin pesares, sin deseos: una felicidad sin pretensiones, quizá; como la del gato que dormita con un ojo abierto y otro cerrado, ¡pero es la clase de dicha que él ha elegido! Pero también es la dicha que le rehuye en este momento, por culpa de Monsieur Louis. Perder la iniciativa, esperar, lleno de incertidumbre, a que el blanco quiera mostrarse, ponen a G en un estado febril. Fluctúa sin rumbo del casino al quiosco de música, se detiene delante del escaparate de la cuchillería, se extasía ante las hojas de todos

tipos, desde el diminuto cortaplumas hasta la navaja de salvaje aspecto. Van a dar las doce y media. Quizá el presidente haya terminado de comer. Quizá surja la ocasión. Emprende el regreso a *Los Tulipanes*, se cruza con la mujer de la limpieza que acaba de salir del chalet. Efectivamente, es ella, bajita, gruesa, morena de piel, robusta, apresurada. ¿Así que ha vuelto? ¿Tan pronto? G se mete en su casa; siente curiosidad y se mueve con precaución. Empieza la cacería. Sube a la primera planta, coge el fusil y se sitúa en su observatorio, ante la ventana entreabierta. La terraza está desierta, pero de la cocina sube un ruido de voces. G se esfuerza en escuchar. Es un transistor que está en marcha. Introduce una bala en el cañón. A partir de ahora, está listo.

¡A la que el presidente se deje ver, se cumplirá el contrato! ¡Al fin!

—¡Quítate de ahí! —grita el anciano—. ¡Vamos! ¡Sal!

Y aparece de repente, apartando a un gran perro lobo que va brincando delante suyo, tratando de lamerle la cara. G no ha tenido tiempo de contenerse. Ha disparado dos veces seguidas, y las dos ha dado en el blanco. El hombre, tras la sacudida del impacto, se desploma lentamente junto a la pared; y el perro, gimiendo de dolor, está caído sobre el costado. El silenciador ha absorbido las detonaciones. G permanece inmóvil un minuto, con el fusil al hombro. La sorpresa le ha dejado petrificado… No acaba de darse cuenta de lo que ocurre. Le despierta su instinto de conservación, y de inmediato su mente lúcida se hace cargo de la situación. El presidente ha muerto de un balazo en la sien, pero el perro sólo está herido. Ha sido alcanzado en el muslo cuando saltaba para jugar con su amo. ¿Es efectivamente su amo? ¿Puede que aparezca alguien, o que, por el contrario, se encierre para telefonear y pedir auxilio? Por si acaso, hay que esperar un poco, ¡con el arma a punto! Pero G nunca ha desperdiciado ningún proyectil. Tampoco ha eliminado nunca a ningún testigo. Y no piensa empezar ahora. El transistor sigue funcionando. Nadie lo ha apagado. El teléfono permanece silencioso. Nada de dudas. Hay que ir a mirar, y si el perro está herido de muerte, pues habrá que rematarlo. G deposita el fusil sobre la cama, coge el mágnum, le coloca el silenciador y sale del chalet. Nadie a la vista. Sólo tiene que empujar la verja de la casa vecina. En tres zancadas llega a la terraza. El perro trata de incorporarse. Gruñe, la pata herida apenas ha sangrado. El muslo izquierdo. Parece una herida superficial, aunque debe haber afectado el músculo.

G sabe algo de animales, debido a su experiencia de los tiempos del circo, que contaba con un parque de fieras importante, y donde echaba una mano cuando parían las yeguas. Pero este perro lobo tiene aspecto de malas pulgas.

Por suerte no se puede mover. A duras penas consigue arrastrarse hacia su enemigo, enseñando los dientes. G se aleja del perro y entra en la casa. Monsieur Louis no soporta que le molesten a todas horas. ¡Qué le vamos a hacer! Tiene que saberlo.

G llama respetando cuidadosamente el ritual. No es Monsieur Louis quien responde a la llamada. Una voz desconocida le espeta.

—Estoy al tanto. ¿Qué? ¿Ya está?

—Sí, pero hay un perro. Está herido.

—Espere un minuto.

Oye en seguida la voz de Monsieur Louis.

—¡Ya sabe lo que tiene que hacer! No me diga que necesita que le aconsejen. ¡Usted no!

G vacila. Monsieur Louis susurra.

—La cosa está clara. Alguien se ha introducido en el chalet para robar. Ha matado al hombre y a su perro, y luego lo ha puesto todo patas arriba. ¿Entendido? Recoja todos los documentos y lárguese…

—¿Y el perro?

—¡Qué pasa con el perro! Nos importa un comino el perro. ¡Y haga el favor de no llamarme más!

Esta vez el tono de voz ha sido tajante. Cuelgan el teléfono de un golpe seco.

¡Hubiera hecho mejor callándome!, piensa G.

Reflexiona unos instantes. Así que eso era lo que Monsieur Louis estaba tramando desde el principio. ¡Simular un robo, así de fácil! Pero está el perro. Se dice rápido. «¡Nos importa un comino el perro!». ¡Claro que si el asunto se hubiese planificado correctamente…! No se puede trabajar en estas condiciones. ¡Qué chapuza! ¡Lo del presidente tiene un pase! Pero G tiene la impresión de estarse convirtiendo en un granuja, en un chorizo, que arrambla con todo lo que encuentra y que, para colmo, acaba rematando un pobre animal indefenso.

Sin dejar de maldecir para sus adentros, empieza por la habitación del viejo. Coge una maleta del armario ropero y mete en ella una carpeta que el presidente había dejado abierta junto a la cama. También mete un libro, que lleva por título *Las flores del mal*. Se encoje de hombros, vuelca una silla y un sillón; pasa al cuarto de baño y echa a la papelera la crema de afeitar, el cepillo de dientes, la Gillette… Puestos a crear una impresión de desorden, hagámoslo a conciencia. ¡Vayamos a la planta baja! Los expedientes están ahí, encima de una mesita, bien apilados en dos montones. G los vierte en la

maleta, pisotea las gafas del viejo, tira a la moqueta, sin orden ni concierto, la pipa, unas tijeras, un par de lápices, una regla, la guía Michelin. ¿Qué más? Hay una cajita de pastillas y un tubo que contiene comprimidos de Valium. G se lo mete todo en el bolsillo y se le ocurre una idea, todavía difusa pero que —adivina— puede resultar peligrosa. Mira su reloj: los huéspedes, en los hoteles, se sientan a comer. Éste es probablemente el momento de mayor tranquilidad de todo el día. Se detiene en el quicio de la puerta de la terraza. El presidente tiene un lado de la cara, el cuello y el hombro ensangrentados, y ya se oye una mosca volar. El perro lobo está inmóvil, en medio de un charco de sangre, pero levanta las orejas hacia aquella silueta hostil. El hombre y el animal se miran fijamente. G recuerda que, antaño, le gustaba hablarles a las fieras. Las panteras, las leonas, los guepardos le escuchaban aburridos y con sus dorados ojos entornados, pues los felinos no soportan la mirada de los seres humanos. Pero el perro lobo no desvía la mirada. Sus pupilas oscuras traslucen, además del dolor, una especie de valiente orgullo de luchador resuelto a no rendirse. La blancura de sus colmillos reluce a ambos lados de su lengua y un gruñido amenazador ruge en su garganta. Ha dejado de sangrar pero tiene el pecho claro teñido de rojo y pegajoso.

—Mi perro —susurra G.

Acerca un poco la mano para expresar algo que tampoco está muy claro en su mente, que no es culpa suya, que está dispuesto a desobedecer a Monsieur Louis, que no van a pelear, ¡y que él no es un asesino! Pero la mirada franca del perro le inmoviliza. Retrocede. Siente poderosamente que está de parte del perro, contra Monsieur Louis. Es una certeza que ya no admite discusión. ¡Y un disparate también! ¡Un error que tendrá que pagar! Pero se puede ser un asesino sin ser un carnicero.

IV

G vuelve a entrar en la casa corriendo. Este perro le está haciendo perder la cabeza. Pues claro, hay que descolgar el teléfono. Debería haber empezado por ahí. Rápidamente deja el auricular al lado del aparato, se seca la frente. Nunca había tenido tanto calor. ¿Y ahora? Lo que va a intentar es arriesgado. Sería mucho más sencillo rematar el animal de un balazo en la cabeza. Más sencillo y más lógico. Cuando la mujer de la limpieza dé la alarma, las primeras constataciones apuntarán hacia lo que ha previsto Monsieur Louis: entró un atracador, mató al dueño y a su perro, arrambló con todo lo que pudo; lo que dará pie a una crónica de sucesos anodina, puesto que las agresiones y robos están al orden del día. Es la única forma de cumplir el contrato. Pero G sigue oyendo la voz malévola. «Nos importa un comino el perro». Pues no, precisamente, ¡a él no le importa un comino! Si Monsieur Louis hubiese jugado limpio, habría informado a su agente. Si no lo ha hecho, es porque preveía que G se mostraría reticente, que discutiría y que quizá se negaría a actuar de ese modo. ¡Pero esto tampoco le convence! Seguro que no es ésta la verdadera razón. ¿Quizá ignoraba la presencia del perro? Mientras va reflexionando con una especie de violencia, G se afana, examina el contenido de la nevera… un pollo rustido, un salchichón, filetes de arenque, mantequilla, una botella de leche, una botella de agua de Vichy, pero por encima de todo, en el estante inferior, un cuenco lleno de Pal, arroz y carne, la comida del perro. G deja el plato sobre la mesa. Está apetitoso, y G reconoce la buena mano de madame Loubeyre. Pero ¿qué relación tienen ella y el presidente? ¿A quién pertenece el perro? ¡Otro misterio!

Se apresura, registra el armario. En su interior hay de todo; acaba encontrando un mortero y una mano. El perro debe pesar unos cuarenta kilos largos. ¿Qué cantidad de Valium se necesita para adormecerlo? Abre el tubo y medita un poco antes de echarse en la palma de la mano, al buen tuntún, siete u ocho píldoras. Alguna vez ha recurrido al Valium para dormir, pero nunca se ha tomado más de un par de comprimidos; si le da una dosis demasiado fuerte, el pobre animal, que ya está debilitado a causa de la herida, no se

despertará. Por otro lado, para que todo salga bien, el perro tiene que permanecer amodorrado durante unas diez horas. G calcula la insensatez de su propósito. No está desafiando a la fortuna, no. ¡Peor aún! Está desafiando a Monsieur Louis. Sus manos empiezan a temblar de nuevo. Apoya sus posaderas en el borde de la mesa el tiempo de cargar la pipa. Finalmente opta por darle seis comprimidos. ¡Ya veremos! Los machaca con la mano del mortero hasta reducirlos a polvo, luego, con una cuchara, mezcla el polvo con el contenido del cuenco. Bien, ha llegado la hora de jugarse el todo por el todo. Si el perro come y pierde rápidamente el conocimiento, entonces ¡te lo llevas! O bien, si se niega, te lo cargas. Pero primero hay que acercarse a él.

G, con el mejunje en la palma de la mano, como un camarero con clase, sale a la terraza y da unos pasos. Se aproxima, con aire seductor.

—¿Para quién es esta carne tan buena? Está un poco fría, pero está rica…

El perro gruñe, dispuesto a atacar. No parece que su herida le haya debilitado demasiado. Al notar que el animal todavía tiene energías para tratar de morderle en la pierna, G se detiene. Con su voz más suave, le dice:

—Toma, perro guapo. Mmmm, ¡qué rico! ¡Pruébalo!

Deja el plato en el suelo y, alargando el brazo todo lo que puede, aleja de sí el apetitoso plato. Al punto, el perro, estirando brutalmente el cuello y el pecho, echa el morro hacia delante, pero paralizado por el dolor, emite un sonido ronco, mezcla de ladrido y gemido.

—¡Ah! ¡Lo ves, tontarrón! —dice G—. ¡Anda, estate quieto! Mira a su alrededor.

—¡Una escoba! —prosigue—. ¿Sabes tú dónde están las escobas?

Ha sabido encontrar, de entrada, un tono amistoso, rudo y amable a un tiempo, y el perro, sorprendido, inclina la cabeza adoptando la actitud del animal que intenta comprender y espera que se lo digan de nuevo.

—¡Ah! —exclama G—. ¡Aquí!

Utiliza la escoba para acercar el plato hasta el perro.

—Venga, come, espabila. Tenemos prisa.

El perro olisquea el plato, vuelve a mirar al desconocido que no parece serle hostil, y por fin se decide a comer. G, en cuclillas, sentado frente a él, asiente y le anima.

—¿Qué? ¿No te gusta? ¿Es eso? Yo también comeré, si no te lo acabas.

Él, que siempre ha sido taciturno e incapaz de mantener una conversación, descubre que se compenetra con el animal, y unos sentimientos, unas emociones antiguas, unas imágenes olvidadas le sumen en la contemplación inmóvil y maravillada del perro. Éste hurga en el fondo del plato con tanto

ímpetu y tanta energía que el cuenco retrocede y muy pronto queda fuera de su alcance. G, muy suavemente, lo empuja de nuevo hacia el perro con la ayuda de la escoba.

—Si supiera tu nombre —dice—, facilitaría las cosas.

El perro, sin dejar de engullir, no le quita el ojo de encima. Su mirada sigue todos sus movimientos sin girar la cabeza, y sus ojos, como los de un ser humano, se desplazan de un extremo a otro de los párpados. De repente, emite un chasquido seco con sus fauces. Ha fallado la mosca que se acercaba demasiado.

—¡Bien! ¡Muy bien! —asiente G—. Hay que saber defenderse.

El cuenco se aleja de nuevo y el perro alarga el cuello, estirando el pecho para darle alcance. Pero los cuartos traseros no siguen. Un poco de sangre mancha el pelaje del muslo herido.

—¡Me sabe muy mal! —susurra G—. No sabes cuánto lo siento. Te vendaré la herida pero primero tienes que acabar de comer.

G, sin enderezarse, agachado como un pato, se acerca un par de pasos y, con la punta de los dedos, vuelve a poner el plato a su alcance. Las orejas erguidas del perro lobo expresan una especie de sorpresa desconfiada, pero ya no trata de cogerle la mano.

—Así —dice G—, ya ves que soy amigo tuyo. Anda, ahora túmbate y duerme.

Un breve ladrido de cachorro le responde.

—Vale —dice G—, entendido, tienes sed. Voy a buscarte agua.

Regresa a la cocina, descuelga un cazo y lo llena de agua. El perro retrocede y gruñe.

—¡Venga, que soy yo! —bromea—. ¿Qué no me reconoces? ¡Ah! ¡Perdona! No puedes sentarte. Déjame a mí.

Toma el riesgo de ponerse al alcance de sus dientes. El gruñido, mientras G deposita el cazo en el suelo, va en aumento. Le parece más prudente retirarse de inmediato. Observa como el animal se apacigua y hunde el morro en el agua. No es fácil beber con la cabeza gacha. El agua salpica en el suelo y el cazo acaba por volcarse, pero ahora parece que el perro ha saciado su sed. Breve entreacto. G vacía su pipa y la vuelve a cargar sin dejar de adueñarse del animal con la mirada. Le gusta particularmente la marcada arruga de preocupación que divide su frente en dos y tiñe de oscuro sus párpados. Y también la franja de pelo pardo que tiene en la parte inferior del pecho, como los collares que llevan ciertos dignatarios, y que sube hasta la cruz para terminar confundiéndose con el negro reluciente del lomo. G tuvo antaño

contacto con los animales que integraban el pequeño zoo del circo, pero sin prestarles demasiada atención. Aprendió sencillamente a mantenerse fuera del alcance de sus garras o de sus colmillos. ¿Eran hermosas las fieras? Sí, quizá. Pero sin nada humano.

¿La vistosidad de las cebras? ¡Sólo era una atracción para los niños! ¿Los monos? ¡Eran ridículos! ¿La pantera? ¡Sí, quizá, por sus ojos lascivos! ¿El oso? Su trato hubiera sido posible si no le hubieran obligado a montar en bicicleta… ¡Y se acabó! ¡Todas aquellas bestias vivían como esclavos! Ninguna tenía este porte altivo y valeroso. El perro lobo todavía lleva puesto el collar y si pudieras quitárselo sin peligro, sabrías en seguida cómo se llama. G tiene la esperanza de que no le habrán deshonrado poniéndole un nombre de esos de película, como Rintintín o Golfo. ¡Por fin! El perro acaba de estirarse con el morro entre las patas, en posición de reposo. Las orejas siguen tiesas aunque más blandas, con la laxitud del sueño cercano. G se retira de puntillas. Hay que apresurarse. En un santiamén ha recogido sus cosas, desmontado el fusil y guardado los prismáticos en su estuche. Pero deja el botiquín al alcance de la mano. Sale de la casa, carga el coche y abre la verja del chalet de al lado. No hay moros en la costa. Maniobra para meter el Peugeot en marcha atrás hasta el pie de la terraza, abre el maletero y, utilizando una vieja manta de viaje, dispone un hueco cómodo para el perro entre el respaldo del asiento trasero y la rueda de recambio. Todo sale a pedir de boca. Última mirada de inspección. Cierra *Los Tulipanes* con llave, pero no antes de haberse preparado tres enormes bocadillos de pan con jamón y mantequilla.

Y ahora viene la operación más delicada. El perro lobo está inerte. G le quita el collar con destreza y lee por fin su nombre: Rómulo. Vale, tiene un pase. Algo esnob. G trata de hacer memoria. Le suena un nombre parecido, famoso en la Antigüedad, aunque quizá no se refería a un perro. Da lo mismo. Deja el collar en el suelo junto al botiquín y, cogiendo a Rómulo por las patas delanteras, lo mueve estirándolo hacia sí.

—¡Cómo pesas! —dice refunfuñando.

Con dedos de cirujano, separa los pelos del muslo herido. La bala ha atravesado la pierna, pero sin tocar el hueso. La herida es profunda. Ha sangrado abundantemente. Pero en fin, nada irreparable. G acaricia la pesada cabeza que se abandona, dejando un colmillo al descubierto. Las hermosas orejas no parecen más que dos trapos.

¡Y pensar que él quería que me deshiciera de ti!

Mira distraídamente el cadáver del presidente. ¡Total! ¡Los hombres están hechos para morir! ¡Hasta Monsieur Louis reventará algún día! ¡Y bien merecido que se lo tendrá! Saca del botiquín un frasco, vendas, algodón, unas tijeras para cortar los pelos alrededor de la herida. Sabe espabilarse. ¡Qué remedio, con la mala vida que le ha tocado en suerte! Va rápido, pero con cuidado. Una ojeada al reloj. Van a dar las cinco. La señora esa, la Loubeyre, quizá no tarde en volver.

De repente resuena una trompeta. G recuerda el quiosco de música. Menuda suerte. Los agüistas deben de estar todos apiñados allá abajo. ¡El Danubio azul! G aprieta los dientes. Concentración ante todo. ¡Una gasa estéril! Una cruz de esparadrapo. Y para terminar, un vendaje bien sólido. Menudo trabajito, cuando tenga que cambiar el apósito. G guarda todo su material de cura.

—No pretenderás morderme, ¡eh, Rómulo! A mí no.

Le acaricia detenidamente la elegante cabeza, le alisa las orejas.

—Eres mi perro —dice en un susurro—. Eres el primero. ¡Anda, te voy a vestir!

Le ata suavemente el collar.

—Bueno, vamos allá.

A pesar de su diminuta estatura está muy fuerte, y los tatuajes, una cabeza de mujer y un pájaro marino, se hinchan en sus bíceps musculosos. Hinca una rodilla en el suelo y, tomando sólidamente apoyo en la otra, pasa los brazos por debajo de la barriga del perro. Se concentra y, tensando la espalda, levanta al animal. Se le saltan las venas del cuello y de la frente. No, así no lo conseguirá. Arrodillarse le frena en su impulso. Tiene que alzar su carga tomando un apoyo desigual sobre ambos muslos. Una pausa para llenarse los pulmones de aire, y ahora sí. La cabeza de Rómulo se bambolea, las patas se balancean en todas las direcciones. G, con el rostro hundido en el pelaje de los hombros se yergue para adivinar dónde pone los pies. Tantea, con la punta de las sandalias, el primer peldaño, el segundo. Se queda sin aliento, maldice buscando el tercer peldaño. El maletero del coche está ahí. G corre a pasitos cortos para alcanzarlo y vuelca el cuerpo que se derrama en el estrecho espacio dispuesto para él. G se endereza. Está empapado.

—¡Jamás me he esforzado tanto, ni por una mujer!

Instala hábilmente el perro para que esté cómodo, con la cabeza un poco levantada sobre la manta y las patas bien estiradas. Le asaltan las dudas. Pobre animal, ¿tendrá suficiente aire para respirar? ¿Y si se despierta antes de finalizar el viaje? ¿Y si… y si?

—Basta ya —corta G—. ¡He hecho cuanto he podido!

Cierra el maletero sin hacer ruido. Pues bien, ya sólo falta ponernos en marcha. Un vistazo más, el último. Vuelve a entrar en el chalet, recoge los dos bocadillos que le quedan, comprueba su trabajo de atracador con mirada profesional. ¡No es muy convincente! La policía no se lo va a tragar nunca. ¡Y Monsieur Louis todavía menos! Y dentro de unas horas, todos le estarán pisando los talones. Pues ¡a la porra! ¡No es culpa suya si todo ha salido rana! Maquinalmente mordisquea un bocadillo. El cadáver del viejo atrae las avispas. ¡Qué chapuza! Mira el coche, comprueba por última vez la tensión de la cincha que sujeta sus paquetes. Allá delante del casino, la orquesta toca *Los millones de Arlequín*. Con el bocadillo entre los dientes, G pone el motor en marcha y baja el cristal de la ventanilla. Sale en punto muerto. Van a dar las seis. A partir de ese instante deja de pensar con claridad. Está demasiado cansado. En cierto modo, es como si hubiera tomado nota de su itinerario en algún lugar en el fondo de sus ojos: Montluçon, La Châtre, Argenton, Poitiers, Bressuire, Mortagne, Nantes, Redon. Después estará en casa. De Poitiers a Nantes se conoce bien la carretera. Hasta Argenton y Mortagne, no se siente tan seguro, pero son carreteras nacionales de segundo orden. No tiene ni la más remota posibilidad de toparse con la policía. Monsieur Louis dispone de su propio servicio de seguridad. Mandará a un par o tres de hombres en dirección a París para alcanzar al fugitivo, recuperar los documentos del presidente y enterarse de lo que ha ocurrido con el perro. Cuando se dé cuenta de que G ha desaparecido, entonces se volverá peligroso. Todo el mundo ignora la existencia de la casita de campo en el lindero del bosque del Gâvre. Tiene ahí su refugio secreto. Casi no hay vecinos. G encarga por teléfono todo lo que necesita en las tiendas del pueblo: ultramarinos, carne y demás artículos. Está firmemente resuelto a enterrarse en su madriguera con su perro. ¡Que les dejen en paz! ¡Se acabaron los contratos!

El cruce antes de Montluçon. Desgraciadamente, hay que adentrarse un poco en la ciudad. Ojalá no tenga un percance por culpa de algún ciclista despistado. Circula a paso de persona, atraviesa un puente, buscando con la mirada, algo asustada, las señales indicadoras. Todo ha salido bien. Le hinca el diente al último bocadillo. A La Chatre, 30 kilómetros. Pero, justo detrás de una curva muy cerrada, el tropezón: allí están, con sus botas y sus cascos, junto al coche, plácidos y temibles. G, con el bocadillo entre los dientes, a menudo utiliza la boca como tercera mano, se va acercando. Los policías no se mueven. Los conductores que van comiendo un bocado, con los dedos

pringados, no suelen ser interceptados. G incluso se atreve a saludar, pero su condenada mano izquierda se pone de nuevo a temblar. Quedará marcada para siempre por la explosión de la granada… de ayer, o de anteayer… Ya no recuerda. Ocurrió en una vida anterior, de antes de Rómulo.

Empieza a sentirse inquieto. Le gustaría tener un ojo detrás de la cabeza. Vigila la carretera, esperando que llegue una recta larga. Entonces podrá detenerse en el arcén y abrir el maletero, sin exponerse a las miradas de los curiosos que pasan demasiado rápido para tener tiempo de reparar en el cuerpo. Un poco antes de La Chatre, encuentra un lugar idóneo. Detiene el coche suavemente y se precipita a abrir el maletero. Rómulo no se ha movido. Parece estar muerto. ¡Qué disgusto! ¡No puede ser, perro de mi alma! ¡No puedes hacerme esto! G le palpa el costado inmóvil, luego el cuello, tan blanco en la penumbra, ¡tan suave! Y por último, el morro, la punta de la nariz. Está seca y muy caliente. Un aliento infantil roza los dedos de G. ¡Sí, pues claro que está vivo! ¡Es un buen perro! ¡Él también hace lo que puede! G se lamenta por no haber cogido una botella de agua. Le habría podido mojar la cara. No cabe duda, es la cara de un perro dormido, con los ojos cerrados y el brillo blanco de un diente sobre el labio. G se sitúa de nuevo al volante. Espera a cruzar el próximo pueblo para comprar algo de beber en la primera tasca que encuentre. Por eso compra, en un bar de carretera, una lata de cerveza —lo único que encuentra tras el paso de un autocar de turistas—. Se pone en marcha de nuevo, aparca junto a un seto, humedece su pañuelo con cerveza y le da unos toques a Rómulo en la nariz. Él también tiene mucha sed, pero sólo se permite tomar un trago. Lo que queda es para mojar al perro. Dentro de poco, Argenton. Se hace tarde. Muy de vez en cuando G se detiene para refrescar con cerveza el morro inerte de Rómulo. Ahora ha decidido continuar recto para llegar cuanto antes al final de este horrible viaje. También se dice que los cómplices de Monsieur Louis no conseguirán nunca descubrir su rastro. No tiene ya que rendirle cuentas a nadie.

Aunque no deja de estar atento al volante, G se va sumiendo en fantasías que le hacen pasar el rato. Ha encendido las luces un poco antes de Poitiers, cuando la franja roja del crepúsculo ha empezado a palidecer, en el fondo del cielo por Poniente. La noche que cae le tranquiliza. Sabe que desde Châtelguyon se ha puesto fuera de la ley de Monsieur Louis. Debería haber enviado ya, camino de París, los documentos que le ordenaron que se llevara; esto provoca que sus pensamientos vayan en una dirección que habitualmente prefiere no explorar. Es un hecho, nunca ha visto a Monsieur Louis. Le contrató, hace tiempo, el Gran Marcel, el dueño del Cyrnos, un teatro de

variedades de Pigalle, donde G hacía de telonero con un número en el que mezclaba hábilmente la prestidigitación y la puntería. Encerraba a su colaboradora, cuando no estaba demasiado borracha, en un armario que acribillaba a balazos, del cual, evidentemente, ella salía ilesa, aunque a veces tambaleante, pero tanto mejor…

La carretera no se acaba nunca, recta y vacía. Todavía no es la hora de los camiones, y de todas maneras se les ve llegar de lejos. Empieza a notar el cansancio en la rigidez de la espalda. ¿Qué debe estar pasando, ahí detrás? G ya no tiene ánimos para comprobarlo. A veces, entre fantasía y fantasía, se dice que si el perro ha muerto, qué le vamos a hacer, tampoco es una catástrofe. Una vez que perdió a un gran amor, le decían: «Cuando una puerta se cierra, ciento se abren». ¡Y sin duda es verdad en cuanto a mujeres se refiere! ¿Pero, y hablando de perros? ¡De Rómulo! Y siente un ramalazo de esperanza y de tristeza. Y hablando del Gran Marcel: pues entretanto ha muerto, pero eso ha sido después de enchufarle con Monsieur Louis. Y eso de «enchufarle» es un decir. Empezó haciendo de intermediario cobrando una comisión del 15%, como un empresario. Y sin rechistar. «¡Monsieur Louis, solía cortarle el Gran Marcel, no es asunto tuyo!». Hasta el punto de que uno se preguntaba si Monsieur Louis existía en realidad. Pero, tras la muerte del Gran Marcel, Monsieur Louis comenzó a manifestarse con llamadas telefónicas y mensajes en lista de correos, utilizando unas señas ficticias… Fue así como empezaron a multiplicarse los documentos de identidad; después vino el apartado de correos, y resultaba muy agradable avanzar por una existencia cada vez más fácil entre muros de niebla.

Las luces de Poitiers desaparecen, a la izquierda, después de un trébol de carreteras de tres y cuatro vías que son como trampas; G navega como un piloto que prueba distintos canales. Las marismas, poco a poco, se van extendiendo a ambos lados. Granjas, en el fondo grandes prados, y un cielo de verano inmenso, repleto de estrellas que resplandecen cuando pasa del alumbrado de carretera al de cruce. Pasado Mortagne, al final de una larga bajada, se detiene para echarle una ojeada a Rómulo. Sigue postrado en su alarmante inmovilidad. Pero no. ¡Las patas delanteras han cambiado de posición! ¡Aunque quizá sólo sea debido a un bache! La nariz está tibia pero demasiado seca. Y todavía faltan tres horas de viaje. ¿Aguantará? En las afueras de Nantes, la gente se acuesta temprano. G prefiere una estación de servicio automática para llenar el depósito. Así a ningún empleado se le ocurrirá abrir el maletero. Da unos saltitos, se estira, se agacha, se vuelve a levantar. Todavía se siente horriblemente entumecido cuando arranca de

nuevo. ¡Y de pronto se acuerda de que va a llegar a su casita de campo con las manos vacías! ¡Nada para comer, nada para beber! Cuando Rómulo despierte, necesitará alimento. Todas las tiendas, todos los comercios están cerrados. Sólo queda la cantina de la estación. G ya ha atravesado Nantes con anterioridad. Recuerda que la avenida desemboca delante del castillo y que la estación está nada más girar a la derecha. La cantina estará abierta, seguramente. Se concentra en sus pobres reflexiones con el máximo esmero, como si estuviera resolviendo un arduo problema. Siente que le coge el sueño, en los músculos de la cara. «A ver si consigo comprar Floric… Frolic… Forlic…». En el último momento, tras golpear ligeramente un camión estacionado, rectifica y el susto le despierta. Intenta retener esa palabra extraña… Frolic… comida para perros. A esas horas de la noche, evidentemente, no hay Frolic. Pero a lo mejor hay *croissants*, y bollos. Y un buen trago de vino blanco del país. Está hablando consigo mismo cuando se da cuenta de que ya ha llegado a la estación. Ha venido sola a su encuentro, y le ofrece un amplio aparcamiento frente al cual no se encuentra la verdadera cantina, la de los gastrónomos, sino un quiosco de bebidas, pero mejor así. Nadie se fijará en él. Se apea del coche, cierra la puerta con llave y cruza la explanada respirando hondo para disipar las brumas del cansancio. El bar está vacío. No hay *croissants*. Todavía no los han traído. Pero hay bocadillos. El pan está duro. El jamón acartonado. ¡Pobre perro! Hasta el final de la mañana no tendrá nada más apetitoso, hasta que su amo haya tenido tiempo, en el pueblo, de comprar leche, huevos, carne… un caldo con un hermoso hueso con tuétano. Entre tanto, G mastica a dos carrillos y se bebe dos Coca-Colas de un tirón para acabar de despabilarse. Poco a poco, su máquina de hacerse preguntas se vuelve a poner en funcionamiento. ¿Por qué tenía el presidente este perro? No es corriente un perro tan joven con un amo tan viejo. Y viendo cómo Rómulo saltaba de alegría ante su amo, es evidente que no está adiestrado. Si lo que quería el presidente era un animal de compañía, probablemente hubiera escogido un animal menos voluminoso. A G le gustaría conocer ya el contenido de las carpetas que ha robado. Todo el asunto cojea, y habrá que estudiar cada uno los elementos para descubrir cuál es el detalle que no acaba de encajar, y este detalle imprevisto es Rómulo. ¡Que no se te olvide que estás huyendo! Que el crimen, a estas horas de la madrugada, ha alborotado a toda la prensa. Quizá hasta la radio haya empezado ya a hablar de él.

G ha recuperado todas sus energías. Se apresura de regreso al coche. Nadie a la vista. Entorna la tapa del maletero. Rómulo se ha movido. Sigue

postrado por la droga, pero la pata herida está replegada sobre sí misma, y eso le alegra el corazón. «Dentro de tres horas estaremos en casa». Lo dice en voz alta, como lanzando un desafío.

Muy pronto circula por el bosque. El aire que entra por la ventana abierta huele a sotobosque, a hojas pisadas, a setas, a todos los aromas y olores que van a devolverle la vida y la alegría al pobre animal herido de forma tan infame. A G le gustaría ser un perro lobo él también y aprender de Rómulo algo que él siempre ha menospreciado, que no sabe explicar: la conciencia de estar ahí, vivo, y de que vale la pena. Goza de la embriaguez de la velocidad, de recorrer sus caminos familiares. Le gustaría tener a Rómulo a su lado, como un pasajero, para iniciarlo… «Ves, allá, después de la curva, el montón de leña… ahí bifurcamos hacia el Vilaine. ¡El Vilaine es un río grande y precioso! ¡Y ya verás qué gobios!». G ríe. «¡Y no veas qué conejos! ¡Ya verás, tío, lo bien que te lo vas a pasar! ¡Mira, ya llegamos! ¡La casita baja! Es nuestra, amigo mío. Estás en casa».

V

Su casita de campo es un edificio bajo y alargado, de granito de Bretaña con un techo de pizarra que sobresale encima de la entrada como una visera. El conjunto es austero, a pesar de la hiedra que tapiza una parte de las paredes y enmarca felizmente las ventanas de las dos buhardillas. G, olvidando a su perro por unos instantes, da una rápida vuelta por el exterior de la casa. Los postigos están intactos. Las puertas como las dejó. Los descuideros no suelen rondar la zona. El sol que se come la pintura, el óxido que roe las bisagras y las cerraduras, la lluvia que busca entre las pizarras y acecha los intersticios para colarse gota a gota son sus únicos enemigos. G dispone de todo lo necesario para hacer las reparaciones. No quisiera tener que recurrir al carpintero de Guenrouet. Él mismo, entre misión y misión, se encarga del jardín. Y también recorta el seto de boj. Es hábil con las manos cuando no las moviliza para otros menesteres. Mientras finaliza su visita de inspección, rebusca en los bolsillos la llave delgada y plana que abre la cerradura de seguridad. Abre silenciosamente, siguiendo un hábito de prudencia que adquirió durante la infancia, cuando su padre solía estar bebido y emprenderla con todo el mundo. Cruza a tientas las habitaciones oscuras y abre los postigos. Se encuentra en un comedor amueblado en estilo bretón rústico, con porcelanas de Quimper dispersas, entre las que destaca una cabeza de martín pescador que adorna el centro de la mesa. Echa una ojeada afectuosa. Todo está en su sitio. Tiene la impresión de reencontrarse consigo mismo. Sus movimientos se suceden automáticamente. Abate la palanca del contador de la luz, y la puerta de la cocina, la que da al jardín, cede con un chirrido. La suave claridad del amanecer inunda ahora la planta baja. Deja la visita de las buhardillas para más tarde. Duerme allá arriba, bajo techo, en una estrecha litera de barco que compró de ocasión en Saint-Nazaire. Le acompañan en alegre cortejo sus recuerdos que cantan en su interior, porque el perro ha soportado el viaje y va a aprender a querer esta hermosa casa que le ofrecen. Pero ¿dónde ponerlo? Provisionalmente en la cocina, donde no pasará demasiado calor, y, cuando quiera salir —pues en fin, muy pronto

volverá a caminar— sólo tendrá que andar unos pasos. En el vestíbulo, donde dos percheros enmarcan un grabado que representa el Mont-Saint-Michel, G descuelga una vieja y mullida cazadora que extiende con cuidado en el mejor rincón —si él fuera un perro lobo se instalaría allí— entre el alto reloj de péndulo y la mesita donde apila la vajilla limpia. Comprueba el espesor del forro de la chaqueta con el dorso de la mano. Sí, está bien. Ya sólo queda traer al herido. Dejando todas las puertas abiertas, pues tendrá los brazos ocupados y necesidad de encontrar libre el paso, finalmente va a abrir el maletero.

—¿Qué tal? ¿Cómo va eso?

Rómulo mueve un poco la cabeza. Está empezando a despertar y, por lo que pudiera pasar, frunce el morro, aunque tan débilmente que su estado sigue siendo preocupante.

—Venga, venga —intenta bromear G—, ya te harás la fiera más tarde. Anda, ven.

Extraerlo del estrecho alojamiento donde su cuerpo se ha hundido cuesta lo suyo. G desmonta la rueda de recambio para tener mayor facilidad de movimientos. Después, empuñando una pata con una mano, asiéndolo firmemente por la cola con la otra, estira, resbala, toma apoyo con un pie sobre el parachoques; tiene el rostro congestionado y se le parte el corazón al ver cómo se balancea la pobre cabeza del perro que rebota en las aristas de la chapa. Por fin, consigue sujetar al animal, moverlo. Lo saca. Lo acuesta en la hierba, resopla y se seca el sudor de la cara.

—¡Ya pasó lo peor! —balbucea—. Te curaré. No tengas miedo.

Y vuelta a empezar. Agacharse, levantarse con el perro en brazos, caminar hasta la casa, atravesarla, no fallar la manta, dejarse caer de rodillas y, lentamente, depositar el animal bien estirado, alisarle las orejas, acariciarle el morro y, por fin, dejarse resbalar hasta el suelo apoyando el hombro contra el reloj de pared.

—¡Me parece que lo conseguimos! —susurra.

Pero se vuelve a poner en pie en seguida. Agua, rápido. Una servilleta. Corre, llena un cazo de agua —qué buena idea tuvo haciendo instalar el agua comente—, desdobla una servilleta que ha cogido en el aparador, la moja y, sentado en cuclillas, se pone a lavar al animal humedeciéndole los ojos, dejando caer unas gotas de agua entre los dientes. Rómulo saca una lengua larga, jadea un poco y, de repente sus miradas se encuentran, el hombre y el perro se miran a los ojos. Rómulo observa ese rostro que le recuerda a

alguien. Desde el fondo de la nariz emite un débil gemido, el grito del cachorro que trata de tranquilizarse.

—¡Tranquilo, tranquilo! —dice G mientras le acaricia los ijares de pelo áspero.

Rómulo, con la cabeza medio levantada, estudia esa silueta cuyo olor le resulta más familiar que la imagen. Después, deja caer el morro en la mano que lo sostiene y cierra lentamente los ojos.

—¡Duerme, perrito bueno, duerme tranquilo! —susurra G levantándose—. Ya somos amigos, ahora.

Instintivamente sabe que ha sido aceptado. G carece de experiencia verdadera con los animales; en su lugar, en cambio, tiene la impresión de haber estado bregando junto a ellos durante todos aquellos interminables años de la infancia; y si tratara de precisar su pensamiento diría que los leones, los guepardos, la pantera, las tres jirafas y el camello eran camaradas de trincheras, unas especies de supervivientes que la guerra —pero menuda guerra— había desechado. Rómulo es el recluta, el jovencito recién salido de su cascarón de caricias y de golosinas que se mete en un mundo donde se dispara a matar, sin cuartel. Habrá que hacerle comprender que vivir es peligroso, y que la única forma de salir adelante, es obedecer a quien sabe. Pero su decisión ya está tomada.

—Apestas a cerveza, pobrecito mío —dice G—. Por poco que tengas pulgas, te vas a convertir en su asilo nocturno. Déjame ver ese muslo.

La venda ha aguantado. G empieza a desengancharla. El perro, sin despertarse, emite un suave gemido de protesta, un sonido agudo de súplica.

—Anda —refunfuña G—, no te hagas la niña delicada. ¡Cógete fuerte! Te voy a arrancar unos cuantos pelos.

G retira la gasa. La herida supura un poco de sangre. La pata se agita. El pecho potente del perro hace ademán de levantarse. G palpa el músculo alrededor de la herida. La hinchazón no parece preocupante.

—¡Quince días de reposo! —diagnostica G—. Y fuera vendas. Mejor que se seque al aire libre. ¡Bueno, quizá cojees un poco! No sabes cuánto lo siento. Se me ha escapado el tiro —se sienta en cuclillas, su postura favorita.

—¡Es mi pata izquierda! —prosigue—. Ya no puedo contar con ella.

Intuye que debe hablar bajito, manteniendo un tono de voz que arrulle, que adormile al animal traumatizado. Un nido de voz que forme, entorno al hombre y a la bestia, el cálido ambiente de una madriguera. Saca del bolsillo la pipa, la petaca, el encendedor, y prende el tabaco sin dejar de susurrar:

—Tú tienes colmillos. Yo tenía esta mano. Mírala bien. Ya sé que estoy agotado, pero a mí que no me vengan con cuentos. Tiembla. Ni siquiera sería capaz de matar un conejo si quisiera salir a cazar. ¿Que cómo ha ocurrido? ¡Buena pregunta, sí señor! Creo que… ¿Cómo diría? Hay cosas en las que creía y en las que he dejado de creer. ¿No lo comprendes? Tú tranquilo, yo tampoco… Imagínate que de golpe deja de gustarte la carne… Bueno, pues lo mismo me ha pasado a mí —ríe—. Has venido tú y la has reemplazado… Hablando de carne, discúlpame. He olvidado decirle a Julien que estamos aquí.

G calla, observa a Rómulo, cuyos párpados y comisura de los labios tiemblan fugazmente por efecto de las ondas de su sueño profundo. Se levanta con toda suavidad y va a la habitación que hay frente a la sala de estar, del otro lado del vestíbulo. Podría servir de despacho. De hecho es su leonera, su rincón preferido, donde realiza sus trabajitos, arma sus cañas de pescar, clava clavos y pule maderas. Para no tener que salir corriendo cuando suena, se ha instalado el teléfono en una especie de nicho, junto a su banco de trabajo. Descuelga el auricular.

—Oiga, Julien… Sí, he llegado esta mañana. No, no estoy solo. Me he traído el perro de un amigo. Ya te contaré. Pero entre tanto, ¿le podrías decir a tu repartidor que me traiga algo para la comida? Bueno, carne para rustir, costillas, jarrete y unos cuantos huesos… Pero, ojo, mi inquilino es un inmenso perro lobo. Lo que necesita no es un aperitivo. Subiré pronto al pueblo. ¿Cómo?… Sí, por supuesto, me quedaré una temporada. Oye, pues gracias.

Después del carnicero, llama a Fernand. Es el tendero. En el pueblo todos se llaman por su nombre de pila. Pasa lista de todo lo que necesita.

—¡Oye, que vas a resistir un asedio! —bromea Fernand.

El término despierta un eco desagradable en la mente de G.

—¡No, qué va! —protesta con energía—. Voy a pasar el verano aquí.

—Te lo mandaré todo esta mañana, de un golpe de furgoneta.

—Y a parte de esto, ¿qué novedades hay?

—No, nada en particular. ¡Ah, bueno, sí! Ha muerto el viejo cura, en el confesionario. Pensábamos que estaba dormido. Pero no. Te importa un comino. Bueno, por si te interesa, ahora hay otro en su lugar, un cura jovencito; si le ves pasar con la Mobylette, no te extrañe.

—¡Bueno, bueno! —corta G—. Hasta luego.

De este modo, poco a poco, va restableciendo el contacto. Se convence a sí mismo de que se va a quedar una temporada para no dejar que se le escape

ese sentimiento de paz que se parece tanto a algo que no se atreve a llamar felicidad. Vuelve con sigilo a la cocina. A pesar de sus precauciones, Rómulo ya no duerme. Vigila la puerta, sentado de lado sobre la pata que no le duele, erguido sobre sus patas delanteras, con la cabeza gacha, las orejas inquisitivas; le mira con desconfianza y recupera un buen pedazo de lengua antes de emitir un ladrido corto que es como un saludo, pero no una entrega.

—Bueno, —dice G suavemente—. ¡Oye, que soy yo!

El perro mueve la cola, pero el movimiento del morro que husmea repetida y tímidamente deja traslucir todavía un resto de aprensión. G se le aproxima, con paso franco y firme. Alarga la mano. Al pronto, a pesar de la herida, un estremecimiento de alegría se apodera del perro. Se arrastra, llevando a remolque la pata que aún sangra un poco, lame todo lo que está a su alcance, una mano, la otra, la cara que se le ofrece, y olvida el dolor, intentando ponerse en pie contra el amo que ha encontrado al fin.

—¡Tranquilo, tranquilo!… Échate.

G se da cuenta, en aquel momento, de que Rómulo tiene que aprenderlo todo. La perrera se lo debió entregar al presidente Langlois tal cual, tan ingenuo y salvaje como cuando lo destetaron. Por mucho que G le ordene «Quieto aquí», Rómulo no obedece. ¡No sabe! ¡Pues tanto mejor! Es como si se entregara a alguien por primera vez. G lo coge por el collar y le obliga a volver a la manta.

—Estirado. Quieto aquí.

Rómulo se deja caer sobre el ijar, con la cabeza medio levantada para seguir los ademanes del hombre. Ese dedo tieso debe querer decir que hay que estarse quieto, sino… Rómulo se tranquiliza, pero a la que su amo hace ademán de quererse marchar, no lo puede resistir, es más fuerte que él, se pone en pie, a pesar de que duele.

—¡Estirado!

¡Qué voz tan enfadada, de repente! El perro emite un leve gañido. Entre los lobos, la última palabra se le deja al más fuerte, pero no antes de haber manifestado la propia disconformidad.

—¡Ahora vuelvo! —promete G—. Bien tengo que entrar el coche ¿no?

En efecto, ese coche alquilado en París no debe permanecer mucho rato estacionado delante de la casa. En el pueblo, no tardarían en preguntarse cosas. Si no tuviera al perro, G iría hasta Nantes y lo dejaría en el aparcamiento de la estación. Con una llamada a Avis para que lo fueran a buscar habría cumplido y no tendría nada que reprocharse. A pesar de una vida a la merced de tantos imponderables, es disciplinado. Las reglas le

importan un bledo, pero los códigos hay que respetarlos. Desgraciadamente, no hay posibilidad de dejar a Rómulo solo. Creería que le han abandonado. Ya se le oye armarla detrás de la puerta cerrada, ora con voz grave, ronca, llena de furia, ora con voz aguda y suplicante. Todavía no ha dado con el ladrido del lobo que aúlla a la luna, pero no tardará en volverlo a inventar para castigar a su amo. De modo que G se da prisa en sentarse al volante para llevar el coche a la parte posterior de la casa, entre la cocina y el jardín, donde queda a cubierto de las miradas desde la carretera. G, con la mano en el pomo de la puerta de la cocina, a modo de juego, pone voz de estar enfadado.

—¿Qué significa esto?

Al punto, el perro, como un niño que recibe una regañina, se calla. Resopla contra la ranura de la puerta, y después rasca.

—Para, so bruto. ¡Te vas a lastimar!

G entra y las muestras de alegría vuelven a comenzar.

—¡Basta! —exclama G—. Cuando se cojea así, hay que estarse tranquilo. ¡Al rincón! ¡Venga ya!

Rómulo comprende rápido. Quiere volver al rincón pero G le detiene.

—¡Un segundo! Primero el pipí. Ya que tienes tantas ganas de andar, ale, al jardín.

Y Rómulo, dócil ya que su amo está con él, da una vuelta por el jardín saltando con sus tres patas. G le acaricia el lomo.

—Muy bien. Y ahora, tío, a la cama. A la que el carnicero haya pasado, me ocuparé de ti. ¡Y ahora, procura cerrar el pico! No sea que vaya contando por ahí que menuda especie de fiera me he traído a casa.

Rómulo se da por enterado. Se pone en pie, por descontado, al oír una voz desconocida en el vestíbulo. Olfatea por debajo de la puerta. Pero no ladra, y como no paran de hablar, acaba estirándose junto a la puerta. La visita se va. Llega otra. Rómulo no se aburre demasiado. Mientras siga flotando el buen olor de su amo, el tiempo no cuenta. Un olor que subsiste entre los violentos aromas de cosas que huelen a tierra. Rómulo dormita mientras G cierra la bolsa que contiene las verduras. G acompaña al tendero hasta la carretera.

—Mañana, tráeme café y azúcar. Y además… ¡oye, Fernand!, podrías conseguirme Pal o Frolic. Tráeme una docena de latas para empezar. Traga un montón, mi compañero. ¡Adiós, y gracias!

Cuando G regresa, huele a carne cruda y a zanahorias, a puerros, sólo a cosas buenas. Rómulo esboza un salto de alegría y se retiene justo a tiempo. También le gustaría poder levantarse, poner una pata en el canto de la mesa para ver lo que pasa, pero es demasiado difícil. Es imposible ayudar a su amo

a abrir los paquetes. Pero puede, por lo menos, rondar a su alrededor y, de vez en cuando, inventarse una voz lastimera, sin insistir demasiado pero, mira por donde, le cae un pedazo de carne cruda. Lo coge al vuelo. Lo engulle con tal rapidez que se pregunta si no lo ha perdido y, mientras se relame, olfatea el suelo buscando un milagro.

—¡Menudo glotón estás hecho! —dice G—. Ya te daré más pero sin empujar. Toma, coge esto.

Es algo blanco, cartilaginoso, crujiente. Es digno de ser tomado con calma. Rómulo se sienta y sujeta la golosina con sus patas para atacarla con sus dientazos, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Hay un hueso en esta carne exquisita. Por iniciativa propia, Rómulo se lo lleva a su camastro y relame insistentemente el trozo de hueso hasta dejarlo reluciente como el marfil. Deja por unos instantes de vigilar al cocinero que se agita delante de sus fogones.

—¡Cógelo!

Esto lo entiende a la primera. Veloz como una otaria que juega a pelota, coge al vuelo la ofrenda con un movimiento del cuello y del hocico rápido como la centella. Ya vuelve a roer su hueso, girando sin embargo una oreja hacia la mesa donde se están cocinando unas cosas tan sabrosas.

—Sabes —dice su amo—, tendrás que comer también pasta y arroz.

Hoy es un día especial.

G se lava las manos debajo del grifo, aún a riesgo de echar a perder los buenos olores que se adhieren a sus dedos, y se encierra en la habitación donde ha dejado los paquetes. Rómulo duda, pero los ruidos son la prolongación de los olores. No se ha roto el hilo del amor y, por otro lado, el hueso tiene unas fisuras tan fascinantes que no hay más remedio que ponerse a explorarlas sin dilación.

G, al fin tranquilo, desembala sus cosas, las guarda en los armarios que ha construido con sus propias manos, la pistola en un cajón, con los prismáticos, después la ropa, el botiquín, el ovillo de nilón. El fusil desmontado le hace dudar, pero piensa que Rómulo lo vio cuando fue herido. Si el perro ahora volviera a ver la misma imagen terrorífica, todo se acabaría entre ellos. No hablemos más del fusil. Aunque sin embargo…

G se sienta en un rincón de su banco de trabajo. Cuando no se acuclilla, suele apoyar una nalga en el canto de los muebles. Le ayuda a reflexionar. Y ahora que el largo viaje ha terminado, necesita meditar muy en serio. Carga la pipa y trata de afrontar la situación. La policía debe de estar desorientada. Investigarán al presidente, a la agencia que alquiló el chalet. Investigarán la

misteriosa desaparición del perro, y todo eso tardará una barbaridad. Los meses de vacaciones no se prestan a las investigaciones serias. Por ese lado, si es que hay peligro, puede estar tranquilo. Al que realmente debe temer es a Monsieur Louis. G ignora el alcance de sus posibilidades, pero ha tenido siempre la impresión de que Monsieur Louis lo sabía todo de todo el mundo. Como un chantajista de nuevo cuño, con una infinidad de informaciones metida en su ordenador. Lo que está buscando, en estos momentos, a escondidas de la policía, son los documentos del viejo, esos papeles que G tenía que enviarle a un apartado de correos, a nombre de Evelyne Mercadier. ¡Y seguro que está decidido a recuperarlos a cualquier precio! ¿Entonces qué? ¿Negociar? ¿Los documentos a cambio de la vida? Monsieur Louis prometerá cualquier cosa. Pero no cumplirá. ¿Resistir aquí? Me mandará a sus matones. ¿Huir? ¡Con un perro que cojea y que llama la atención!

Sólo hay una solución: atacar el primero. ¿Pero dónde? ¿Cómo? Es una insensatez, y sin embargo… Siempre vuelve a tropezar con ese «y sin embargo». Significa —pero como a tientas— que la mirada de Rómulo, esa mirada tan franca, tan ajena al rencor, ¡ah! ¡Cómo reconocerlo!… Uno siente vergüenza de ser amado por él, eso es. A uno le gustaría poder decirle: me sabe mal… Todo me sabe mal. Me sabe mal haberte hecho daño, ¡eso ya lo sabes! Pero también me sabe mal ser quien soy. Me gustaría poder vengarnos a los dos, porque yo también soy un pobre animal, igual que tú. Por culpa de ese hombre. ¡Por eso hay que destruirlo!

G escucha… ¿Quién está olfateando por debajo de la puerta? Se ha acabado el hueso y viene a avisarme. Y no se le puede decir «déjame en paz» porque tampoco es verdad. La paz sin él todavía sería peor que la paz con él. No queda más remedio que dejarle pasar.

—¡Anda, ven! ¡Y no me lamas! Siempre tienes que andar haciendo mimitos.

El portadocumentos con las carpetas está ahí, en medio del banco de trabajo. Después de la comida, cuando Rómulo duerma saciado, será el momento de examinar todo el papelamen.

—A comer, tío. Espero que mi rustido esté en su punto.

El almuerzo en la cocina. El primero. Rómulo se sienta torpemente junto a G. El muslo le debe doler todavía mucho. Mantiene la cabeza erguida. Vigila el aromático itinerario del tenedor a la boca de su amo. De tanto en tanto, encoge la lengua que siempre le cuelga, y parece masticarla, pero sólo trata de olisquear la herida que empieza a cicatrizar. Después vuelve a su vigilancia. Por mucho que G coloque en un plato las sobras, el único sitio para disfrutar

con el festín del cual sólo capta efímeros efluvios, está junto a la mesa. Mueve la cola cuando ve pasar un pedazo de comida más sutilmente perfumado que los demás. Su nariz se estremece y su pata izquierda esboza un movimiento hacia la rodilla de su amo.

—¡Calma, calma!

Y G deja colgar el brazo, buscando el hocico que se ofrece. Con la punta de los dedos va alisando el pelaje tan fino alrededor de las orejas, que se agachan para dejarse acariciar mejor, alrededor de los ojos, que se ocultan, palpitantes, bajo los párpados cerrados para volverse a abrir como dos cálidas estrellas. G ya no está solo y ése es un sentimiento totalmente nuevo. Mientras toma nota mentalmente de que tiene que comprar mostaza y también cosas fácilmente transportables para llevar de excursión, ya que el bosque colindante predispone a los largos paseos, y también conservas, montones de latas de Frolic y de Pal para saciar el apetito creciente del jovencito que está tumbado a su lado, se pregunta por qué no se le ha ocurrido antes tener un perro. Por comodidad, por supuesto. Se ausenta demasiado a menudo y G descubre que no se puede meter un perro en una pensión como se deja un coche en el aparcamiento. Y para empezar, ¿qué perro? Siente un total desprecio hacia esas especies de bichos tan arreglados y compuestos, incluso es más, ante todo hacia esas mujercitas, con sus perritos falderos y sus ademanes de niñitas tontas que juegan a muñecas. En el fondo, él siempre ha sido el jefe de su manada. Por eso se han reconocido mutuamente, ¿verdad, artista?

Le alarga un delicado trozo de piel de su rustido, sin mirar. ¡En efecto, no hace falta que mire! El trozo de piel es engullido por unas fauces alertas que chasquean al cerrarse como un estuche de gafas. Despacito, despacito, hay que aprender. ¡Qué curioso, uno ya no se dice «y yo» sino «y él»! Su presencia es como una leve sombra que acompaña todas sus reflexiones y las despoja de su cortante sequedad. «¡Si ahora empiezo a volverme tierno —dice para sí—, voy listo! Y se me ha venido encima así, de golpe, porque he tenido la mala pata de errar el tiro. Y aquí está, ¿verdad que estás aquí, bicharraco?».

Le acaricia con los dedos la arruga de preocupación que le cruza la cabeza de las orejas al morro. G ya no necesita vigilar su mano. Ésta quizá se ha vuelto incapaz de sujetar un arma, pero en seguida se ha adaptado a esta especie de manta peluda que se queda hipnotizada bajo las caricias de su amo. Es tan divertido, ese diálogo mudo entre el que come, aparentemente sin dejarse distraer, y el que parece escuchar y coger al vuelo las palabras que no se pronuncian. A la hora de los postres, es decir de la pipa, a Rómulo no le

gusta tanta cerilla, ni los chorros de humo que le hacen estornudar con unas muecas que no se atreven a ser un reproche. Salen al jardín, para estirar las piernas.

—¡Hombre!, pero qué pasa, cojeas cada vez más. Ven aquí, a ver qué tienes.

G obliga a Rómulo a acostarse sobre el muletón y palpa el muslo, con mucha suavidad. Rómulo emite un leve quejido del fondo de la nariz.

—Menudo cuentista estás tú hecho —exclama G con aquel tono gruñón que le gusta al perro.

Y sigue hablando sin cesar mientras le entinta la herida un poco inflamada con mercromina. G ha comprendido que él tiene que hablar por los dos y que instintivamente el animal sabrá seleccionar el significado de las palabras. Está la palabra «perro» y la palabra «hombre»; son casi las mismas, y esas orejotas no sobran, ya que hay que analizar; y no está de más hacerlo rápido. Si uno pierde el hilo, todavía puede dejar escapar una especie de aullido modulado que Rómulo aún tiene que perfeccionar, pero que, en cualquier caso, llama la atención de su interlocutor.

—¿Qué? —dice G—. ¿Qué explicas? ¡Menudo bromista!

La cura ya está. Rómulo puede levantarse.

—No. Tú te quedas aquí. A dormir. Yo tengo trabajo.

Una palabra desconocida, pero siniestra, ya que abandona la habitación. Qué duro es hacer feliz.

VI

Gordena las carpetas, las cartas y las notas. Con las prisas lo mezcló todo, pero el presidente Langlois era un hombre metódico y el contenido de cada carpeta está indicado por unas etiquetas: *Correspondencia, Indosuez, Direcciones, Cartas, Copias, Varios, Perro…*

¿Perro? ¿Qué significa perro? G comienza a hojear. Es la carpeta de Rómulo. Hay de todo, ahí dentro. Para empezar, un certificado de origen, una especie de pasaporte.

Nombre del perro: Rómulo.

Raza: pastor alemán.

Sexo: macho.

Pelaje: negro/fuego.

Pelo: pelo del lomo: denso y tieso. En el cuello, pelo largo y duro. Parte superior del muslo: más largo y espeso.

Altura: normal.

Fecha de nacimiento: 20 de mayo de 1987.

Número de registro en el fichero central: 422.

Taras: lomo caído, cola en forma de gancho.

—¡Vaya! —exclama G—. ¡En forma de gancho! Están de broma.

Le abre la puerta a Rómulo que se cuela entre sus piernas, correteando por la habitación y olisqueando por doquier. G lo coge por el collar y lo inmoviliza.

—A ver esa cola. ¡Pero si está muy bien tu cola! ¡Los hay que nunca están satisfechos! ¿Y lo de «lomo caído»? Tienes un lomo perfecto. Ale, estirado. Quieto. Tengo trabajo.

Prosigue el estudio del formulario. Susurra para sí:

—Tatuado, sí… detrás de la oreja. Sellos, visados, ¡vale, vale! Ya se nota que eres un perro guapo. ¡Ah!, bueno, esto está mejor. ¡Es un decir! El que ha mecanografiado esto, escribe fatal. Veamos. «Dos comidas diarias: carne de caballo picada sin grasa. Pan, arroz y salvado. Harina de pescado. Sales minerales. Germen de trigo. No más de dos libras de carne diarias.

»Las comidas se deben servir a horas fijas. No fiarse de los alimentos enlatados, que a la larga pueden resultar perjudiciales».

G aparta la hoja de instrucciones y suspira.

—¡Mi pobre amigo! ¡Con esto no vamos a ninguna parte! Espera, parece que pone algo más al dorso.

«En caso de urgencia, esperando la llegada del veterinario, se recomienda disponer de un botiquín».

—«Vendas, algodón, gasas…». ¡Sí, tengo! «Agua oxigenada, mercromina, esparadrapo…». ¡Sí, tengo! «… penicilina en polvo, tijeras y pinzas quirúrgicas…». Más o menos, lo tenemos todo, ¿verdad artista? Bueno, ya lo ves, lo más difícil va a ser encontrar la carne de caballo. Por aquí no hay. Caza, la que quieras. Cerdo, a punta pala. Pero el caballo no es lo mismo. Es casi como un amigo.

Vuelve a leer el contenido de la ficha.

—Así que —prosigue— tenemos poco más de un año. Por eso estamos tan mal educados. Todavía no sabemos comportarnos. ¿Y esto, esto qué es? Escucha:

> *Mi querido amigo,*
>
> *Quisiera de todo corazón que nos separáramos cordialmente como dos buenos amigos. Hablar de amistad, después de haber sido todo lo que hemos sido el uno para el otro, es más bien desgarrador. Por lo tanto, me limitaré a escribirle estas líneas. Estoy decidida a partir a casa de una amiga que vive en Roma. ¿Me dejará esta posibilidad? Si no vuelve a oír más de mí, ya sabe lo que tiene que hacer. Y usted, cuídese mucho. Evidentemente, está al corriente de todo, ya que me espía sin cesar, pero, sabiendo que usted está al tanto, no se atreverá a emprender nada contra usted. Además ¿acaso no le ha dejado ya sin nada? A mí, me ha despojado de todo. Así que buena suerte, mi querido amigo. ¡Resignémonos! Hemos perdido la partida. Y él también acabará perdiéndose, a fuerza de orgullo. Rezaré por usted. Adiós.*
>
> *Cordialmente,*
>
> *Patricia*

G dobla la carta mientras repite: Patricia, Patricia. Yo conocí una Patricia… Patricia Lambesq. ¡Pero hace tanto tiempo!

Hablando con Rómulo:

—¡Una chica muy guapa, sabes! Todos los hombres le corrían detrás. Si hubieras visto qué pechos. ¡Mejores que los de la Gina Lollobrigida! Me extrañaría que se tratara de la misma.

Mordisquea la pipa, pensativo.

—Si la memoria no me engaña era de Dax, de madre española y de padre tolosino. Por lo menos, eso es lo que ella contaba. Pero contaba cualquier cosa, por el mero placer de mentir. Cuando se llega a tal grado de miseria, mentir es el único lujo, mi pobre amigo. En aquel entonces, yo también malvivía de cualquier manera. Ella era chica de alterne en el Léthé, un local de mala muerte, allá por Pigalle. Y yo, yo era el compinche de Jim el Gatillo, en el circo Médrano.

Ríe mecánicamente mientras golpea la pipa contra la palma de la mano.

—¡Nos tendrías que haber visto! —prosigue G—. Hacíamos un número de gangsters de la época de los Incorruptibles. ¡Ah! ¡Te habría gustado!… El sombrero de fieltro gris ladeado sobre la frente, empuñando la metralleta. Y tatatá… A todo meter. Teníamos un decorado trucado que se derrumbaba con un estrépito de cristales que saltan hechos añicos… El de la metralleta era yo. Así empezó todo… Por lo menos, así lo recuerdo. No te voy a contar cuentos chinos a ti, a ti no. Lo que sí está claro, es que la famosa Patricia cayó rendida en mis brazos por mi artillería y por el Borsalino. Bueno, no te creas, no me duró mucho. La mía, mi Patricia, no la de Langlois, tenía un carácter imposible. Y además, fumaba unos puritos infectos… ¿Me escuchas?

Las orejas se yerguen. G baja la mano para acariciarlas, con el dorso de los dedos, dulzura contra dulzura.

—Y había algo más —susurra G—. Tanto ella como yo, éramos unos solitarios. ¿Tú te crees que una pareja así puede caminar por la vida juntos? ¡Pues no! A la primera de cambio, ¡adiós! En el primer cruce de caminos, cada uno tira por su lado. ¡Y cruces de caminos, no había más que eso en nuestras vidas!

Carga la pipa con esmerada meticulosidad. ¡Casi le gusta más cargar la pipa que fumarla! Vuelve a coger la carta y a leerla.

—Te fijas —dice—. ¡Está condenadamente bien redactado! Mi Patricia apenas sabía escribir. No puede ser ella. ¡Ya sé que leía mucho! Y las mujeres, ya se sabe, las vistes, les enseñas a hablar y el instinto hace lo demás. ¡Y nada, las tías se convierten en literatas, oye!

Se queda un instante ensimismado. Por la ventana abierta, se oyen a lo lejos unos hachazos rítmicos y el áspero silbido de una sierra eléctrica. Al

final del camino forestal que desemboca en la carretera, se divisa un carro parado. A veces, una hoja quemada por el verano cae del oquedal sinuosa y caprichosamente como un juguete.

—¿Verdad que estamos bien? —dice G—. ¡Al fin y al cabo, a nosotros qué nos importa este papelamen! Fíjate en esta carpeta: *Indosuez*. ¡Pobre tío! ¡Ni siquiera podía irse de vacaciones con las manos en los bolsillos como todo el mundo!

Saca de la carpeta un montón de albaranes grapados.

—¡Ah! —exclama—, a lo mejor encontramos aquí la explicación. Otra carta.

La recorre con la mirada.

—¡Vaya! ¡De qué cosas se entera uno! Tenía un descubierto en el banco, el viejo Langlois. ¡Lo pone aquí, con todas las letras! ¡Olvidémonos del galimatías administrativo! Pero los números, ésos sí se entienden. Y como sé leer, yo veo lo que veo… Treinta mil francos. Le cortan los créditos. Vale la pena examinar los movimientos de su cuenta.

Hojea el fajo de extractos.

—¡Necesitaría un contable! —protesta—. Pero bueno, a la vista de los últimos extractos, es evidente que retiraba regularmente cantidades importantes. Si quieres que te lo diga, a mí me huele a chantaje. Mira, acuérdate de la carta de la Patricia esa… *acaso no le ha dejado a usted ya sin nada*. ¡Vaya vaya con Monsieur Louis! ¡Mira por donde! ¿Así que el viejo ya no podía seguir pagando? ¡O sea que se le envía el verdugo! ¡Y el verdugo, pues era yo! —Reflexiona sin dejar de acariciar el lomo del perro.

¡El presidente, Patricia, Monsieur Louis y él mismo, qué extraño encuentro, lógico hasta cierto punto, pero tan improbable y misterioso a la vez!

Recapitulemos:

—Me envía Monsieur Louis. No perdamos el hilo. El desgraciado Langlois se ha vuelto peligroso. ¿Por qué? Por una razón que debe encontrarse entre estos documentos ya que tenía orden de mandarlos sin dilación. Causa probable: ya no podía seguir pagando. Pero hay una tal Patricia que juega un papel determinado entre estos dos hombres. Yo diría que ha sido la amante de ambos, y que Monsieur Louis la ha utilizado contra el otro. Tenía medios para obligarla a obedecer y ella, a su vez, controlaba al pobre diablo del presidente, hasta que comprendió que había perdido la partida. Entonces se larga exactamente igual como se largó la otra Pat. ¿Me sigues? ¿No me he equivocado? ¿Sigo por buen camino?

Rómulo suspira profundamente, como si hubiera comprendido las palabras de su amo, y después se sienta y hurga enérgicamente con el morro en el pelaje de su pecho.

—A ti —vaticina G—, te voy a hacer una limpieza a fondo a la que estés mejor. ¡Por el momento, la situación no es muy brillante! Hemos desaparecido los dos, y si nos ocultamos en alguna parte, evidentemente es con la intención de utilizar contra él las mismas armas que estaba dispuesto a emplear Langlois, pues si era tan urgente suprimirle, era en efecto porque se había vuelto peligroso. ¡Y Monsieur Louis me conoce, sabe lo que valgo! Por lo tanto, intentará localizarme para negociar. ¿Cuánto por los documentos del viejo? ¿100.000 francos? ¿200.000? Y entretanto, por supuesto, movilizará a un colega que me ejecutará limpiamente. Con Monsieur Louis la paz es imposible.

Se levanta y al punto Rómulo también está en pie.

—¡No, no! —dice G—. No salimos. Nos limitamos a pensar, aquí, entre oreja y oreja. Monsieur Louis tiene tropas, dinero y protección. Es mucho más fuerte que nosotros. Pero nunca le he dicho que poseía este terrenito. Es nuestro búnker. Me buscará en París. ¡Y nadie! ¡Sí, ya sé! Objetarás que no le conozco. Si se presentara aquí con cualquier pretexto, ¡ni siquiera podría ser yo el primero en disparar! Reconoce que da risa. Cada uno está buscando al otro a tientas, pues yo por mi parte tampoco veo muy bien cómo ponerme en contacto con él. De todos modos, en vez de estar aquí haciendo vanas elucubraciones, haría mejor volviendo al trabajo. ¡Y callándome! Desde que estás aquí no paro de hablar. Es pura chochez. ¡Venga, pequeño, a trabajar!

La carpeta con la etiqueta *Perro* contiene una carta más. De puño y letra del presidente. Arriba a la izquierda está escrito: *Cementos del Suroeste. Sede social: Burdeos, 225, rue Judaïque. Tel.: 88 84 01*. Y otra dirección por encima: *Jean-Paul Langlois, 115 bd Saint-Germain, París 6. Tel.: 42 63 06 82*. El texto es corto, la letra firme.

> *Muy señor mío,*
>
> *Hace poco, le compraron un pastor alemán muy hermoso: Rómulo, nacido el 20 de mayo de 1987, número de registro 422. Pensando darme una alegría, me regalaron este perro. Yo soy, sin embargo, un hombre viejo que está todavía muy ocupado. No dispongo de tiempo para cuidar de este animal convenientemente. Resumiendo, me gustaría plantearle la posibilidad de devolvérselo, mediante —por supuesto— una indemnización económica que podemos debatir. He aquí mis*

señas de vacaciones: Jean-Paul Langlois, chalet Las Alheñas, prolongación rue Punett, 63140 Châtelguyon.

G asiente pensativamente con la cabeza, se rasca, se balancea ensimismado en la silla.

—Así que —dice—, querían librarse de ti. Tú también, ya tenías la vocación de la calle. ¿Qué habría sido de ti?…

Chupando la boquilla de la pipa, prosigue en voz baja, como si no quisiera ser oído.

—¿Qué va a ser de nosotros, de los dos?

Vuelve a poner la carta donde estaba, y abre la carpeta con la etiqueta *Correspondencia*. Sólo contiene una carta, o mejor dicho un borrador, a la vista de las tachaduras.

Mi querido Paul,

Estoy instalado en Châtelguyon como en verdad me podría haber instalado en cualquier parte. No soy más que un viejo despojo podrido y mugriento, y bien podría ocurrir que decida acabar de una vez, cuando haya saldado algunas cuentas. ¡Como te puedes imaginar, no tengo ni un duro! La fábrica va a cambiar de manos. No me queda familia ni allegados de ningún tipo, excepto tú, mi querido Paul, el confidente de toda la vida y siempre tan indulgente. Gracias. Quizá pienses que cedo por agotamiento de una existencia que he quemado por ambos cabos, como se suele decir. Y es verdad que me siento inmensamente cansado. Pero no es eso. El chantaje que hace tanto tiempo que dura y que ha acabado por arruinarme no es el único motivo de mi decisión. Sin entrar en los pormenores —por lo menos ahora—, me encuentro acorralado en un callejón sin salida debido a un asunto cuyas implicaciones políticas se me escaparon desde el principio. Y para colmo de males, han tenido que cargarse al pequeño Bernède cuando pasaba clandestinamente a España; la que me espera, me la veo venir: investigación, denuncias calumniosas, huelga de personal, un montaje de corrupción de menores completamente inventado y, como telón de fondo del escándalo, como siempre, la mano del así llamado Monsieur Louis, del que ya me gustaría saber quién, desde arriba, le protege. A un personaje de esta calaña, se le extermina sin piedad. ¿Pero dónde se encuentran asesinos

a sueldo? Sin embargo, pacientemente, y con la ayuda de una mujer que ha sido durante mucho tiempo su alma maldita (y también la mía. Pero ya te dejaré una carta con las explicaciones pertinentes sobre este particular), he ido acumulando pruebas en contra suya. Si estas pruebas llegan a las manos de un magistrado íntegro y si todavía hay justicia, sonará el fin de Monsieur Louis…

G interrumpe su lectura y se levanta para abrir un postigo que el viento pega contra la ventana.

—¡Está cambiando el tiempo! —piensa—. ¡Vaya asunto! ¡Ahora entiendo por qué era tan urgente cargarse al viejo!

Se sienta por el suelo, junto a Rómulo que alarga el cuello y apoya la cabeza en la rodilla de su amo. G sigue leyendo:

… Sólo tengo prisa para una cosa, mi querido Paul: reunir todas las pruebas que le puedan inculpar. Lo tengo todo en la cabeza, nombres, fechas, todo. Si él lo supiera, no apostaría gran cosa por mi piel. Pero a poco que pueda disponer de quince días a tres semanas, seré yo quien tenga la última palabra. Dispongo de una pequeña provisión de Valium. Me he informado. Uno se va al otro barrio sin sufrimiento. Protestarás, me prohibirás seguir hasta el final… Pero imagínate que tengo un cáncer en estado terminal. O sea que déjame hacer. Ni siquiera merezco acabar así, sin estremecimientos ni espasmos, escogiendo la hora. Hasta pronto, mi querido Paul.

Con todo mi afecto

Post-scriptum: *Pensaste hacer bien regalándome este espléndido Rómulo para cuidar de mí. ¡Lástima! Mucho me temo que llega demasiado tarde. Es magnífico pero, sabes, soy un poco viejo para él. Bueno, si pierdo la esperanza, no temas. Habré tomado todas las disposiciones necesarias para que la perrera se ocupe de lo que haga falta.*

—¡Escogiendo la hora! —dice G—. ¡Maldita sea! He intervenido demasiado pronto. Jamás completará sus famosas pruebas. Y una vez más,

Monsieur Louis sale ganando. ¡Aparta la cabeza, perro! Se me ha dormido la pierna.

Se pone en pie, frotándose la pierna, y duda mirando las carpetas. La etiqueta donde pone *Direcciones* le atrae. Se trata de una agenda de propaganda de los *Cementos del Suroeste* del año 1987. G pensaba que iba a hacer un descubrimiento de primer orden. Su decepción es inmediata. Apenas si en las páginas de los sábados hay algo escrito.

> *Enero: hotel de Bretaña*. Lucette. Rubia bonita. Un poco blanda y repulsivamente tonta. Prestación anodina: 6.
>
> *Febrero*: rue Lepic. Gladys. Una especie de fregona con las uñas arregladas y peluca. Pero con talento. Sin lugar a dudas: 8. *Hotel de Flandes*. Hilda. Demasiado fofa. ¡Cómo me falta Pat! Un 5,5 escaso, y aún gracias.

G sigue hojeando, y algunas observaciones más crudas despiertan de vez en cuando su interés. A todas luces, el presidente era un viejo mujeriego que no le hacía ascos a las sensaciones fuertes. Subía desde Burdeos a París los fines de semana para desfogarse. ¿Pero quién le facilitaba las direcciones? Probablemente su amiguita titular: Patricia.

Al parecer, la dichosa Patricia viajaba mucho y G empieza a montarse una novela, con dificultades, como alguien que no está acostumbrado a recurrir a su imaginación. Pero hay relaciones que se establecen por sí solas. Si Patricia facilitaba a su amante sus efímeras compañeras cuando éste venía a París, debía ser sin duda con el consentimiento, o incluso la orden, de Monsieur Louis. Por lo tanto, esta Patricia conocía muy de cerca el ambiente de las putas y de las *call-girls*. Y por mucho que G se diga que no, que se engañe, se le superponen y se le confunden las dos imágenes, la de Patricia Lambesq, la Patricia de antaño, y la de la Patricia de hoy, borrosa y sin embargo vivida. ¡Imposible! ¡Aberrante! ¿Pero acaso la magnífica Patricia Lambesq, que vivía del *striptease*, no estaba ya a punto de penetrar en el oscuro mundo de la noche? ¡Sólo le faltaba encontrar un protector eficaz y celoso! ¿Quién?

G se inclina hacia Rómulo y le pregunta: «¿Quién?». Responde en su lugar. «Monsieur Louis». Pues sí, Monsieur Louis. ¡Como siempre! Monsieur Louis por todas partes, es peor que el Sida. Veamos lo que sigue, julio, por ejemplo.

> *Julio*: imposible conseguir a Fernand. Está con un hombre de negocios argentino. Breve encuentro con Zaza en su casa,

> una cotorra que ella me recomendó. Las chicas de ahora, visto y no visto. A ver si Pat vuelve de una vez. 4,25. 4,5 no: tiene las uñas sucias.
>
> *Agosto*: Al fin Pat. Ha vuelto de Nueva York —sin explicaciones—. Sin embargo he comprendido que se ocupa del lanzamiento de una sala de fiestas.

G pega un puñetazo encima de la mesa.

—¡Él la financia! —exclama.

Rómulo se levanta de un salto y G le acaricia detrás de las orejas.

—Te he asustado, mi buen perro. No te preocupes. No es nada. Es esa tía cerda que me crispa los nervios. ¡Ya te daré yo, Nueva York!

Busca en sus bolsillos y refunfuña.

—Hasta me he quedado sin tabaco. Recuérdame que le diga a Julien que me lo traiga. Ya le telefonearé después.

Vuelve a la agenda.

> *Octubre*: tiene un ataque de ciática. Me facilita el número de una amiga, Myriam. Qué clase. Un apartamento de tres habitaciones encantador, que da al Bosque de Boulogne 9, sin dudarlo. Pero sólo puedo conversar con Pat. Cuando le da por ahí, me cuenta montones de recuerdos suyos. Tuvo un principio de lo más difícil. Y cantidad de amantes. Cosa que no trata de ocultar. Así ve mejor de donde viene. Recuerda particularmente a un chico cuyo nombre ha olvidado. Éste hacía un número de circo con una carabina. Estos detalles la divierten y yo, pobre burgués de provincias, vuelvo a coger por la noche el rápido de Burdeos, malo por tenerla que dejar, y peor aún por sus confidencias. A mí también me gustaría hacer un auténtico número de tiro con la carabina, en vez de ir con los amigos, de tanto en tanto, al tiro al plato.

G cierra la agenda de golpe.

Sí, lo había adivinado, Patricia es Pat. Ella, Monsieur Louis, el difunto Langlois, Rómulo, el propio G, están encerrados en el mismo círculo. ¡Los cinco! Y ahora los tres. ¿Y cuántos el mes que viene?

—¡Salgamos! —decide G—. Estoy harto de tanta inmundicia.

Silba, distraídamente, y porque a un perro hay que silbarle. Y se produce el milagro, Rómulo ha comprendido. Se agita delante de la puerta asintiendo

con la cola: «¡Sí! Salgamos, salgamos los dos».

G, cambiando de parecer, regresa a la casa.

—Permíteme. Quisiera comprobar algo.

Busca en las últimas páginas de la agenda, asintiendo con la cabeza.

—Es lo que me pensaba. Ha apuntado todos los números de teléfono. ¡Ya me los miraré! ¡Venga, andando!

VII

El bosque sólo está a unos pasos. Rómulo se ha adelantado, correteando a derecha e izquierda, olisqueando por doquier, ebrio de olores. Es su primer paseo largo. Pasó de la perrera a *Las Alheñas* como un preso transferido de una cárcel a otra. Descubre el espacio abierto, el sotobosque, los mil aromas que dejan los rastros de los animales nocturnos. Olvida a su amo. Está libre. Si la rigidez del muslo no le frenara, ya andaría lejos. Pero un silbato imperativo, de tanto en tanto, le atrapa como un lazo. Comprende que ha de esperar. Se queda parado en medio del camino, con la lengua colgando hasta el suelo, las orejas tiesas, al acecho de todo lo que se mueve, mariposas, pájaros, deslizamientos furtivos en los matorrales. G le alcanza, le acaricia el cuello, cosa que significa la autorización para reemprender sus aventuras. Lejos, en el fondo del sotobosque, las hachas han enmudecido. G arranca una flor y mastica su tallo. No sabe su nombre. No es más que una flor. Y los árboles son sólo árboles. ¿Quién le habría enseñado sus nombres? También él sale de una perrera donde había que pelear y morder. En cierto sentido, es el hermano de Rómulo. Y ahora a ambos, tanto a uno como a otro, los busca la policía. La desaparición del perro lobo ha coincidido con la del desconocido que pasó un día en *Los Tulipanes*. Este es el primer indicio que tienen. Si trato de razonar como ellos, piensa para sí, hay dos posibilidades: o bien el misterioso asesino ha matado al perro en cuyo caso se debería encontrar el cuerpo fácilmente; o bien lo ha herido, y lo ha dejado al cuidado de un veterinario. La investigación se atascará, cosa que nos beneficia. Por este lado ¡nada que temer! Pero, ¿y por el otro? ¿Por el de Monsieur Louis? ¿Qué es lo que sabe exactamente?

Arranca un junquillo con el que se golpea la pantorrilla y prosigue su reflexión:

Sabe que he utilizado un coche de alquiler. No tiene más que informarse en Hertz o en Avis. Esas empresas lo tienen todo registrado en sus ordenadores. ¿Qué identidad he utilizado? La identidad de costumbre: Georges Vallade. En un abrir y cerrar de ojos, la máquina de Avis me delata.

Georges Vallade, en efecto. Este señor alquiló un Peugeot 505, de color blanco, matrícula… Por lo tanto lo más urgente ahora es desembarazarme del coche en el primer sitio que encuentre, ¡en un aparcamiento lleno hasta los topes! ¿En Nantes, quizá? Pero por mucho que lo intente, le conozco. Empezará a husmear en los alrededores de Nantes. En Avis, en París, habrán tomado nota, como siempre, del kilometraje del coche. Cuando lo encuentren en Nantes, volverán a tomar nota del nuevo kilometraje, y el cálculo será fácil: por un lado, el trayecto de París a Châtelguyon, por el otro el de Châtelguyon a Nantes. Conclusión: estoy ocultándome en Nantes o en los alrededores. Y comparando en un mapa el trayecto directo de Châtelguyon a Nantes con la cifra que marque el cuentakilómetros, lo más probable es que me esconda en los alrededores. Dará una diferencia, en números redondos, de unos cien kilómetros, es decir la distancia que he recorrido de Nantes a Guenrouet y de Guenrouet a Nantes. Entonces, cogerá un compás, clavará una de las puntas en el centro de Nantes, y describirá un círculo alrededor de este punto: «¡Ahí está! —dirá—. Ya le tengo. Pondré todos los hombres que hagan falta, pero le cogeré». «Mi pobre Rómulo, piensa G. Tú vas a ser nuestra perdición. ¡Un perro lobo joven y que cojea no pasa inadvertido! Diviértete mientras aún estás a tiempo».

Escupe la flor y arranca otra, de color malva y sabor endemoniadamente amargo. Sus pensamientos cambian de derroteros. Recuerda que le había parecido posible atacar primero. ¡Ahora ya no! Desde que Rómulo le sigue como su sombra ya no. Si tuviera libertad de movimientos quizá sí, podría ser él el más fuerte. Pero sería necesario alejarse de la casa, hacer maniobras, emboscarse, desplazarse, acechar, utilizar contra Monsieur Louis todas las artimañas que estaba acostumbrado a emplear en su profesión de asesino a sueldo. Imposible. Ya está asediado. Lo que tiene que hacer con la máxima urgencia, es reanudar los entrenamientos, y peor para Rómulo si se asusta. Para empezar, necesita dinero en metálico. No puede pagar con cheques en las tiendas y sólo le quedan unos cuantos miles de francos en billetes pequeños. Calcula: los pasos que emprenda Monsieur Louis le van a llevar un cierto tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que tampoco dispone de todo un ejército. Sus efectivos disponibles no deben de ir más allá de un par o tres de hombres de confianza. No es mucho para peinar una región donde en estos momentos se desplazan tantos veraneantes: turistas, pescadores, gente de vacaciones que se dirige a la playa o que practica la acampada fluvial. Para dar con una aldea tan diminuta como La Touche-Thébaud, Monsieur Louis tendría que recurrir a un zahorí. Acabará por encontrarla, pero no antes de

diez o quince días, el tiempo de tomar ciertas precauciones. Y si el caso llega al conflicto armado, cosa probable, Monsieur Louis tendrá que contratar a tiradores de élite. G mira la hora. Es demasiado tarde para ir a Guenrouet a sacar dinero. Las dos pequeñas agencias de la Société Générale y de la B.N.P. cierran a las cuatro de la tarde. Pero siempre puede completar su intendencia mientras la utilización del Peugeot todavía no represente un peligro.

Llama a Rómulo con un silbido. El perro sale de un matorral y se detiene en medio del camino. «¡Ven aquí! —grita G—. ¡Ya!». Rómulo, esta vez, no se da por enterado. Husmea las rodaderas que surcan la tierra producidas por el paso de los carros que transportan los troncos cortados de las talas próximas. Constituyen unas pistas interesantes dignas de un marcado concienzudo del territorio, cosa que el perro efectúa con aplicación.

—¡Aquí! —insiste G—. ¡En seguida!

Debería castigarle, pero sabe muy bien que nunca tendrá el valor necesario, por esa mirada tan confiada que Rómulo le reserva. «Si supiera lo que soy», ha pensado más de una vez. Y siente que le brota una especie de deseo de contárselo todo, como si el animal pudiera darle la absolución. ¡Antes de Rómulo, a G ni se le había pasado por la cabeza que podía ser culpable! Ejerce una profesión de obediencia total, como un soldado. Y ahora resulta que su perro le decepcionaría si se mostrara servil. Mientras va segando con su junquillo espigas de avena silvestre, examina sorprendido y con repugnancia determinadas ideas de cariz tan equívoco como una erupción de urticaria. Es incapaz de expresarlas con claridad, pero tiene la seguridad de que, de algún modo, con ese perrazo de ojos rebosantes de ternura no tiene que hacer trampas. Le llama suavemente, golpeándose cariñosamente las piernas.

—¡Anda, ven aquí, frescales! ¡No empieces a poner mala cara! A casa. ¡Te prometo que volveremos!

Rómulo asiente con la cola y emite un suave ladrido de contento. Da unos pasos trotando alegremente junto a su amo.

—Muy bien —dice G—. Así es como se camina.

De repente, resuena a lo lejos el rabioso silbido de la sierra eléctrica. Rómulo ni se inmuta. Con la nariz pegada al suelo, ha detectado un olor que reclama toda su atención. Se agacha y lo remoja.

—¡Así no! —protesta G—. A tu edad se levanta la pata como un hombre.

A pesar de sus preocupaciones, G se deja llevar por una especie de alborozo que constata sorprendido. Si hay un sentimiento que tiene olvidado desde hace tiempo, es precisamente esta sensación de liviandad, casi como

unas ganas de jugar, de correr delante de Rómulo. Lo haría si no fuera por temor a despertar, en el muslo del perro, un dolor que se está sosegando. Pero al menos, tira el junquillo al aire.

—¡Cógelo!

Rómulo se lanza, coge el junquillo al vuelo y se lo devuelve a su amo. Lo comprende todo. G se hace la firme promesa —a poco que pueda— de luchar por su perro. Regresan a la casa. G guarda los documentos, pero no antes de haber echado una última ojeada a la agenda.

> *Diciembre*: Yvette - un desastre 3,5/10. Pat ya no sabe escoger…
>
> *Navidad*: velada lúgubre con Marie-Paule. Bonita pero tan tonta…

G se encoge de hombros. Si se hiciera caso, quemaría todos esos papelotes. Pero piensa que pueden convertirse en objeto de una transacción, y una transacción puede salvarle la vida. Y salvar la vida —qué más da ser cobarde—, significa la paz… Rómulo y él, los dos solos… ¡Bueno! Empecemos por lavar los platos. G se pone el mono que suele constituir su indumentaria de vacaciones. Tiene unos bolsillos muy grandes y muy cómodos para ir a pescar.

—¡Aparta, bicharraco! Si no quieres que te enjabone el morro. Y además, cuando un plato ya está limpio, haz el favor de no pegarle lengüetazos. ¡O es que me ves a mí lamiendo la vajilla! ¡Vamos, hombre!

Y G se pone a silbar sin darse cuenta. Aprendió a hacerlo antaño, con Roberto, el payaso que hacía de Augusto. Rómulo, sentado sobre la nalga sana, reflexiona con la cabeza inclinada. No se trata del pitido estridente que te hace pararte en seco, sino de una musiquita alegre. Vale la pena escucharla. Se estira por el suelo. Nota que su amo está de buen humor. Y en el mismo instante G piensa: «¡Estoy de buen humor!». Pero como está dotado del poder de reflexión, completa su pensamiento. «En el fondo, él y yo, estamos reajuntados…». Y mientras va silbando *Marlène*, vuelve a ver los rostros de sus antiguas compañeras. Vuelve a oírlas, sobre todo: «¡Maldito egoísta. Sólo cuentas tú! ¡Eso es! ¡Lárgate! ¡Ya te tengo demasiado visto!». La verdad es que con un buen perro, con un perro de verdad que nunca aprenderá a insultar, es suficiente para gozar de una paz desconocida. Y G añade para sí, ahora canturreando aquel refrán que tantas veces le ha conmovido: *Wie einst Lili Marleen*.

Después de lavar los platos, G pasa la escoba por todas partes, lo que divierte mucho a Rómulo, que aplasta el pecho contra el suelo para jugar, ladrándole a esa cosa que se mete debajo de los muebles.

—¡Calla! —le ordena G—. ¡Quieto aquí!

Lo coge por el collar, y lo inmoviliza con el morro pegado al suelo.

—¡Quieto aquí, eso es!

Le acaricia el cuello, y a la que Rómulo se siente libre, intenta de nuevo mordisquear el palo de la escoba. G no insiste. Se hace tarde. Es hora de preparar la cena. Muy poca carne esta vez. Pan, arroz, un puñado de tallarines. G recuerda las indicaciones del impreso de la perrera. Tendrá que cambiar la bombona de butano. Y también las pilas del transistor. ¡Uno está en su casa, qué diablos! Da gusto instalarse. Va, vuelve, abre una lata de carne en conserva, pero sólo para él. Mañana ya comprará huevos frescos. «Apártate, pedazo de animal. Mira que te pisaré». Tararea… *la, la, la Lili Marlène*. Después vuelve a penetrar, siempre escoltado por Rómulo, en lo que a veces llama su laboratorio. Una pausa. El rato de fumarse una pipa. Antes de iniciar la velada quiere asegurarse de que no queda ningún documento importante en las carpetas. *Perro*, ya está. *Direcciones*, ya está. *Cartas*, ya está. *Indosuez*, ya está. *Correspondencia*, la carpeta está vacía. *Varios*, también está vacía… Bueno, ha hecho un buen trabajo. Se siente satisfecho, pero tiene, sin embargo, una idea clavada como una astilla en un recoveco de su mente. Pat había escrito que se estaba preparando para irse de Francia, pero a lo mejor todavía no lo ha hecho. ¿Entonces? Sus señas figuran ahí, en el dietario. O por lo menos, su número de teléfono. Descolgar. Marcar su número. ¡Nada más sencillo! Para reanudar el contacto. Para decirle hola. «¡Soy yo, Georges! ¿Me recuerdas?». ¡Qué va! ¡Georges, ella no sabe quién es Georges! Hay que decirle «el tirador del Circo Médrano». ¿Y si, por desgracia, fuera a engullirle el pasado? Ésa es la astilla que no le deja vivir. Si Pat está todavía en su casa… entre una cosa y otra, no le quedará más remedio que acabar por contárselo todo. Ella comprenderá que él ha matado al presidente, y que por lo tanto está a las órdenes de Monsieur Louis. Entonces, esta vez sí que se dará mucha prisa en desaparecer. O bien, jugará a dos barajas, arte que domina a la perfección, y avisará a Monsieur Louis.

No sabiendo a qué carta quedarse, G da una patada a la silla.

—¡Ay! Perdóname, perrito mío. Me había olvidado de ti.

Se abalanza para acariciarle en la cabeza.

—No es verdad. ¡No paro de pensar en ti, sabes! Vayamos a ver cómo está la cena. Y además, también tienes que ayudarme a recordar tomar nota:

jabón, detergente, un frasco de desatascados porque la pila está medio embozada. Si hubiese un ratoncito muerto metido allí dentro, no me extrañaría nada.

Se siente de nuevo en paz, pero, para estar más seguro, alarga ante sí su mano izquierda, la mano de la traición. Permanece firmemente abierta, con los dedos bien estirados. ¡Sólo, quizá, una tendencia a vibrar apenas perceptible del dedo meñique! Pero el dedo meñique, no sirve para nada cuando se sujeta un fusil. G prepara el cazo de Rómulo.

—Ya verás, te compraré un plato precioso. No veo por qué voy a tener yo un plato, y tú un cuenco.

Remueve y chafa el arroz —bueno, y qué— y añade un pedazo de carne. La ración extra para el inválido, ¿de acuerdo?

Rómulo, sentado junto a G, encoge de vez en cuando la lengua, y de un golpe seco se lame los morros.

—¡Aquí está! ¡El señor está servido! Qué bien huele. ¡Oye! ¡Tranquilo! ¡Sin meter las patas en el plato, eh!

G ríe de corazón. Hacía tiempo que no le ocurría. Es más, ¿ha reído alguna vez en su vida? No con los labios, sino de dentro, ¡vaya con Rómulo!

Con verle engullir, uno ya se siente alimentado. G se contenta con comerse sus huevos duros de pie. Sigue anotando mentalmente: vino, aceite, vinagre, mostaza, sal, Dios mío, casi se me olvida la sal… Y todo con una musiquita alegre, que se va inventando sobre la marcha, mientras va de un lado a otro, mirando de reojo el cazo lleno de salpicaduras. A las siete de la tarde va a poner la televisión en la habitación contigua para ver el avance del telediario. Pero no se entera de nada. Sí hablan, aunque de refilón, del misterioso crimen de Châtelguyon. Un periodista plantea la pregunta: «¿Qué ha ocurrido con el perro?». Conclusión, la investigación prosigue. G se prohíbe a sí mismo pensar más allá. Se sienta en el peldaño tibio todavía del pequeño porche. La noche cae suavemente. El crepúsculo se tiñe de rojo a través de los árboles. Los vencejos aún vuelan, muy alto en el cielo. Rómulo, ahíto, viene junto a su amo y se tumba pesadamente a su lado, buscando su mano con el morro. Suspira hondo, como sólo saben hacerlo los perros grandes. Hay que susurrar las palabras, en aquel silencio, para no romper el encanto. ¿Para qué hablar? El único diálogo que se inicia es el que se establece entre los dedos juguetones que estiran las orejas, como si les sacaran punta, o que las rascan allí donde se vuelven inteligentes. De vez en cuando, Rómulo da un par de coletazos suaves, y G siente ganas de preguntarle. ¿En qué piensas? En ti, respondería el perro. De repente, el ruido de un motor les

sobresalta. Una Mobylette avanza por la carretera. Una silueta completamente negra. Rómulo, a la defensiva, se encoge. ¿Quién osa amenazar su casa?

—Calma —dice G—. Es el cura de Guenrouet. Eso que pensabas que era un abrigo, pues es una sotana. Sí, no se viste como nosotros, pero es un amigo.

—¡Buenas tardes! —grita el sacerdote levantando el brazo.

—¡Buenas tardes! —contesta G.

Reanuda sus caricias donde las había dejado, y prosigue a media voz:

—Le reconocerás fácilmente. Huele a viejecito.

La noche avanza, bajo los árboles. Es la hora de las lechuzas y de los ratones de campo.

Rómulo mantiene la cabeza erguida, mirando hacia el camino que se hunde ahora en la neblina; el olor de los troncos derribados con gran revuelo de ramas y follaje se hace más penetrante. G se levanta frotándose los riñones.

Rómulo ya está en pie.

—Vamos a la cama, amigo mío. Venga, pasa delante.

G cierra cuidadosamente puertas y ventanas, y va a buscar el revólver.

—Seamos prudentes —dice—. Tú duermes aquí. Yo dormiré arriba.

Señala hacia el muletón con un índice imperativo.

—¡Venga! ¡Estírate! ¡Del todo! ¡Ponte sobre el costado! ¡Cierra los ojos! ¡Andando! Buenas noches.

G empieza a subir la escalera. Al llegar arriba, se gira.

—He dicho «cierra los ojos». ¡A ver quién manda aquí! ¡Así! ¡Así me gusta!

Entra en su buhardilla y tira sobre un taburete la camisa y el pantalón. El revólver en la repisa, al alcance de la mano. No enciende la luz. Hace una noche muy clara. Se acuesta de espaldas, con las manos cruzadas en la nuca. Cae en seguida en un estado de voluptuosa somnolencia. Pero… ese crujido regular… son unas patas que suben la escalera con aplicación, que tratan de no hacer ruido, que saben que lo que están haciendo no está bien. Es igual. El perro ha llegado a la habitación y ya está metiendo la punta del hocico por debajo de la manta delgada, encontrando una pierna peluda que inspecciona con su húmeda nariz. Después, ya sin el menor recato, se insinúa a lo largo del cuerpo inmóvil, haciéndose un hueco entre el costado y el brazo hasta la axila donde huele deliciosamente a madriguera. Se revuelve todavía un poco para hacerse un sitio de verdad. El brazo de su amo se cierra sobre él.

—¡Oye, que ya no eres un cachorro! ¡Menudo compañero estás tú hecho! ¡Esta es mi cama! ¡Vale! ¡Ya sé que no es muy ancha! ¡Pero tampoco es eso

razón para que me eches!

Así, abrazados, G y su perro se deslizan juntos por los mismos sueños. Rómulo ha dejado de agitarse, pero todavía no duerme. Escucha como late el corazón del hombre, despacio, despacio… en cambio el de su madre siempre parecía correr. Le cuesta reconocer la voz adormilada que susurra palabras incomprensibles.

—Yo no soy mala persona, ¿sabes? He matado a bastante gente, pero eran todos unos malvados. ¡No te vayas a creer! ¡Y qué iba a hacer sino! Yo ya lo intenté, mientras duraron los circos.

El abrazo se estrecha a lo largo del cuerpo del animal.

—Te lo diré todo, porque bien tengo que podérselo decir a alguien. Si he aceptado este oficio, es porque tenía un don. A un don no hay que renunciar jamás… Cuando me convertí en el chófer de Gonzales da Costa, también era, en parte, porque yo me encargaba de la máquina de lanzar platos. Yo le hacía de armero, le limpiaba los fusiles. Y un día, me dejó disparar.

Un silencio. Rómulo duerme, pero la voz le sigue llegando. Lo que cuenta la voz —cosas de hombres— no le interesa, pero que no cese, sobre todo que no se detenga nunca.

—Era tan torpe, el pobre. Yo le maravillaba. Y un día se dio cuenta de que su mujer le engañaba. Así que me pidió que… bueno, te puedes imaginar el resto… Sí, a la mujer y al amante. Una bala, una única bala para cada uno. ¡Y después, Monsieur Louis me echó el guante! Pero todos eran unos personajes tan siniestros que realmente no me importaba destruirlos. ¿Lo entiendes tú, eso? Quisiera que me comprendieras, porque tú y yo podríamos no haber estado en el mismo lado…

La voz calla y Rómulo entreabre los ojos. ¿Por qué este silencio que apenas oculta la emoción? Es como un aire frío, muy desagradable. Pero la voz prosigue.

—A vosotros, os adiestran contra la gente como yo. Os enseñan a juzgar por la pinta. Mira, de haberme sorprendido en la casa del presidente, con mi barba de dos días y mis vaqueros gastados, me habrías atacado. ¡Seguro que sí! ¡Vosotros estáis de parte de los ricos! ¡Y sin embargo, mi buen perrito, no tengo más familia que tú!

Ahora la voz se ha vuelto casi imperceptible. Pero el corazón ha latido más deprisa. Rómulo, incómodo, se agita un poco. Por lo que pudiera pasar, pega un lenguazo en lo que está más caliente y le aprisiona el morro contra la barriga.

El brazo de G acerca aún más la cabeza del perro contra su costado. Tiene una voz un poco extraña, que balbucea de sueño.

—Mira —dice—, lo que está bien es que tú eres igual que yo… ¿No es verdad? Inocente, eso es. ¡Como tú! ¡Tanto como tú! Somos inocentes, inocentes los dos.

Unas palabras indiscernibles se pierden en el pelaje del animal. Después G hace esfuerzos para darse la vuelta. Refunfuña.

—¿No podrías correrte un poco? Me ahogo aquí debajo…

Duermen… Mucho. Y después, el silencio que sigue es el silencio del despertar. G se rasca el cuello y aparta a Rómulo. Pone un pie en el suelo. Bosteza. Mira el reloj que no se quita nunca, habla:

—¿Sabes qué hora es? Las siete, amigo mío. ¡Venga! ¡Levántate, que nos vamos abajo!

Rómulo ya está listo, con una pata en el primer peldaño de la escalera. Emite un pequeño sonido gutural. Se estremece de contento. Mira fijamente a su amo a los ojos, y de un caderazo se yergue poniendo sus patas delanteras en el pecho de G. Le lame, la cabeza contra la cabeza de G, vuelve a la escalera, inicia el descenso como un cangrejo para asegurarse de que le siguen, de que cuenta con el acuerdo de G. Y después, con las puertas abiertas de par en par, se pone a corretear como un loco por el jardín, sin dejar de cojear; le ladra a la luminosidad de la mañana, al canto de los pájaros. Casi sin siquiera tomarse la molestia de levantar la pata buena contra el seto.

G carga su pipa, saborea el frescor del sotobosque próximo. ¿No sería, ahora, quizá, el mejor momento para intentarlo? Rómulo, distraído por tantos olores, sigue zigzagueando por el camino tras una pista apetitosa, con la nariz hundida en los matorrales, y ni se fija en que G ha vuelto a meterse en la casa. Cuando se percata de que su amo ha desaparecido, capta velozmente con un leve estremecimiento de la nariz el rastro familiar que flota entre las ondulaciones invisibles del aire, y se encamina hacia la casa. Pero G aparece llevando una especie de palo, y el perro se inmoviliza. Le recuerda algo. G se acerca.

—Sí —dice—, es mi fusil. No tengas miedo. Ven, huélelo… Mira, voy a disparar al aire.

Rómulo no puede evitar encoger el lomo y esconder la cola entre las patas. Agacha las orejas y contiene un gruñido tan lúgubre que se sorprende a sí mismo. G se abalanza a acariciarle.

—Perro bonito. Muy bien. ¡Has de reconocer que tan terrible no es! Lo que sorprende es el silbido. Una vez más.

Rómulo se estremece pero, debido a la mano de su amo que no se ha movido de su costado, permanece quieto. Se limita a estornudar un par de veces por culpa de la nubecita violeta que sale de aquella cosa.

—¡Bravo! ¡Muy bien! —dice G—. Ahora, nos podremos defender. A ver, ¿quién se ha ganado un hueso? Pues ha sido Rómulo. Este nombre no me acaba de convencer. Bueno, ya encontraremos otro.

Rómulo va y se sienta directamente delante de la nevera. Empuja con la nariz cuando la puerta se abre. Recibe un golpe en la nuca.

—¡Qué modales son esos! Te habrás creído… Luego, iremos a Guenrouet para ocupamos de la compra. Mientras tanto, toma, coge este pedazo de carne. Está demasiado frío. ¡Pues qué te pensabas! ¡Anda! ¡Lame!

Es una mañana como otra cualquiera. G desearía tanto que todas las mañanas venideras fueran semejantes a ésta. Poner el agua para el café a calentar. La taza. El azúcar. ¡Ah, y la mantequilla!… Se oyen los dientes de Rómulo que roen. Un mirlo se acerca hasta el umbral de la puerta a saltitos. En alguna parte, Monsieur Louis, inclinado sobre un mapa, debe de estar meditando. No hay que dudar más. Hay que actuar.

VIII

Una vez en Guenrouet, G va a casa de Nedellec, el último guarnicionero que queda en la comarca. Encarga una correa para Rómulo, con el fin de enseñarle a caminar pausadamente junto a él. Al principio, Rómulo estira como una fiera, casi se ahoga. Después, llamado al orden brutalmente de un estirón, no tarda en volverse más manso. Incluso accede a sentarse delante de la caja registradora mientras G, que por fin ha conseguido dinero en metálico, paga la cuenta de la carnicería.

—¡Qué perro más bonito! —dice Julien—. ¿No es malo, verdad? Se le puede acariciar.

Y Rómulo se retuerce de alegría, dando lengüetazos como besos a diestro y siniestro. Recibe en premio una golosina sanguinolenta que engulle de un bocado. G se siente orgulloso de su perro. Se pone a explicar que se trata de un pastor alemán todavía muy joven y un poco alocado, pero maravillosamente inteligente.

—¡Hablamos mucho, los dos! —dice—. ¡Se lo aseguro!

—¿Es muy caro de mantener? —inquiere el carnicero.

Y el tiempo se va deslizando suavemente, deliciosamente cotidiano. De la carnicería a la tienda de ultramarinos. Fernand escribe la lista que le dicta G.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclama tamborileando con un dedo en el mostrador—, a usted se le ve poco el pelo, pero cuando viene, ¡vaya si se nota! ¿Qué nombre le ha puesto a su animal?

—Rómulo.

—No está mal. Es poco comente, no corren sueltos por las calles como si dijéramos.

Está encantado con su chiste. Le ofrece un azúcar al perro en la palma de la mano y lo examina.

—¡Vaya dientecillos! Con él, no tendrá miedo de que le asalten; lástima de cojera.

Justo lo que no tenía que nombrar. G se cierra en banda, pero el temor ha sido más rápido. Vuelve a apoderarse de él. A santo de qué el tonto de

Fernand ha tenido que venir a recordarle que estaba en una situación de compás de espera. Paga y se va, acortando la correa de Rómulo como si de un perro lazarillo se tratara. Al fin y al cabo, ¡y qué! ¡Bien tenía que hacer los recados más urgentes! Como por ejemplo, no olvidarse de las revistas de los jueves, *Match, Jour de France, V.S.D.*… Descifra desde lejos los titulares: QUIÉN HA MATADO AL PRESIDENTE… MISTERIOSO Y SANGRIENTO SUCESO EN CHÂTELGUYON. El quiosquero le saluda efusivamente:

—¿Así qué? ¿Otra vez por aquí? ¡Qué perro más bonito! Hablando de perros: veo que sigue usted este horrible suceso. Mi mujer dice que es todavía más interesante que Mannix…

G ya no escucha. Tiene prisa por volver a casa, por encerrarse y no moverse más. Se sienta al volante de su Peugeot. Sí, habrá que desembarazarse del coche. Sí, habrá que poner toda la carne en el asador. Pero no todo a la vez… Dejemos pasar unos días. ¡El tiempo de vivir como todo el mundo, de estar de vacaciones! De poder pensar, sin que le dé un vuelco el corazón: «¡Mañana! ¡Pasado mañana! ¡La semana que viene!». Rómulo acaba de descubrir que en un coche el mejor sitio está junto al amo, con el cristal bajado, lo justo para poder sacar el morro por la ventanilla. Entonces, con la cabeza al viento que le zarandea voluptuosamente las orejas, se puede olfatear ese mundo que pasa tan veloz. ¡Lástima que ya hayamos llegado! Breve examen rutinario de los rincones. El hueso sigue ahí, debajo de un pliegue de la manta que precavidamente ha arrinconado. No. No se detectan presencias extrañas, exceptuando quizá un olor a gato, aunque muy difuso, cerca de la puerta del jardín.

¡Uf! Rómulo se derrumba a los pies de su amo. Se siente todavía dolorido por un exceso de emociones diversas. ¡Demasiado a la vez! ¡Demasiada gente! ¡Demasiadas imágenes! Y de repente, cae rendido como un tronco.

G, después de limpiar la mesa del laboratorio, esparce las revistas y encuentra algo interesante en todos los artículos. Se toma el tiempo de cargar la pipa. Empecemos por *Match*.

El diligente inspector Labellie ha establecido con toda claridad el programa del asesino. Éste se introdujo en el chalet colindante, Los Tulipanes, *desde donde ha podido acechar todos los movimientos del infortunado presidente. El presidente Langlois acababa apenas de iniciar sus vacaciones. Salía poco ya que disponía de una amplia terraza donde solía descansar. Como vivía solo, trabajaba en sus expedientes. Madame Françoise Loubeyre, cuyos servicios había contratado la agencia, le*

preparaba las comidas. Si la policía empieza a navegar…, se dice G. Se salta varias líneas que se refieren a la descripción del chalet *Las Alheñas*. Hay un dibujo, con un trazado en punteado que representa la trayectoria de las balas desde la ventana de *Los Tulipanes*, hasta la terraza de *Las Alheñas*. Una silueta en el suelo señala el lugar donde se encontraba la víctima. Bueno, todo eso sólo es útil de cara a la galería. ¿Pero y el robo? ¡Se olvidan de hablar del robo!

Finalmente *Jour de France* menciona que el bueno y anciano presidente quizá tuviese alguna actividad oculta, sobre la cual la investigación está indagando. No parece normal que todos sus documentos hayan desaparecido. Al parecer, según la señora de la limpieza, el presidente escribía muchas cartas. ¿A quién escribía? Pues ha quedado comprobado que sólo tenía un pariente, un hijo de unos treinta años, que vive en Los Ángeles. No se le conocían relaciones amorosas. Pocos allegados, que el comisario Labellie está interrogando en estos momentos.

Por último, un detalle de interés en *V.S.D.*: los Cementos del Suroeste, al parecer, están a punto de ser absorbidos por un grupo español. «Ya estamos», piensa G. «Y si yo fuese el comisario Labellie, investigaría en esa dirección. Monsieur Louis ha arruinado al pobre viejo, le ha obligado a retirarse del negocio y me ha lanzado contra él, exactamente igual como se azuza a un perro guardián. “¡Ataca!”. Y yo… ¡Pobre de mí!… ¡Ves a saber con qué fines me ha utilizado!». G empieza a darse cuenta de que el contrato Langlois no se parecía a los demás. O al menos, él siempre había tenido la impresión de que sólo intervenía para poner punto final a desavenencias estrictamente privadas. ¡Pero esta vez las cosas se han complicado extraordinariamente! Todavía tiene fresca en la memoria la carta en la que Langlois, presintiendo que el escándalo está muy cerca, anuncia su intención de suicidarse. Basta con relacionar las palabras: «el joven Bernède, pasaba clandestinamente a España… personal en huelga…». ¿Acaso no apesta, y de lejos, todo el asunto a feo trapicheo político? ¡Y él!, ¿qué representa él en todo este tinglado? ¡La avanzadilla! ¡El pobre explorador que se sacrifica! ¡En realidad, él no cuenta! ¡Es menos que nada! Él es un asesino desechable, que se tira a la basura como una lata vacía.

Medita con aspereza, herido hasta lo más hondo por este descubrimiento: ¡es un desgraciado, y la cosa viene de lejos! Cuando uno accede a llamarse Ricardo, después Colín, después Rivière, después Vallade, después una mera letra, G a secas, sólo puede ser una sombra, un perfil. Incluso durante una temporada no fue más que una silueta que sólo cobraba forma humana cuando

alguien chasqueaba los dedos. «¡Barman… ascensorista… botones… camarero!». «¿Cuándo, cuándo he sido yo mismo?», se pregunta doblando los periódicos. «Justo en el momento de hacer fuego. Entonces, en ese momento es cuando para Monsieur Louis me tocaba ser G.».

Vacía la pipa en la palma de su mano, porque no quiere ensuciar «su hogar», y prosigue su meditación. Devolviéndole la vida a mi perro es cuando me he perdido a mí. Porque ahora, he descendido un peldaño más en mi aproximación al cero. Le oigo desde aquí: «Sáqueme esto de aquí». Con el mismo tono que empleó para decir: «¿El perro? ¡Nos importa un comino el perro!». Perdóname, perrito. ¡Hemos de salir de este mal paso, y no va a resultar nada fácil! Pero lo primero que tengo que hacer, lo más sencillo, es empezar por encontrar en la agenda el número de Patricia.

Va a echar una ojeada a la cocina. Rómulo está ahí, tumbado sobre el costado, sumido en la inmovilidad cadavérica de su profundo sueño. No nota siquiera la mosca que le ronda la herida en proceso de cicatrización. G la espanta y continúa examinando sus expedientes. Durante un instante, se queda paralizado con la mano levantada. ¿Debe? ¿No debe? Debe.

Lo más duro es tener que volver a hojear la agenda de las ignominias del caballero Langlois. ¡Pero el número de teléfono figuraba, apuntado en la primera página, aunque fuera ésta la que se le ocurriera a G mirar en último lugar! 727 40 42, avenida Poincaré. ¡Se nota que ha sabido hacer bien las cosas! Marca el número, convencido de que ella ya no está allí.

Espera. El corazón le da un vuelco… En el bosque a lo lejos, la sierra eléctrica reemprende su ruda labor.

—¿Diga?

¡Será posible! ¿Habrá retrasado el viaje?

—¡Diga! ¡Hable!

Al cabo de tanto tiempo la voz se ha vuelto más apagada y grave, como un vino añejo. ¡G se decide!

—¿Patricia?

—¡Pues sí, soy yo! ¿Qué quiere?

—¡Soy el pequeño Vallade!

—Perdóneme… Ese nombre me suena… ¿Se supone que le conozco?

—¡Y tanto! A menos que haya olvidado el Circo Médrano.

Grito de sorpresa, y de golpe se pasa al tuteo.

—¿Georges? ¿El pequeño Georges? ¿Eres tú?

—Sí.

—¿Qué es de tu vida? ¿De dónde has sacado mi teléfono? No se lo doy a todo el mundo.

—Ya te explicaré. Pero es imprescindible que te vea.

—¿Es muy urgente?

—¡Más aún!

—¡Ah! ¡Veo que no has cambiado! En mi casa es imposible. ¡Si quieres en un hotel! Pero, oye, dime, ¿no te estará buscando la policía?

G presiente que sin duda ella le colgará. Así que responde adoptando un tono desenvuelto.

—¡No, no! ¡Qué va!… Estaré en Nantes cuando quieras.

—¿En Nantes? ¡Qué ocurrencia tan extraña! Bueno, habré reservado una habitación. Me gusta hacer las cosas discretamente. Pide por Patricia Lambesq.

—Sí, ya lo sé. No lo he olvidado.

—¡Qué amable por tu parte! Supongo que estás metido en un buen cacao. Bueno, no digas nada. Ya me lo contarás. Hasta mañana. Ciao.

Ya está. Los dados están echados. Vuelve a sopesar sus posibilidades una vez más. O bien ella le mintió al presidente y sigue siendo la cómplice —de buen grado o a la fuerza— de Monsieur Louis, en cuyo caso le traicionará, con lo que G corre a su perdición fiándose de ella, o bien realmente se siente amenazada por Monsieur Louis, y entonces puede contar con ella. Todos estos «o bien» no son el fuerte de G. ¡Supone! ¡Supone! ¿Qué tiene que ver la lógica con todo esto? Ella bien puso sobre aviso al viejo Langlois: «Me espía sin cesar». Si esto es cierto —claro que ha sido siempre tan mentirosa—, a Monsieur Louis se le va a meter la mosca detrás de la oreja y pondrá a uno de sus hombres pegado a los talones de Pat. Dentro de cuarenta y ocho horas, sabrá dónde se oculta G.

Esta cita con Pat equivale a un suicidio. Ha examinado ya esta idea repetidas veces, pero sin sentir este ataque de ansiedad que, de repente, le empapa de sudor. ¿Por qué no ir a refugiarse a otro lado? Con hacer las maletas y saltar dentro del coche con Rómulo, está al cabo de la calle; no deben faltar, por ahí, pueblecitos diminutos donde esconderse. ¡También ha pensado en eso! Entonces ¿a qué viene tanta indecisión? ¡No, no es que renuncie! Es que tiene desde hace mucho una cuenta pendiente con Monsieur Louis. No se le había ocurrido. No había comprendido que su desconfianza en realidad era una subida de rencor como una subida de bilis. Y ahora, con la ayuda de Pat, tiene que alcanzar y desenmascarar a Monsieur Louis. ¡Ganará el que dispare primero!

Cuelga lentamente el auricular, tratando de retener en el oído la voz de Pat, mientras ésta todavía le llega con nitidez. Le parece que es una voz acostumbrada a mandar, y algo más… Una voz desconfiada pero nada asustada… A pesar de que la policía ya debe de haber indagado entre las amistades y relaciones del presidente. Pero si estuviera vigilada, no correría el riesgo de concertar esta cita. G reconoce que le falta entreno para desembrollar situaciones tan confusas. A Pat sólo tiene que preguntarle una cosa: ¿Cuáles son sus relaciones con Monsieur Louis? ¿Y dónde podrá encontrarle? Es una pregunta a la que le sigue dando mil y una vueltas. Le corroe tanto que Rómulo se percata de su trastorno, ronda a su alrededor, olvida jugar con sus manos y mordisquearle las muñecas. Le observa con la cabeza inclinada, en señal de reflexión. G lo agarra por el espeso pelaje del cuello y, pegando su frente a la de Rómulo, le explica.

—Monsieur Louis es una basura, ¿comprendes? No lo digo para que me dejes, tonto. Lo digo sencillamente porque no soy libre por su culpa. Y si yo no soy libre, tú tampoco lo eres. Puede dar con nosotros en cualquier momento. ¡Podría ser el cartero, el cura, el guarda forestal, un leñador, un peón caminero, qué sé yo! No le he visto nunca. Espero que Pat nos ayude. A lo mejor puede darme una foto. ¡Venga, no te preocupes, cacho animal!

Le da un cachete cariñoso debajo de la oreja y Rómulo, libre, ladra de alegría, brinca, vuelca un sillón.

—Al jardín, so bruto…

Manda afuera al perro que corretea por los parterres y comprueba su revólver; se lo pone en el cinto y desenfunda veloz como el rayo. Un rayo algo cansado. Habría que mejorar. Cuando se produzca el duelo, será forzosamente cara a cara. Monsieur Louis no se dejará acribillar desde lejos. G no se representa la escena. Jamás ha sabido representarse las cosas con claridad. Pero tiene casi la certeza de que habrá que pelear cuerpo a cuerpo, a quemarropa, y para una faena de este tipo no necesitará utilizar su mano izquierda. Estarán en igualdad de condiciones. Aparta con un gesto sus preocupaciones. Ya veremos. Durante toda la vida se ha dicho: ya veremos, pero precisamente nunca ha sabido ver muy lejos, y por eso sigue todavía a remolque de Monsieur Louis. Abre distraídamente el libro que por lo visto entretenía los ocios del presidente. Lee:

Máquina ciega y sorda, en crueldades fecunda.
Instrumento salutífero, bebedor de la sangre del mundo,
¿Cómo no te avergüenzas, tú que entre espejos convives,
de ver cómo se marchitaron todos tus atractivos?

Una profunda arruga de preocupación como la de Rómulo surca su frente. ¿Qué significa este galimatías? Recuerda que su madre, cuando no estaba consultando el tarot, solía abrir la Biblia, al azar, buscando consejos o admoniciones. ¿A lo mejor esas palabras estaban dirigidas a él? ¿Quizá era él una «máquina ciega y sorda»? ¡El presidente pertenecía a otro mundo! Así como G estaba acostumbrado a matar a gente de poca monta, mandamases de garito, traficantes de drogas, por el contrario se habría negado a abatir a profesores, abogados o a burgueses con instrucción. Y Monsieur Louis le había hecho cometer este pecado. Prueba de ello, este escritor, Baudelaire, el poeta que Langlois tenía siempre a mano; de haberlo sabido… El presidente era precisamente el hombre al que había que salvar. G tira rabiosamente el libro al fondo del armario. Lo que Monsieur Louis ha hecho con su paje de armas, es un monstruo. G había creído que podría salirse de la estrechez del mundito del circo. ¡Pues no! Sigue siendo un fenómeno de ésos que se exhiben al son de los manubrios de feria. ¡Ah! ¡Patricia va a tener que hablar! Sino…

G y Rómulo, después del almuerzo, van a dar un paseíto por el bosque para relajarse. G, que no deja nada al azar, quiere ver hasta dónde han llegado las talas. Quien dice talas, dice «obras», y obras significa brigada, y donde hay una brigada trabajando se encuentra de todo, como en un circo pequeño, orientales, negros, morenos, toda clase de hombres dispuestos a aceptar un contrato. Por el momento no tiene nada que temer, pero más vale estar al tanto de lo que ocurre en el claro donde flota como un ligero polvillo de madera y de corteza. Hay cinco hombres, desnudos de medio cuerpo para arriba, que se afanan con las hachas y las sierras eléctricas, y los troncos recién cortados exhiben la blancura de sus heridas. Hay un camión con remolque esperando en un terraplén próximo. G sujeta a su perro con la correa para impedirle ir a confraternizar con los atareados trabajadores. Más allá del terraplén se inicia una pista ecuestre que se adentra en el corazón del bosque. Pegado al claro, empieza un tupido sotobosque. G estudia el terreno como un comando militar que ya ha formado parte de numerosas misiones violentas y para quien los itinerarios de retirada cuentan tanto como los accesos de asalto. Si Monsieur Louis, en compañía de un par de mercenarios, decide atacar llegando por el bosque, podrá desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. No es afuera donde hay que esperarle, sino en las inmediaciones de la casa, desde donde se pueden vigilar las zonas a descubierto con facilidad. A Rómulo le gustaría que le devolvieran la libertad pues siente, a través del hilo conductor de la correa, que le recorre la excitación de su amo. Si los atacantes

fallan el golpe, inútil intentar perseguirlos. A lo mejor ni siquiera insisten, pensando que es un hueso demasiado duro de roer. Sí, no será hasta después del primer ataque, si lo fallan, cuando Monsieur Louis ofrezca negociar. Mientras observa las oscilaciones de las ramas superiores de un olmo, G se dice —cosa que no se le había ocurrido hasta ahora— que Monsieur Louis desconoce el contenido y la importancia de los documentos que se llevó de casa del presidente. ¡A lo mejor se imagina que es dinamita! ¡Lo suficiente para mandarle veinte años a la cárcel! Por eso no tiene elección: ¡matar o capitular! Habrá que explicarle esto muy bien a Patricia para convencerla de que cada expediente robado les amenaza como un arma a punto de disparar. ¡Vamos! Con un poco de aplomo todavía podemos ganar la paz. ¡Has oído, jefe! ¡La paz para los dos!

IX

Gasea a Rómulo. Le cepilla, le peina, le almohaza suavemente los muslos de arriba a abajo. No resulta nada fácil impedir que se retuerza, que coja la mano que le estrega, que muerda la esponja y acabe tumbándose de costado, batiendo el aire con las patas como un garito grande y juguetón.

—¡Te vas a quedar quieto, grandullón! ¡Menuda pinta tienes! Ya puedes insistir, que no pienso rascarte la barriga. ¡Venga, arriba! Nos vamos.

Ésta es una palabra que Rómulo reconoce. Lo mismo que: «Afuera… adentro… a comer… a dormir… no toques… estirado…». Empiezan a tener cada vez conversaciones más extensas, siempre y cuando se miren fijamente a los ojos, y G se sorprende a menudo de no poderle mentir y, por ejemplo, de ser incapaz de decirle «a comer» fingiendo que van a salir de paseo. Estas reflexiones un poco tontas inducen a G a unos pensamientos ajenos al ámbito de sus preocupaciones acostumbradas. Evita este tipo de pensamientos por temor a descubrir cosas como la fidelidad, la entrega sin retorno, el intercambio total, cuando él en su vida jamás ha dado nada. Pero lo que todavía le sorprende más, es la rapidez con la que el perro se le ha metido en la piel, en el cuerpo, en la sangre, como si se estuvieran pariendo mutuamente. ¿Cuánto tiempo hace que se encontraron? Es como decir que eso no cuenta, que la verdad es que quizá G fuera antaño un perro lobo. ¿Por qué no? Su madre, que era un poco adivina, cuando no estaba borracha, aseguraba que había sido la favorita de un rajá en una vida anterior. G, por diversión, va pensando en todo esto mientras alisa con un dedo el largo pelo blanco que sale de una peca que marca el rabillo del ojo de su perro con un toque de elegancia. Después, se ocupa de su propio aseo, mucho menos importante que el de Rómulo. Un ligero pantalón de franela oscura (siempre ha desconfiado de los colores), un polo gris, su documentación a nombre de Vallade en el bolsillo trasero y ¡ya está! Listo para ir a Nantes.

Ha sacado del coche todo lo que podría delatarle. Está exactamente en el mismo estado que cuando lo alquiló. Va a abandonarlo en el aparcamiento de la estación donde los empleados de Avis tarde o temprano acabarán por

encontrarlo. Para el regreso ya robará un trasto cualquiera. No hay problema. Todo está en el bote, como en esos números de magia en los que se dispone de tres minutos para escapar de una caja sumergida. Ahí están, los dos, delante del *Madison,* Rómulo firmemente sujeto con la correa. G se esfuerza en vano en reavivar el recuerdo de la Patricia de antaño. ¡Guapa sí era! Una especie de Lollobrigida, convencida de su atractivo todopoderoso sobre los hombres, cosa que le confería un aspecto de domadora algo ridículo. ¡A G no le gustaba demasiado que le trataran a golpe de fusta! Pero en quince años, debe de haber cambiado mucho. ¡Pues no! Sigue siendo la misma, aunque se vista como si fuera otra mujer. El choque entre el antiguo recuerdo y la nueva imagen le deja el corazón en suspenso, durante un segundo. Pero todavía le toma menos tiempo percatarse, de pasada, de la cara demasiado gruesa, del escote demasiado pronunciado, con un surco entre los senos que parece un sexo, de la blusa manchada de sudor, del pantalón estilo pirata que no disimula una tenue redecilla de varices… «¡Ah!, no puede ser, piensa en seguida G. Le importa un comino. Ha depuesto armas». Estaba sentada en el salón, frente a una bebida verde. Se levanta. Unos chismes relucientes le brillan en las orejas, en el cuello y en los dedos. Con un resto de coquetería, se ahueca el pelo que lleva ahora teñido de rubio.

—¡Mi pequeño Georges! —exclama—. Qué contenta estoy.

Rómulo reprime un ladrido. Esa mujer no le gusta. G le da un tirón con la correa.

—¡Calma! —le dice—. Es una amiga.

Y besa a Patricia, un poco cohibido. El primer contacto, como suele ocurrir tras una separación muy larga, ha fracasado.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta Patricia—. ¿No? Entonces, subamos a mi habitación. Estaremos más tranquilos.

A duras penas caben los tres en el ascensor. Ella es la primera en hablar.

—¿Éste es el perro? —dice—. ¿El que están buscando? Lo he comprendido, sabes. ¿Así que tú eres el que mató a Langlois?

Un silencio. El ascensor sigue elevándose entre ruiditos sibilantes. Finalmente G responde:

—¡Pues sí, he sido yo!

—¿Entonces, habrás leído sus documentos?

—Sí.

—¿Trabajas para Monsieur Louis?

—Sí. Tu número de teléfono lo encontré en la libreta de direcciones de Langlois.

—¡Ah, ya! ¡Con que era eso!

El ascensor llega al tercero y se detiene. Patricia, mientras va caminando, le explica:

—He preferido coger una habitación. A mí el coche me deja para el arrastre. Regresaré mañana. También podrías haber venido tú a París.

Patricia se hace a un lado y entra a su vez detrás de G y de Rómulo que ya se ha puesto a olfatear los muebles animadamente.

—Sentaos los dos —dice Patricia—. ¿Crees que se estará quieto? ¡A mí los perros! Bueno, yo no le haría nada, pero en fin, tú ya me entiendes.

Va al cuarto de baño, moja la punta de una toalla y se humedece con ella los brazos y las axilas como si fuera una muñequilla. Después se sienta encima de la cama.

—¡Bueno! ¡Cuenta de una vez! Me he enterado de la muerte del infortunado Langlois por la radio, pero te aseguro que no tenía ni idea de que fuera obra tuya.

—¿No sabías que trabajaba para Monsieur Louis? Pues figúrate, a mí me pasaba igual. Ignoraba que trabajaras para Monsieur Louis. Bueno, vamos a poner las cosas en claro, ¿te parece? Porque hay algo que me preocupa.

Patricia levanta una mano llena de anillos.

—¿Me permites? Un whisquillo no nos vendría mal.

Llama al bar y efectúa el encargo.

—Vale, adelante, mi pequeño Georges. ¡Estás preocupado! ¡Siempre te he conocido preocupado, dicho sea entre nosotros! Bien, ¿y?

—¡Reflexiona un momento! Yo llego, y tú piensas: si Georges está con el perro del presidente es que ha sido él quien ha matado al viejo. Pero como trabaja para Monsieur Louis, eso significa que tiene orden de matarme a mí también.

Patricia, entre el tintineo de sus collares y pendientes, se encoge de hombros.

—¡Sigues sin haber aprendido nada! —dice alargando la mano hacia la almohada de donde la saca empuñando un arma automática diminuta.

—Tú tienes a tu perro —dice riendo—. Yo tengo esto.

Apunta hacia G y Rómulo gruñe.

—Vale, vale, sólo era un juego.

Esconde de nuevo el arma y prosigue:

—Te puedes imaginar que si acepté venir, es porque sabía que no corría ningún peligro. Es posible que Monsieur Louis quiera librarse de mí algún día, pero no por ahora.

—¿Le has dicho que te había llamado?

—Pues claro.

El camarero trae la bandeja bajo la inquieta y vigilante mirada de Rómulo. G carga su pipa. Patricia le ofrece su paquete de Craven.

—¡Guárdate esa pipa ahora mismo! ¡No querrás que esto apeste a comisaría de policía!

Le enciende el cigarrillo con un encendedor de oro. G da un par de caladas mientras acaricia a Rómulo que está dispuesto a sentarse pero no a estirarse.

—Lo que me gustaría, es que me explicaras qué hay entre Monsieur Louis y tú. Y por qué se me ha mantenido al margen… y por qué le anunciaste a Langlois que estabas a punto de irte, como si te sintieras amenazada.

El rostro abotagado de Patricia expresa una especie de condescendencia divertida, pero su mirada sigue atenta como la de un jugador de póker. Suspira hondo, bebe un trago de alcohol y se sienta de repente en la alfombrilla.

—¡Qué mal se está encima de estas camas! —exclama—. Y tú no eres de los que hacen cumplidos. ¡Bueno! Tú lo que quieres es que te cuente mi vida. Nos separamos, ¿te acuerdas? Más exactamente, tú me dejaste. No me voy a extender sobre el período en el que tuve que hacer la calle.

Bebe un trago de alcohol, que conserva un momento en la boca, como si las imágenes de antaño le impidieran tragar.

—Mira, si no hubiera encontrado a Lucien —ahora se hace llamar Monsieur Louis, pero en aquel entonces era una especie de pelagatos que se llamaba Lucien—, me habría tirado al río.

—Un chulo, me juego lo que quieras.

—¡Vaya! ¡Mira quien habla! Y si lo que te voy a decir te da risa, te pego un guantazo. Lucien me quería…

Patricia le examina. G permanece impasible. ¡Que alguien haya podido querer a esa gorda! ¡Pues toma, él! ¡Y después el Lucien ese! Y después… Todos esos amores se van sucediendo, grises y borrosos, como la misma silueta que se va repitiendo hasta el infinito en el espejo de la peluquería. ¡Da náuseas!

—¡Lucien no sabía hacer gran cosa! —prosigue Patricia—. Pero cuando uno no se dedica a trabajar él mismo, siempre puede dedicarse a hacer trabajar a los demás.

—¿El chantaje? —dice G.

—¡Eso es! Yo era una chica guapa, ¿te acuerdas? Lucien invirtió. Invirtió en mí. Tuvo que pedir prestado para ponerme un piso cerca de la plaza de L'Étoile, dos habitaciones, vistas inmejorables, ropa en consonancia, como una *call-girl* de primera, tú ya me entiendes… A partir de entonces, me sobraron los ligues, y cuando pescaba a un pez gordo, le hacíamos el número de las fotos sugestivas… los negativos a cambio de los millones… no siempre funcionaba, pero Lucien sabía cómo hablarles a los más recalcitrantes, y nos iba cayendo la pasta.

Patricia decía «pasta» como un hombre de negocios, sin pasión ni codicia, y G, ante ella, se sintió de repente como el muerto de hambre que siempre había sido. Patricia se enciende un Craven echando el humo por la nariz y coge ágilmente un cenicero que deja en la alfombra junto a ella.

—Resumiendo —dice—. Uno empieza pequeñito y va creciendo, cuando es serio. No recuerdo cuándo Lucien se convirtió en Monsieur Louis, pero fue bastante pronto. Y te voy a decir algo que te sorprenderá: durante todo ese tiempo, y hazme el favor de no reírte, nos queríamos… ¡Sí, nos queríamos! Pero no como en las películas… Nos queríamos para ganar, ayudándonos mutuamente, si te gusta más. Mira, imagínate a tu fiera, aquí, formando pareja con una hembra para cazar mejor… ¿te lo representas? Teníamos contactos en todos los ambientes, no nos estábamos de nada, el juego, las drogas, las chicas… Teníamos prisa, y naturalmente cuando uno tiene prisa, da bastantes empujones. Así fue como poco a poco empezó a sonar flojito el nombre de Monsieur Louis, a diestro y siniestro.

—Entiendo —dice G.

—¡Cállate! No entiendes nada… Pásame la almohada… ¡Tengo un dolor de espalda!

—¿Quieres el sillón?

—No, ya está bien, gracias… Digo que no puedes entender nada porque precisamente no hay nada que entender. Monsieur Louis tiene un negocio de importación-exportación de lo más legal, y yo, por mi parte, tengo varios locales donde se reúnen actores, políticos, directores de cine, mujeres de mundo, sólo gente de postín… ¡Como te puedes imaginar, hemos tomado todas las precauciones!

—¿Y Langlois?

—Espera, no he terminado. Lo que hacía nuestra fuerza, es que siempre hemos sabido mezclar nuestros intereses. Nos podríamos haber dedicado a hacernos la guerra porque en el negocio de importación-exportación cabe cualquier cosa —te quedarías de una pieza si te contara los contratos que se

han discutido en mi casa—, el puente de Tonnay-Charente, los mataderos de Rocheville, y ahora, por último, los Cementos del Suroeste.

—¡Eso es lo que me interesa! —corta G.

—¡Ah, eso! —exclama Patricia—. Con el acuerdo de Louis, me convertí en la amante de Langlois… después ya sólo tuvimos que exprimirlo con amenazas. El pobre desgraciado era un verdadero enfermo. Yo le facilitaba todas las chicas que quería cuando subía a París. Llegó un momento, por supuesto, en que le cortaron los créditos… Y en eso estamos. Louis le va a echar el guante a los Cementos como se lo ha echado a los Aserraderos del Morbihan y a las Conservas del Finisterre.

—¡Explícame eso!

Patricia aplasta su colilla y prende otro Craven.

—Si te cuento todo esto —dice en un susurro—, es sólo en recuerdo de los viejos tiempos. ¡No has cambiado tanto, sabes! ¡Ah, si hubiera podido imaginarme que trabajabas para Louis! Pero hay muchas cosas que guarda para sí. Él tiene sus empleados y yo los míos. Ésa es nuestra parte de independencia.

—Bueno, y de los Cementos ¿qué?

—¿Pero por qué te interesa tanto?

—¡Porque quien ha matado a Langlois soy yo! No tengo ni idea de lo que estáis cocinando, pero me parece que tengo algún derecho a que me informéis.

—Este asunto —dice Patricia pensativamente—, quizá no sea de lo mejorcito que hayamos hecho.

—¿Por qué?

—Porque tiene que ver con política. Tiene algo que ver con la ETA y eso a mí no me gusta. Si Louis me hubiera hecho caso, no hubiera liquidado a Langlois… Por cierto, ¡te lo encargó a ti sin decírmelo! Te voy a confesar algo, mi pequeño Georges. Desde que Louis se ha metido en política —y política, terrorismo, todo eso va junto—, me pregunto si no está perdiendo los papeles, y haciéndomelos perder a mí también. Te voy a dar un consejo: ¡lárgate! Déjalo estar.

—¡Si puedo!

—¿Qué? Seguro que tienes algún rinconcito donde no podrá volverte a echar el guante.

—Sí. Pero te olvidas de lo más importante: tengo en mi poder los documentos de Langlois, y voy paseándome con este cliente del que todos los diarios hablan.

Acaricia a Rómulo que pega un gran bostezo de aburrimiento.

—Pero dime, ¿tan comprometedores son esos documentos?

—Sí, creo que sí. Para empezar —pero vas a dar un brinco— hay una carta tuya.

—¿Qué?

—Sí, en serio. Una carta corta de despedida.

Patricia apoya la espalda contra la pared, dejando una mancha de sudor.

G prosigue.

—Me ha parecido comprender que habías sido su amante…

—¡Oye, por favor! Con este tono de burla no. Sí, he sido su amante, hace mucho. ¿Cómo te crees tú que se hace para que piquen?… Siempre me ha dado un poco de pena.

—Le decías que te estabas preparando para irte. ¿Es verdad?

—Era para romper amablemente…

G se acerca un poco para ver mejor ese rostro indescifrable bajo el maquillaje.

—Venga ya —dice con una sonrisa malévola—. ¡Sabías perfectamente que alguien iba a ir a liquidarle!

—¡No! Te lo juro.

—¡Te lo podías imaginar! Es lo mismo. Mira, tú y yo, en estos momentos, no tenemos realmente nada que escondemos. ¡Menos mal que este pobre inocente no puede comprender, sino huiría despavorido! Hay un pero, y es que yo, yo mato sin hacer aspavientos, mientras que tú, tú además tienes que consolar, acariciar, asumir el buen papel.

—¡Basta! —grita Patricia—. Todavía me van a abroncar a mí.

Rómulo se agita, va a oler a esa mujer que se coge de la cama para ponerse en pie. Tirando de su blusa va a buscar el taburete del cuarto de baño.

—¡Qué mal se está! —refunfuña—. ¿Quieres otro *whisky*?

Telefonea a la recepción. Tiene una voz de ordeno y mando que da ganas de mandarla a paseo, pero, recobrando su tono amable, concede:

—Bueno, vale. Sospechaba algo porque Langlois ya no podía pagar. Entonces, preferí distanciarme…

—¿De puntitas? —acaba la frase G.

—¡A lo mejor luego té arrepientes de tus cabronadas! —comenta Patricia sin enfadarse—. ¿Y después, qué más hay?

—Extractos de Indosuez.

—¿Qué más?

—Borradores de cartas. Una carta a un tal Paul, donde pone de manifiesto su intención de suicidarse. Se nombra a un tal Bernède que al parecer sirvió de intermediario con unos españoles clandestinos…

—¡Ah, me lo temía!

—¿Sigo? —pregunta G.

—Sí… sí…, date prisa.

—Bueno, denuncia a Monsieur Louis, contra quien al parecer tiene pruebas.

—¿Y dónde están esas pruebas?

—No ha tenido tiempo de prepararlas.

—¡Menos mal! —dice ella—. Ya se lo había dicho a Louis. El chantaje es un asunto tranquilo. Pero los trapicheos políticos son una mierda.

Como vive solo, G no suele maldecir, o muy poco. No está afectado, no. Pero se siente incómodo. Prosigue:

—También estaba su agenda, una especie de diario de a bordo del viejo ligón. Con toda una colección de direcciones. La tuya incluida, por supuesto.

El camarero trae la segunda tanda de consumiciones. Patricia empapa la punta de una toalla, se humedece la frente y las orejas, coge un cubito de hielo de la cubitera y lo chupa haciendo muecas como si se estuviera quemando.

—¡Qué alivio! ¿Y qué más?

—¿Sabes qué? Te diré que no me he mirado a fondo ni en detalle todos esos papelotes. Pero lo poco que he visto me ha parecido peligrosísimo.

—Pues sí —admite Patricia—. Había que acabar con esto y pronto. Sobre todo teniendo en cuenta que el presidente estaba emparentado con un montón de gente influyente.

G se levanta para estirarse y Rómulo se sacude, listo para salir de la estrecha habitación que huele a desinfectante.

—Resumiendo —dice G buscando las cerillas—, he sido tu amante. Tú has sido la amante de Monsieur Louis. Todavía lo eras hasta hace poco de Langlois. Vamos, que somos todos lobos de la misma camada. ¿Tendríamos que poder entendernos, no? ¿Qué nos lo impide?

—No te das cuenta —dice Patricia—. Tú vas haciendo tus trabajitos al día. ¡Eso es fácil! ¡Pero nosotros! ¡Pero yo!… Lo que tengo en la cabeza, es una especie de cadena de *call-girls*, una multinacional, llámalo como quieras, pero es efectivamente una red. Lo que ha funcionado con Langlois —y hemos ganado millones— también tiene que funcionar a muy gran escala, pero siempre y cuando no se mezclen las cosas. Las chicas por un lado, las acciones terroristas por otro. Y Louis, precisamente…

Patricia se interrumpe para echar un trago. G aprovecha la ocasión para plantear su pregunta:

—Me gustaría mucho conocerle. Reconoce que es bastante extraordinario que con la de tiempo que llevo trabajando para él no haya tenido nunca la oportunidad de hablar con él. Y mira que le podría decir muchas cosas. El asunto Langlois, por ejemplo, si no ha funcionado, no es sólo por culpa mía.

—¡Ah! —exclama Patricia—. Tú también te has dado cuenta… Lo malo es que no está bien pensado. Y cuando se empieza a improvisar…

—En resumen —dice G—, ¿que hay rivalidad en el ambiente?

En vez de enfadarse, Patricia rompe a carcajadas sobresaltando a Rómulo.

—¡No pienses más en eso! —le aconseja.

—¡Perdón! —protesta G—. En estos momentos yo sé tantas cosas peligrosas como Langlois. Por lo tanto, merezco ser liquidado exactamente por las mismas razones que él. Por eso te pedí que nos viéramos. ¿Qué tengo que hacer? ¿Sabes tú cuáles son las intenciones de Monsieur Louis?

Ella sopesa el pro y el contra y finalmente se decide:

—Tú eres el que nos pone a todos en peligro. Los papeles mucho menos. ¿No te puedes ocultar durante algún tiempo?

—Sí, claro.

—¿Con tu maldito bicho?

G acaricia la cabeza de Rómulo con gesto protector.

—¡Es asunto mío! —replica secamente.

—Vale, vale. Tratad de desaparecer hasta final de mes, el tiempo que se olvide de vosotros. ¡Cuando era más joven, no olvidaba nunca a nadie! Pero ahora, tanto él como yo, tenemos demasiados asuntos en la cabeza.

Patricia pone su mano perfumada sobre la boca de G.

—No, calla. No quiero saber dónde te cobijas, ni si tienes teléfono, ni si has cambiado de nombre. Yo ya no te conozco, ¿comprendes? Lo único que te pido es que le envíes los documentos a Monsieur Louis.

—¿Él sabe que estoy aquí?

—¡Él no sabe nada de nada! Si eres prudente, nada te ocurrirá.

Patricia sonríe y G sorprende, como en una sobreimpresión fugaz, el rostro de antaño.

—Se pondrá furioso —dice G.

—Pues qué le vamos a hacer, se pondrá furioso.

Patricia se pone en pie con vivacidad y Rómulo gruñe. G le pega un golpecito en el morro.

—Con él —explica—, más vale evitar los movimientos bruscos.

—Un animalito encantador —bromea Patricia—. ¿No será más bien que no le gusto? Podrías hacerle comprender que tú y yo, sin embargo, hubo una época en la que nos entendimos muy bien.

Patricia se acerca con mucha suavidad a G y le susurra:

—No creo que nos volvamos a ver, pero si te apetece… A mí sí.

Su mano se dirige al cinturón de su pantalón. G la coge por la muñeca:

—No —dice en un soplo—, delante de él no.

Entonces Patricia armándose de valor se atreve a tocar las orejas del perro.

—¡Qué tonto es el amor! —susurra—. ¡Venga! Nos vamos. Ya no hay nada más que añadir.

G hace varios intentos antes de dar con un 2 CV que se abra sin dificultad. Al volante de ese coche, el riesgo de que le paren en un control es mínimo.

—¿Te ha gustado? —le pregunta a Rómulo—. En el fondo nos lo pone bien. No sé si hubiera estado dispuesto a huir una vez más. De todas maneras habrá que andarse con tiento.

Reanudan de inmediato con sus costumbres, Rómulo su hueso y G su pipa. Una vuelta de inspección. Nada anormal que señalar. G instruye a Rómulo mientras prepara la sopa.

—En Guenrouet, les diremos que he tenido un leve encontronazo, y que para sacarme del apuro me han prestado este 2 CV.

G vuelve a sentirse animado, y silba poniendo la mesa.

—A partir de ahora —dice—, te sentarás en la mesa a mi lado. Trata de comportarte. ¡Y te voy a decir una cosa que te va a gustar! A Monsieur Louis, que le den por el… Bueno, ¡tú ya me has entendido!

X

G se da cuenta de que ya no le sobra tiempo para estar aburrido. A veces, al cabo de unos días, su retiro le pesaba, sobre todo cuando el mal tiempo le recluía en casa. G es de los que jamás abren un libro, y que sólo miran distraídamente las fotos de las revistas, pronto irritados por las imágenes demasiado complacientes de los grandes de este mundo. En seguida se duerme delante de la televisión. Podrían gustarle las historias de suspense si no fuera porque, a la que sale un asesino, el tópico le subleva. Entonces da rienda suelta a sus habilidades manuales. Su distracción favorita es la fabricación de moscas. No busca el parecido. Al contrario. Lo que le encanta es la mosca más improbable, la cosita peluda de vivos colores que atrae a menudo a los peces de río por su aspecto provocativo y escandaloso. Se acercan a examinarla, con la nariz pegada al coselete velludo, desconcertados, tentados y precavidos a un tiempo. Una pirueta. ¿Un remolino? El pez ya está lejos. G ha comprendido. La próxima vez, añadirá más rojo, o amarillo, el toque de maquillaje que provocará, entre los nenúfares, la agitación de mayor indignación.

Suele regresar a casa al atardecer. En el momento ambiguo en que uno ha de aceptarse como es. Se sienta a cenar sin poner la mesa, un trozo de queso, un pedazo de salchichón. ¿Cocinar? ¿Por qué? G enciende la luz en todas las habitaciones. Fuma una pipa. No está contento ni descontento. Espera. Mañana, quizá, de regreso a París, encontrará un mensaje y hará la maleta. Después, habrá mucho dinero en juego, cada minuto valdrá por dos de tanto andar ojo avizor. En resumidas cuentas, vive como una fiera. Hay una hora para la caza y otra para la digestión, una hora para la vigilia y otra para el descanso. Pero ahora, sobre todo, hay la hora de Rómulo que mezcla, de forma tan enriquecedora, todas las horas juntas; la hora del padre lobo que ha perdido el derecho de pertenecerse exclusivamente a sí, porque está obligado a tener permanentemente un ojo, una oreja, una nariz pendiente de ese vástago tumultuoso e imprevisible.

—¡Ven aquí, so golfo! Al pie. Y cuando digo al pie, ¡eso no significa que me mordisquees los dedos de los pies!

Las sesiones de adiestramiento no suelen durar nunca mucho porque Rómulo ha comprendido que una manera determinada de soltar un gritito de alegría pone punto final a cualquier disciplina. G lo sujeta por las mejillas, lo mantiene pegado contra su cara y dice: «Habla… como antes… ya sabes, tu vocecita de niño… Haz como yo».

Emite una especie de sonido ronco que acaba en una risotada y da unos cuantos coscorrones suaves contra el morro que se ofrece dócilmente.

—¡Venga! ¡Afuera!

Rómulo ha aprendido a conocer la pista forestal con rapidez. Se atreve a ir lejos, a desaparecer entre la maleza y a hurgar frenéticamente en la hojarasca. G ya ha explorado. No, no hay serpientes. Ningún peligro. La hora es suave. Han pasado varios días. Rómulo no ha dado nunca la menor muestra de inquietud. Los olores humanos que flotan en torno a la casa son los del tendero, del carnicero, del guarda forestal, o también los de los obreros que trabajan en la tala y que siempre levantan una mano a modo de saludo cuando pasan en bicicleta camino del pueblo.

—*¡Adiós!… ¡Ciao!… ¡Agur! ¡Buenas!*

G responde con el mismo tono amable. Le trae recuerdos de la época del Circo Médrano, del Circo Amar, del Circo Jean Richard. Se oía hablar todas las lenguas alrededor de la pista, y eso constituía una forma de alegría de vivir. De vez en cuando, llega en sus paseos hasta la explotación forestal, donde a Rómulo le encanta acercarse. ¿Qué riesgo corre? Los dientes erizados de las sierras, inmóviles al sol, refulgen con destellos de fuego. Rómulo, pasando lejos de las sierras, va a revolcarse en los montones de serrín de donde emerge rebozado, estornudando, proyectando a su alrededor una nube de polvo rubio.

—¡Aquí! —ordena G—. ¡Menuda pinta tienes! ¿Sabes a quién te pareces, con esta cabeza de payaso? ¡A Patricia! ¡Sí señor!

Y mientras pronuncia estas palabras G, como quien pasa el trapo del polvo, a golpe de *Kleenex*, va sacudiendo la cara traviesa que sonríe, ¡de verdad, palabra! Los trabajadores ríen a carcajadas, se divierten haciendo correr al perro, que acaba por derrumbarse sobre el costado, a la sombra.

La hora de descanso se alarga, se va dilatando, y el encargado de la explotación no muestra ninguna prisa en dar la señal de volver al trabajo. El perro dormido con el morro apoyado en el muslo de su amo sugiere tal sensación de vacaciones que un clima de indolencia se apodera de la

explotación forestal. G va dando caladitas a la pipa. No sabe decir las cosas, pero si tuviera el don de expresarse, susurraría muy bajito, justo para Rómulo y para sí: «Esto es felicidad». Rómulo asiente moviendo la cola perezosamente. Es verdad que el tiempo ya no cuenta. Han dejado de prestar atención al ronroneo regular del motor diésel y al áspero silbido del metal que muerde la madera. ¡Uno está tan lejos de todo en aquel remoto rincón del bosque! Monsieur Louis ha perdido su rastro. En el supuesto de que haya podido remontar la pista hasta Nantes, una vez allí todos los caminos se pierden. Además tiene otros quebraderos de cabeza… Si ahora se dedica al tráfico de armas, tal como lo ha dado a entender Patricia, más le vale ocultarse, y al diablo el asesino a sueldo y su perro. Sí… es posible… quizá… ya veremos… G va admitiendo una tras otra todas las razones para tranquilizarse, pero sin embargo, en el fondo de sí mismo persiste la duda, como una especie de neblina sutil; pues él siempre ha sabido que un pacto le unía a Monsieur Louis, un compromiso de hombre a hombre, un mano a mano, cara a cara, donde el vencido no es el más débil, sino, misteriosamente, el más cobarde. Y él ha huido. Desobediencia, arrebato de dignidad, negativa a rematar un animal indefenso, llámese como se quiera, él ha huido. Tampoco hay que descartar que sea otro sicario el encargado de hacer justicia mientras Monsieur Louis se dedica a sus asuntos más urgentes. Por eso no hay que dejar de estar pendiente de Rómulo como si fuera un indicador de peligro, un aparato de alta seguridad, siempre listo para detectar cualquier deslizamiento, cualquier crujido, cualquier movimiento insólito del aire. Hay que desconfiar de Guenrouet porque el río —antiguamente coto reservado de los pescadores — está ahora abierto a cualquier embarcación propulsada a motor, desde la chalana rebosante de petróleo hasta esas casas barco, esa especie de chalets flotantes que sirven para pasear por la pintoresca Bretaña. A la que cualquier veraneante pase por el pueblo preguntando… «¿No han visto a un hombre con un perro lobo que cojea?»… Y ya está, las lenguas se desatarán. «Sí hombre, sí, vive tocando a La Touche-Thébaud… No tiene pérdida…». ¡Por ahí! ¡Todo recto, hasta llegar al bosque! Y la muerte se pondrá en marcha, disfrazada de veraneante en pantalón corto y camiseta, con la máquina de fotos en ristre, pero que es en realidad un magnum 85 camuflado. ¡Basta! Basta de soñar. Qué extraño: con qué facilidad se transforma una sensación de gran tranquilidad en una solapada ansiedad; y todo por culpa del perro, pues también le dispararán a él. Y ese horrible pensamiento surge de repente entre la frondosidad de imágenes de paz y felicidad, blandiendo su venenosa cabeza. Es como la cornada mortal del toro en la arena. ¡Cosas del oficio! Los

asesinos saben donde apuntar. Se parecen a los cirujanos que saben de memoria donde se sitúa cada órgano. Se puede uno fiar de ellos. ¿Pero de perros qué saben? ¿Dónde hay que darles para que caigan fulminados?

G no se imagina a su Rómulo agonizando. ¡Con verlo una vez ya ha tenido bastante! El sudor empapa la palma de sus manos. ¡Se acabó la felicidad! El bosque, a su alrededor, se extiende como un teatro, como un *ring*, como un lugar salvaje donde unos inocentes pueden morir. G da un silbido. Nos vamos. En casa es donde estaremos mejor. Levanta el brazo a modo de saludo. Los obreros paran de trabajar, miran como se alejan el hombre y el perro bajo los árboles. Ellos también pueden señalarles con el dedo, a ambos, sin mala intención. G decide no volver a salir de casa sin el revólver. ¿Precaución? ¿Temor? No. Sencillamente, necesidad de recobrar la forma, como un atleta que reemprende su entrenamiento. Esto es lo que ocurre cuando se deponen las armas. Uno deja que le invadan las alegrías y los temores de la gente comente. Uno se reblandece por dentro. Ya tiene una mano izquierda con la que no puede contar. Es urgente llamar al orden a todos esos músculos que se piensan —¡qué se han creído!— que están de vacaciones. G arranca un junquillo, se lo muestra al perro, lo blande como una espada.

—¡Salta!

¡Ah, qué buen perro! Salta confiado, en vista de que han decidido que podía saltar, y después muestra su contento. Corre a su alrededor. Ladra pidiendo más. Qué maravilla, esta vida que brota, inagotable, esta alegría que se prodiga inventando continuamente movimientos porque sí, por gusto, por el placer de brincar improvisadamente, y siempre con ese giro veloz de la cabeza hacia el testigo… eh… no me pierdes de vista… corres por los dos, ladras, eres el demonio de la maleza: «Me estoy volviendo loco», piensa G. Tiene que llamarse continuamente al orden para dejar de considerar a Rómulo como una especie de extraño compañero con quien se pueden mantener inagotables diálogos silenciosos. Llegan a la casa. Cambian el paso. Ahora Rómulo camina con el morro pegado al suelo. Lee los efluvios. Descifra las señales. Son como puertas inmateriales de olores que se van abriendo una tras otra, alerta la nariz. Y ya está. Hemos llegado. G, sin embargo, se tomará la molestia de cerrar pestillos y cerrojos, y dejará los postigos de la habitación entreabiertos, para poder acechar el camino, como desde una almena, con la pistola al alcance de la mano. Antes de acostarse, se bañan juntos en la cocina. Chapotean en la misma tina. Rómulo intenta atrapar el jabón con los dientes.

—¡Suelta! ¡Vas a soltar de una vez, imbécil! ¡Menudo cretino estás hecho!

Todavía hace tanto calor que G se limita a ponerse el pantalón del pijama.

—Esta noche —dice G—, ¡cerramos el pico! No tengo ganas de hablar.

¡Pero es más fuerte que él! Cuando por fin ha conseguido instalar en el camastro, a su lado, los cuartos traseros de Rómulo que no acaba de encontrar su sitio solo, cuando por fin el perro se acomoda junto a su costado sudoroso:

—¡Te prohíbo que me lamas, oyes! ¡Me hace cosquillas! ¡Venga! ¡Cierra el pico! ¡A ver quien manda aquí!

El recuperado silencio apenas dura.

—Sabes —prosigue G—, dentro de poco… se acabó. No aceptaré ningún contrato más. Para empezar, es como si estuviera en la picota de la profesión. Y además ¡lo prefiero así! ¿Por qué? No lo sé muy bien. Tú eres mi contrato. ¿A cuántos clientes he liquidado? Pues mira, ya no me acuerdo. En el fondo, ¡tampoco son tantos! Y nunca mujeres. Y nunca de cerca. Estoy dispuesto a matar, pero no a asesinar. ¡Sólo a ese pobre desgraciado de Langlois! ¡Si hubiera podido hacerlo a mi manera! A mí, lo que me gustaba eran las siluetas, como quien dice aire. Cuando te cargas a un tío a doscientos metros, le distingues, claro, pero como a una especie de columnita de humo. Es tanto una cuestión de coco como de ojo, porque la lente deforma un poco, se produce un efecto de halo, ¡no sé si me entiendes! Me acuerdo de un… un tal Mallory… Tenía caballos en las carreras, en Auteuil… Llegaba muy temprano, conduciendo su Jaguar… Cuando sacaban a los caballos… A mí no me gustan los caballos, estoy en mi derecho, ¿no?… ¡Pero él!… Qué curioso, cuando te gustan los perros, no te gustan los caballos… ¡O perros, o caballos: no hay término medio!… En los circos era así… Bueno, a lo que íbamos, así que el Mallory ese sale muy de mañana a darse su paseíto; y mira que pegarle un tiro a un tío que va al trote se las trae. Pues toma, un solo balazo, y de lleno en lo que llaman la bomba. ¡Toe! Se acabó el Mallory. Evidentemente, no puedes salir corriendo a predicarlo a los cuatro vientos, pero después de eso te sientes alguien. ¿Duermes? ¡Eh! ¿Duermes?

Sí, duerme y su respiración regular deja sobre su piel como dos huellitas de frescor. De vez en cuando, el morro se estremece, las patas esbozan un brinco y G cierra su abrazo alrededor del animal.

Quieto… Quieto… Es un ratoncito… Estate quieto. Ya lo cogerás mañana… Transcurre la noche y, al despertar, tras haber escuchado el trino de los vencejos y calibrado el color y la intensidad de la luz, G sabe que hará

bueno. A pesar de los muchos muertos que le pesan sobre la conciencia, G está dispuesto a empezar el nuevo día con apetito.

—¡Venga, arriba! —exclama—. ¡A comer!

Y vuelta a empezar con las efusiones, los lengüetazos, los coletazos, los mordisqueos matutinos.

—¡Sí, sí! Eres un perro guapo. Pero ésa no es razón para que me pises.

Rápido, una vuelta por el jardín. ¡Urge! Y después el pienso, el chapoteo del morro en el cuenco, y por fin, la hora del hueso, un huesazo agujereado donde se oculta un tuétano gris, la quintaesencia de una carne que la lengua, con paciencia infinita, apremia, delimita, llama, intimida para, con el hueso sujeto entre las patas, acabar acorralándola hasta la rendición final. Habrá llegado por fin el único momento en que G será libre para poder salir sin rendir cuentas; y como el viejo solterón empedernido que es, no le desagrada, aunque sean sólo unos minutos, sentirse a solas consigo mismo.

Carga la pipa y da unos pasos en dirección al sotobosque. Hay algo raro en el ambiente. ¿La explotación forestal? No se la oye. ¿Estarán de huelga? ¡Qué extraño! Sigue avanzando, a la escucha. Nada. La brisa suave del alba se extingue en las ramas altas como una ola exhausta. Sobre alerta, desanda lo andado para asegurarse de que Rómulo sigue atareado con su hueso. Cierra silenciosamente la puerta, y se mete el revólver en el bolsillo, por lo que pudiera pasar. No está intranquilo. ¡No hay ningún motivo para estarlo! Pero desconfía. Los trabajadores duermen a menudo en la explotación misma, sobre todo durante estas noches tan calurosas. Si ocurre un accidente, el encargado duerme en Guenrouet. Hay que ir a buscarlo. El teléfono más próximo está en… G se sobresalta. Está en su casa, el teléfono más próximo. Si ha ocurrido algo, no tardará en aparecer alguien, montado en una bicicleta o en una Mobylette. Cruza otra vez el jardín y casi se da de bruces contra un individuo larguirucho que reconoce en el acto. Es el que llaman el Griego.

—¿Puedo llamar por teléfono?

—Por supuesto —dice G—. ¿Ha ocurrido algo?

En ese mismo instante, un ladrido furibundo deja al hombre clavado en el sitio. G jamás había oído tamaña expresión de furia. Detrás de la puerta, erguido sobre sus cuatro patas, Rómulo acaba de resucitar la ira tenebrosa del perro lobo. Se estrangula con los insultos que se atropellan en su garganta. Araña la madera. Se lanza contra el obstáculo.

—¡Ya está bien! —exclama G—. ¡Ya basta de comedia!

Rómulo se queda quieto. Recobra el aliento, y el Griego pregunta con timidez si el perro es malo.

—Sólo un poco agreste. Usted ya lo conoce, lo ha visto en la explotación. El teléfono está por aquí.

El Griego se disculpa, trata de explicar con claridad que se ha producido una reyerta entre dos compañeros y que el Eslavo le ha pegado un navajazo al otro. Necesitan un médico.

—Ya me encargo yo de avisarle —dice G—. ¿El Eslavo, es el yugoslavo?

—Sí.

—¿Por una mujer?

—Sí.

—Bueno. No se quede usted ahí. Y tú, idiota, a ver si te callas.

Rómulo, airado, monta guardia detrás de la puerta. Ha perdido de repente su voz de cachorro; deja escapar un sonido ronco, lleno de odio, entremezclado de gruñidos que se tiñen de tanto en tanto con un grito modulado como una palabra. Es el grito de dolor del amor escarnecido que pregunta: «¿Por qué? ¿Por qué?».

El Griego se va y G llama a Guenrouet.

—¿Oiga? ¿El doctor Bellanger? Le necesitan, en el aserradero. Ha habido una reyerta. Yo tampoco sé nada más, pero se trata seguramente de algo serio. Me llamo Georges Vallade. Vivo en el lindero del bosque. Sí, una casita modesta. ¿Cómo? ¿Que llame yo para dar aviso a la gendarmería? Reconozco que preferiría quedarme al margen… Bueno, de acuerdo, ya me ocupo yo.

¡Me ha tocado la china!, piensa para sí. ¡La policía aquí! Abre maquinalmente la puerta y recibe en el vientre el impacto de cuarenta kilos de perro loco de alegría.

—¡Pero bueno! ¡Vas a dejarme de una vez en paz! ¡Sí, pues claro que soy yo! ¡Y esto, son mis manos! ¡Y esto, mi cara! ¡Te calmas de una vez! Ya se ha ido, el tío ese. Sí, apesta a cebolla. Y qué quieres que le haga.

Marca, mientras va hablando, el número de la gendarmería.

—Llamo para dar aviso de una reyerta, en el aserradero. Me llamo Georges Vallade. Me acaba de avisar uno de los trabajadores. Soy el único que tiene teléfono por aquí. Ignoro si es grave. No, estoy de vacaciones aquí, en mi casa… Estoy escribiendo un libro, y preferiría que no me molestaran demasiado. Sí, Vallade, con dos eles. ¡Ah! Así que es usted nuevo aquí, mi brigada. Seguro que sus hombres me conocen de vista. Pues de acuerdo. ¡Hasta luego!

Cuelga el teléfono y se ocupa de hacer desaparecer el revólver.

—¡Lo que faltaba! —gruñe entre dientes—. ¡Los vamos a tener encima! ¿Qué te juegas?

¡Siempre ha tenido miedo de los gendarmes! Los gendarmes siempre andan buscando, registrando, olfateando. ¡Y siempre preguntando, necesidades de la investigación, dicen! En realidad lo hacen para satisfacer su curiosidad inagotable; van construyendo a base de paciencia, de chismes y habladurías, de detallitos sin importancia, unas especies de nidos rústicos donde alumbrarán unas hipótesis que será necesario alimentar a su vez con nuevos detallitos frescos, hasta que un buen día, ¡clac!, como una dentellada, te ponen las esposas.

Mi pobre lobito, si crees que esta cicatriz en tu muslo no es un detalle que les va a dar en qué pensar, ¡te equivocas! Por supuesto, no tiene nada que ver con esa historia de navajazos, pero con ellos nunca cae nada en saco roto. Esta cicatriz se pone aparte, ¡de momento! Y con sus malditos ordenadores, nunca sabes si no van a poder probar que, ¡el día en que maté a Mallory, cogí un taxi para ir a Auteuil!

Rómulo escucha muy formalito, sentado delante de G, pero está decidido a no dejarse encerrar. Prefiere ir atado con la correa, en su propia casa. De nada sirve prometerle suculentos huesos, cuando dice que no, es que no.

G, cabizbajo y con las manos en la espalda, no para de dar vueltas. Ya no tiene ganas de nada. Si se escuchara, se volvería a meter en la cama. Comerán lo que puedan: espaguetis y patatas hervidas. Una vez más, hace mentalmente la cuenta de todo lo que le puede incriminar: el perro, sí. Le pueden preguntar de dónde ha sacado Rómulo su herida. Y además, está el 2 CV robado, pero todavía tiene tiempo de ir a abandonarlo en medio del bosque, donde sólo pasan zorros y jabalíes. ¡Ah!, también está el fusil, y sus accesorios, incluso tendría que empezar por aquí… Un agujero en el fondo del jardín, junto al estiércol. Los documentos de Langlois, bueno, ¡los ha destruido! ¿Entonces? G gira sobre sí mismo como si hubiera otros indicios colocados por ahí, a su alrededor. ¡Pero no! No tiene por qué preocuparse. Eso le pasa por no haber profundizado lo suficiente en el problema ya que esa explotación forestal tiene nombre: pertenece a los Aserraderos del Morbihan. ¿Y quién controla esos aserraderos, además de otras muchas empresas? La empresa de importación-exportación de Monsieur Louis. La investigación empezará por abajo, evidentemente. ¿Quién es ése que llaman el «Eslavo»? ¿De dónde sale? ¿Cuáles son los verdaderos motivos de la pelea? ¡Si de verdad se trata de una chica, la investigación no irá más lejos! ¡Siempre y cuando no aprovechen la ocasión para meter las narices en los asuntos de Monsieur Louis! Sólo que, desgraciadamente, Monsieur Louis es un bocado de primera. ¡Un hueso con mucha miga!

Rómulo se agita y va a echar una ojeada a su rincón, por si acaso. G sigue con su dolorosa meditación. Pues de la empresa de Monsieur Louis dependen también bastantes filiales, a parte de esos Cementos del Suroeste, cuyo presidente, precisamente, acaba de ser asesinado (hay una historia de un perro, en ese asunto, que hay que investigar, le dirá algún alto funcionario de la policía al comisario encargado del caso). ¡Qué lejos estamos del Eslavo! ¡Quizá no! No hay que olvidar que Patricia acusó el golpe cuando se habló de ese Bernède sospechoso de tener relaciones con españoles clandestinos. O sea que los Cementos disimulan quizá algún turbio tráfico, de armas o de drogas, o ambas cosas a la vez. Los Cementos, Monsieur Louis; los Aserraderos del Morbihan, también Monsieur Louis, y seguramente acabarán por descubrir que un montón de empresas más, también son de Monsieur Louis; y que cada vez que un nuevo negocio pasa a depender de su empresa, desaparece algún molesto presidente. Son extrañas coincidencias que se iluminan de golpe, como en el estallido de unos fuegos artificiales. ¡G necesita sentarse! Y él que se pensaba que Monsieur Louis sólo contrataba sus servicios para casos aislados, para lavar una afrenta. ¡Pobre imbécil! Yo era, dice para sí, su fuerza disuasoria, me utilizaba sistemáticamente para doblegar a sus competidores más molestos…

Va a la cocina a buscar un gran vaso de agua, y acaricia a Rómulo de pasada.

—¿Y Patricia, eh? ¿Dónde la metemos, en este cuadro? ¿Te los imaginas, a los dos, él reinando sobre sus accionistas y ella sobre sus chicas, levantando cada uno su pequeño imperio? ¡Hasta el momento en que chocan! ¡Paf! El de los cementos, Langlois, esquilado por Patricia y arruinado por Monsieur Louis, recurre a la justicia. ¿Y quieres que te diga una cosa?… Pues mira, acuérdate del ordenador: se echa todo en el mismo saco, las filiales de uno, los chantajes del otro, a Bernède y al Eslavo. Se agita bien y se busca a un mamón que pague el pato, para evitar el escándalo. ¡Mi pobre amigo! ¿Y quién tiene cara de mamón? ¡Pues yo! Y tú, de rebote. A ti siempre te dan de rebote. ¡A lo mejor exagero!, pero sé por experiencia que las grandes estafas sólo se desvelan así: una tontería sórdida y sin importancia, un pequeño suceso de nada, cuyas exhuberantes raíces se van poniendo al descubierto una tras otra. Por eso son tan temibles los gendarmes. Tienen buena nariz para descubrir los tomates. ¡Sí, ya lo sé! ¡Los tomates ya están al descubierto! ¡Bueno, pues pongamos que funcionen a base de olfato, como tú! Y precisamente, me huele que este brigada tan cumplidor tiene un olfato tremendo. ¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder!

Pero ya es demasiado tarde. Con los prismáticos, se distingue con toda nitidez, al final de la pista forestal, mucha agitación de hombres y coches con antena. Las sierras están paradas. Se ven uniformes y hombres de paisano. ¡Ya está! Se disparó la investigación. G se pone en marcha. Deshincha dos neumáticos del coche, y desmonta una de las puertas que deja negligentemente tirada junto a la pared.

Mancha con pintura la placa de matrícula trasera y quita la delantera. En el acto, el 2 CV, que ya acusaba ostensiblemente los años, cobra una apariencia de ruina. A nadie se le podría ocurrir que se trata de un coche robado. En cuanto al fusil, a G le duele. ¡Un arma tan bonita! Envuelve la caja y los accesorios en un batín, los ata bien sujetos y en tierra el bulto en la parte más seca del montón de mantillo.

Lo comprueba todo, por última vez, con mirada profesional. No ha olvidado nada. La mañana toca ya a su fin. Poco antes de las doce aparece el cochecito de la gendarmería.

El brigada es joven, y está elegante con su uniforme de verano, recién afeitado, con su corte de pelo reglamentario. ¡La ley! Sólo la ley. «Y yo, piensa G, soy el crimen, sólo el crimen. Y Rómulo es la inocencia, sólo la inocencia. Y de todos modos, él pagará los platos rotos si las cosas se estropean. Es un asco».

Apretón de manos. Rómulo permanece tranquilo pero se niega a dar muestras de alegría, porque un apretón de manos se interpreta como una señal de paz.

—¡Bonito animal! —dice el policía mientras saca su bloc de notas—. ¡Veamos! Empecemos por las preguntas de rigor. Podría haberme detenido aquí a la ida. Pero he preferido examinar las cosas en caliente. Es un asunto banal, pero todos mienten por principio. A ver, nombre, apellido, etc.

Se recuesta contra el lateral del coche, tranquilo, firme, conocedor de su oficio. Rómulo, sentado junto a su amo, no le quita el ojo de encima. El brigada anota la hora, lo que habló con el Griego, las impresiones de G:

—¿Conoce usted a la víctima?

—No especialmente.

—¿Eran frecuentes los conflictos?

—No tengo ni idea. Sólo teníamos relaciones de vecindad.

—¿No habían peleas por motivos políticos? Allí hay de todo, árabes, griegos, turcos…

—Lo ignoro. Mi perro y yo salimos poco.

—¿Ha visto alguna vez mujeres, en las inmediaciones de la explotación?

—No, de eso estoy seguro.

El bloc se cierra con un chasquido.

—¡Gracias! —dice el brigada—. Nos volveremos a ver pronto. Tengo indicios para estar seguro de que había gente que se acercaba por aquí, por las noches, en bicicleta. ¿No ha oído nunca ruido de bicicletas?

—No.

—¿No se le ha ocurrido nunca que un sitio como éste, junto a un bosque, una carretera y un río navegable, presenta unas ventajas especiales?

—No… ¿por qué?

—¡Oh, no sólo para acampar!

El gendarme se incorpora, saluda, e indica a su chófer que arranque, dejando a G perplejo.

XI

AG le estalla la cabeza de tanto pensar. Monsieur Louis probablemente se acercará hasta la explotación. Ahí oirá hablar del hombre del perro, el que tiene el teléfono.

¡Inevitablemente tendrá necesidad de telefonear y volverá a encontrar la pista perdida! ¿Qué hacer? Partir es confesar que tiene algo que esconder. ¿Quedarse? Para eso, tanto vale entregarse en seguida. Por lo demás, Monsieur Louis sentenciará. En cuanto haya reconocido a su empleado, se dará mucha prisa en hacerlo liquidar para evitar que le denuncie. Y aunque G le señalara con el dedo gritando a los cuatro vientos: «¡Es él!», quién le iba a creer. ¿Qué pruebas tiene? ¿Quién hace caso de las divagaciones de un asesino?

Como un condenado con los ojos vendados que recorre su celda a tientas, G busca una salida. Pero no la hay. Y lo peor —¡ah, esta idea le corroe!—, lo peor es que, dentro de unos días, es decir a la que se haya convertido en sospechoso, a menos que haya sido ejecutado antes, le separarán de su perro. Tanto si le meten en la cárcel como si le llevan al cementerio, Rómulo estará solo y le buscará por doquier. Y por mucho que esté de vuelta de todo y sepa que la vida es una porquería, hay imágenes que no se pueden soportar… Rómulo en la perrera, la nariz pegada a la reja, buscando, muerto de miedo, entre la pestilencia de los excrementos el olor amigo de su amo. ¡Un hombre se sobrepone a sus desgracias! G lo sabe. ¡Pero con el desespero de un animal, uno se ahoga! Y por mucho que uno se diga que ya se le pasará, que no es más que un perro —ya ha oído esta frase muchas veces—, ¡no es verdad! ¡Es monstruoso! ¡Hay que desabrochar el cuello de la camisa para respirar! En los ojos pardos de Rómulo hay esa cosita inmaterial que no es un reflejo, ni un resplandor, ni nada que se pueda asir, pero ¡que está viva y es tierna! Aunque sólo hubiera eso, en ese mundo de asesinos, ¡valdría la pena defenderlo! ¿Verdad que sí, perrito guapo? Ven aquí. Ponte encima mío, para que te sienta más cerca de mí. Tienes cuerda para rato, te lo prometo. ¡Que intenten llevarte, que lo prueben, todavía tengo un cargador! Sentado por el

suelo, acariciando con la palma de la mano la punta de las suaves orejas que no rehúyen el contacto, G renuncia a inventar una solución. No ve ninguna solución. ¡O mejor dicho sí, hay una! A lo mejor está exagerando el peligro. Quizá pueda agarrarse como a un clavo ardiendo a la idea de que dos jornaleros se han peleado por una chica. Se manda al herido al hospital, se mete al otro en chirona, y asunto concluido. La vida continúa.

G se da cuenta entonces de que siempre ha desconfiado de todo lo que pueda, de cerca o de lejos, parecerse a la felicidad. Incluso de su chaletito, le falta fe. G no es de los que se paran y se dicen: «¡Éste es mi hogar!». Rómulo representa la tentación del «hogar». ¡Por eso la separación no tardará! Acongojado, G toma conciencia de que pertenece a otro mundo, un mundo subterráneo, de la noche, a una especie de mundo del adiós. Acaricia el cuello de su perro. Jamás había estado tan triste, y para darse ánimos, susurra:

—¿Te gustaría una chuletita para ti solo? ¡Venga, vamos a hacer locuras!

El brigada no reaparece hasta última hora de la tarde. Se adelanta sin tomar precauciones, contentándose con gritarle: «Sujete al perro». Tan desenvuelto como antes, deja el quepis sobre la mesa y se sienta a horcajadas en una silla de la sala de estar. G sujeta firmemente a Rómulo, que parece nervioso.

—Estaba seguro —dice el brigada—, de que no se trataba de una reyerta vulgar. Y en efecto, hemos recibido en el cuartelillo una carta anónima que señala la presencia de un zulo de armas cerca del estanque. ¿Conoce el lugar?

—Sí, naturalmente. El estanque del dolmen.

—Hemos descubierto armas cortas, escopetas de caza, dos fusiles ametralladores y granadas. Y eso sin hablar de los cartuchos. También había un mapa de la región y un cuaderno que ahora se está fotocopiando. Contiene notas en clave y un código.

«¡Lo que faltaba! —piensa G—. Armas aquí. Armas en el País Vasco. Los Aserraderos del Morbihan. Los Cementos del Suroeste. Un único presidente director general, Monsieur Louis. Pero conchabado con una tal Patricia Lambesq, a su vez de madre española, y más o menos al frente de una red de *call-girls*. Todo esto va a salir a la superficie al mismo tiempo».

—¡Le felicito! —dice—. Pero, ¿en qué puedo serle útil?

—¡El teléfono! —responde el policía—. El de nuestra brigada, el del coche, lo ha movilizado un inspector que ha venido de Nantes.

—¿Tan pronto ha venido?

—Es que el asunto está tomando envergadura.

—Pues mire, atraviese el pasillo y encontrará el teléfono en la habitación de al lado.

El gendarme se levanta, con un crujido de correajes, el cinturón, la funda de la pistola y la bandolera. Rómulo se encoge y gruñe.

—¡Menudo genio tiene su amiguito! —observa el gendarme—. Estoy acostumbrado. Tenemos uno, pero mucho más viejo. Se nos zampa todas las frambuesas, pero no tiene malas pulgas.

Toma posesión del laboratorio cerrando la puerta tras de sí sin disculparse. Está en su casa. Se muestra educado, pero distante, el servicio es el servicio. Y G, prestando el oído en vano, trata de pescar alguna información. Consigue captar frases sueltas, inconexas. «Perfectamente mi capitán… Sí, me ocuparé de eso…». Susurros. Silencios… Después la voz se afirma: «Sería una coincidencia sorprendente… Se parecen todos, pero en fin, ya lo consultaré con el veterinario». Silencio. Un silencio que equivale a un taconazo reglamentario… «A sus órdenes mi capitán…». Sale del laboratorio secándose la frente donde el quepis ha dejado una marca roja.

—¡Menudo asunto, no hace más que empezar! —dice—. Este asunto se va extendiendo como una mancha de aceite. No se preocupe por el teléfono. Ya nos arreglaremos con nuestro material. Por cierto… dígame, su perro… ¿qué es esta cicatriz?

«¡Ya está! —piensa G—. ¡Tenía que pasar!».

Se embrolla y se da cuenta de que produce mala impresión. Pero no le queda más remedio que contestar algo.

—¡Se peleó! —dice.

El brigada asiente con la cabeza poniendo cara de entendido.

—Ándese con cuidado. Son unos animales preciosos, pero traen muchos problemas.

Manifiestamente, el gendarme también dice lo primero que se le pasa por la cabeza. ¿Por qué ha mencionado al veterinario? Porque, en el escalafón superior, los elementos de una investigación mucho más amplia están empezando a agruparse. Las piezas del rompecabezas van encajando. Muerto Langlois, ¿dónde ha ido a parar el perro lobo herido? Y resulta que aquí hay un perro lobo con una señal sospechosa en el muslo. El gendarme se vuelve a poner el quepis, echa una ojeada a su alrededor. G sigue oyendo como decía: «¡Sería una coincidencia sorprendente!». ¡Vaya, vaya!, el perro que reaparece aquí podría significar que el tal Georges Vallade… Ésa es la mancha de aceite que se extiende. De golpe, parece que el gendarme tiene prisa por marcharse.

Ha encontrado la investigación de su vida. Al llegar a la puerta del jardín, se gira:

—¿Piensa quedarse unos días?

—¡Supongo que sí!

—Podríamos volver a necesitarle…

Ya está. La máquina acaba de ponerse en marcha. G vuelve a la casa con Rómulo. Le tiemblan tanto las manos —la derecha también— que no consigue prender la pipa. Durante tantos años ha escapado con éxito de las redes de la justicia, y ahora… ¡Así que es eso, el día de la derrota! Pues a cada minuto que pasa siente que se le clava como un cuchillo la certidumbre de que está atrapado. Rómulo se estira a sus pies. ¡Mi pobre amigo! ¡Qué suerte tienes de no ser más que una conciencia pequeñita al filo del tiempo! A mí, lo que pasará mañana ya no me deja respirar. Mañana, el veterinario. Mañana, los gendarmes, y confesaré… en seguida… Me mostraré tan dócil que quizá consiga que no nos separen… ¡Pero sé muy bien que me estoy contando cuentos!…

Bebe un gran vaso de agua. Se rasca. Se siente vacío. ¡Está fuera de sí! Le da cuerda al reloj. Espera. Acaba sentándose, con los brazos colgando entre las rodillas. Ahora ya no es nadie, ni Georges, ni Frédéric, ni Marcel, ¡ni siquiera Rómulo! ¿Y si llamara a Patricia? Sopesa los pros y los contras, y eso le mantiene ocupado. A estas alturas, Patricia debe de saber que Monsieur Louis, el poderoso presidente director general de su empresa de importación-exportación, está siendo objeto de una investigación, al cabo de la cual no es difícil vislumbrar la cárcel. Nada está decidido todavía, pero ella sabe demasiado de negocios para no ver que el frágil edificio de esas empresas yuxtapuestas a toda prisa sólo se aguanta mediante la amenaza y la violencia. Es lo bastante inteligente para darse cuenta de lo que ocurrirá el mes que viene, la semana próxima. ¿Entonces? ¿Qué tiene previsto para ponerse a cubierto? Se la juega mucho menos que su patrón, pero por complicidad criminal lo que le caería ¡tampoco es moco de pavo!

Va al lavabo a refrescarse la cabeza. Es en su cabeza, tan poco acostumbrada a elaborar planes, donde todo ocurre, todo se fragua, se arma con imágenes, ideas sueltas, sin que nada adquiera consistencia. ¡Y la cosa se convierte en un cuento de nunca acabar! Incluso en el supuesto de que la policía acabe por intuir la verdad tras cosas tan dispares como los cementos y los aserraderos —ateniéndonos a eso para no complicarlo más—, ¿cuánto tiempo necesitará para iniciar las inculpaciones? Por eso, con la ayuda de Patricia, que siempre ha tenido la sangre fría y el discernimiento que a él le

han faltado, podría a lo mejor elaborar una línea de defensa. Hay que intentarlo.

Poniendo un dedo delante de su boca, G transmite a Rómulo uno de esos mensajes mudos que el perro, con las orejas tiesas y una arruga de concentración entre los ojos, traduce velozmente a su idioma: «Quedarse quieto… No molestar, no prestar atención a los ruidos de fuera…». Por lo tanto, acompaña silencioso a su amo al laboratorio y se tumba debajo de la mesa. Todo eso no le gusta nada. Ha captado y descifrado los efluvios de angustia que ha producido la visita de aquel hombre que llevaba una especie de uniforme. No hay que quitarle el ojo de encima. Instintivamente, Rómulo sabe identificar a todo lo que lleva galones y de lo que no cabe esperar nada bueno. Escucha ahora la conversación que circula a través del hilo, la voz de su amo, apagada, atenta, y después la otra voz, lejana, sólo perceptible para las orejas de un perro lobo.

—¿Oiga, Pat? ¿Estás sola? ¿Estás segura de que no está ahí? —¿Quién?

—Quién va a ser, Monsieur Louis.

—No seas absurdo. Está lejos.

—¿Os habéis enterado, los dos?… ¿El zulo con las armas?

—¡Tú qué crees! Un escondite a unos cientos de metros de la explotación forestal… Han avisado a la oficina en seguida. Monsieur Louis está de viaje. He mandado a nuestro abogado, por lo que pudiera pasar.

—¿Sabes dónde está la explotación?

—¡Pues claro! En el bosque del Gâvre.

—Yo vivo justo al lado. Ya he tenido la visita de un gendarme de Guenrouet. Me ha hecho algunas preguntas, de pasada. Pero ha visto a Rómulo, y eso es una gaita. ¡Por la cicatriz! Un pastor alemán con una herida en el muslo, me imagino que ya han difundido su descripción por todas partes, por lo del crimen de Châtel… ¿Me escuchas?

A lo mejor el amo no se ha dado cuenta, pero esta mujer, al otro lado del hilo, también empieza a estar asustada. El miedo es algo que se transmite muy bien por el hilo. Patricia vacila.

—¿Vives al lado? ¿Y cómo es eso?

—¡Oh, muy sencillo! Hace muchos años compré por aquí una vieja casita de campo que he hecho arreglar. Vengo para descansar. En aquel entonces, los aserraderos no existían.

—¡O sea, que es una coincidencia! ¡Ah, maldita suerte la nuestra! Dios mío, qué mala suerte.

—¿Qué tengo que hacer?

—¡No te muevas, sobre todo no te muevas! Ahora el daño ya está hecho. ¡Menuda idea tuviste al recoger a este maldito animal!

Silencio. ¡El amo no está contento! Oleadas de ira se atropellan por el hilo. Y además, del otro lado, las cosas tampoco mejoran. Se oye como un crepitar perdido en la lejanía, pero se interpreta fácilmente como una rabieta. La voz prosigue:

—¿No podrías esconderlo en alguna parte, al chucho ese?

—¡Ni soñarlo!

—¡Yo qué sé! Un perro perdido, un domingo de agosto, ocurre cada día, y ¡figúrate que mañana es domingo!

—¿Te has vuelto loca? Para empezar, si tratara de perderlo por ahí, él me volvería a encontrar siguiendo mi rastro. Y además, ¡que no! ¡Que no es un perro cualquiera!

Otro silencio, y ahora el aparato desprende una enorme tensión de tormenta. Después su amo vuelve al ataque:

—El brigada ha mencionado a un veterinario…

—¡Cállate! —grita Patricia—. ¿Todavía no te has enterado? Tu perro está tatuado. Cualquier veterinario de tres al cuarto sabrá de buenas a primeras dónde lo compraron. Quién lo compró. ¡Y caerán sobre el crimen de Châtel con todo el equipo! Y todo se irá al cuerno, tan deprisa como una carrera en las medias. ¡La has hecho buena! ¡Ah, puede que seas un buen ejecutor, pero como gilipollas no tienes igual!… ¡Espera! Déjame pensar…

Tempestad silenciosa en el teléfono. Rómulo no sabe de quién se habla con tanta violencia. Se queda ahí por sentido del deber, pero de buena gana iría a desenterrar el hueso de su chuleta, escondido amorosamente debajo de un pliegue de su manta. Y de golpe, allá arriba, la conversación se vuelve a disparar. Y con un tono que no admite réplica.

—Oye… Estaré en tu casa mañana por la mañana. Pues claro que vendré en coche. Como es domingo, habrá bastante gente curioseando por ahí; pero precisamente, tú eres muy libre de recibir las visitas que te dé la gana… Llegaré después de misa.

—¿Tú, a misa?

—¡Desde luego! ¡Mi madre me ve, desde allá arriba! Y se lo prometí… Bueno, no discutamos más. Estaré en tu casa hacia las once. Entreveo una solución posible. ¡Pero puedes estar orgulloso de haberme jorobado todos mis planes!

Clic del teléfono que se cuelga. G carga una pipa. Habla solo. Está enfadado. ¿Por qué tiene que ir a buscar esa herramienta que escupe fuego?

G desenvuelve con cuidado el revólver, lo limpia a conciencia, lo desliza en su cinturón en distintos lugares, como buscando el emplazamiento más discreto. Finalmente, se baja el polo sobre el pantalón. El bulto del arma apenas sobresale. A partir de ahora, G está decidido a repeler cualquier ataque.

Ella ha dicho: «Está lejos». ¿Y ella qué sabe? ¿Acaso Monsieur Louis la avisa cuando se aleja? ¿Y si estuviera ya por las cercanías? G sale a fumar una pipa en el umbral de la casa. Vigila la pista forestal donde una urraca da saltitos. Puede estar representando una diana perfecta que destaca sobre el fondo oscuro del vestíbulo. ¡Pero Monsieur Louis no es de los que matan a distancia! ¡Sus métodos son mucho más expeditivos! Uno de sus hombres podría pasar en moto, muy rápido, y tirar al pasar una granada sobre la casa. No tendría necesidad de alcanzar a sus moradores. Objetivo: provocar destrozos, incendiar, establecer así una relación entre el descubrimiento del depósito de armas y la presencia en las proximidades de la explotación forestal de un veraneante con su perro lobo inseparable. Resumiendo, crear una situación tan confusa que la policía no supiese ni por dónde empezar. G recuerda que ha sido testigo de este tipo de violencia en París. ¡La granada! ¡El perro mutilado! ¿Y si incluso aquel atentado que le marcara tan profundamente hubiese sido ideado por Monsieur Louis?

«Qué cosas se me ocurren —rumia G—. ¡No me sabía tan frágil!». Pero en seguida dice, para alejar de sí ese pensamiento desagradable: «Astuta como es, seguro que Patricia tiene listo —¡desde hace años!— un plan de emergencia. Trabajar como lo ha hecho para conquistar su independencia significa prevenir, estar siempre al acecho, y al menor síntoma de amenaza, replegarse discretamente a algún escondite preparado de antemano. Por mucho que se enfade, que pretenda que le he chafado todos sus planes, sobre todo no hacerle caso. ¡Siempre ha sido de las que se embalan, pero sin perder nunca la cabeza! ¡Estalla! ¡Insulta! ¡Sería capaz de pegar! Pero lo tiene todo calculado, no se aparta jamás de su camino. O sea, que lo mejor es recurrir a ella, siempre y cuando no la tome con Rómulo y descargue sus iras sobre él. Además sus iras son puro teatro». ¡G apenas se atreve a confesarse por qué! La verdadera razón, la razón última, es que ha conservado para con el amante de su juventud una especie de ternura hosca que antaño se ponía de manifiesto con motes burlones: «Kid Carabina», «El Pistolero», o también «Guillermo Tell». ¡Tampoco le va a dejar tirado ahora!

G recobra algo de sus perdidos ánimos. ¡A pesar de que no tiene por costumbre complacerse en sus recuerdos! Pero, a fin de cuentas, su relación

con Pat tampoco fue tan infeliz. ¡Es verdad! Recuerda que Pat no toleraba las contradicciones, a pesar de que ella era celosa e infiel a la vez, y que a todas horas decía: «Si mi pobre madre me viera»; y recuerda también montones de pequeñas tonterías que acababan transformándose en serios reproches que desembocaban en enganchadas y broncas fenomenales, quizá en golpes también, pero llegados a este punto a G le falla la memoria. ¡No, golpes no! ¡Pero sí amenazas!: «Porque me retengo, que si no, ¡toma!…». ¡La botella pasa volando por los aires! El plato se hace añicos. G sonríe. ¡Qué lejos está todo eso! ¡En fin, el amor es así! ¡El amor que tiene garras, el que duele! Acaricia la cabeza de Rómulo. «¡No te lo puedes imaginar! Me habría mordido, sabes, aunque sólo fuera para decirme después lloriqueando: "No soy más que una puta, mi Georges querido. ¡No me hagas caso!". Pues es la misma que has visto tú, tan prudente y reservada, sopesándome para saber hasta dónde puede comprometerse por mí. Tú no cuentas, por supuesto. Hay bastantes posibilidades para que nos quiera dar pasta y nos mande por ahí —¿qué te juegas?—, Dios sabe adónde, a casa de gente suya, con la orden de guardamos encerrados bajo llave el tiempo que haga falta. ¡Porque es la guerra, imbécil, con esa cabezota que todavía no comprende las cosas! ¡El brigada, es la guerra! ¡Monsieur Louis, es la guerra! ¡Yo, perrito querido, soy la guerra! ¡No! No me merezco que me lamas. Entremos, toma. Por lo menos, adentro, estaremos protegidos».

Taimadamente cae la noche en los caminos; y el primer murciélago, con su vuelo roto, casi les roza al pasar.

—¿Qué narices le hago yo para comer? —pregunta G—. Si le hiciera caso, ella escogería queso de Camembert y vino de Burdeos. Pero tenemos que dar la impresión de que la queremos cuidar bien. ¡A ti no te gusta el pescado! ¡A ella tampoco! Ve espinas por todas partes.

G abre la nevera y aparta a Rómulo que pasea su morro febril por los estantes. «¿Pollo a la pepitoria, eh? Esto u otra cosa, sabes, a ella le da lo mismo. En aquel entonces, comía fumando. ¡Venga! Un surtido de embutidos y pollo. ¡Aparta, tragón!».

Mentalmente G vuelve a hacer un repaso. ¿No ha olvidado nada? No, cada problema está en su sitio, como aquellos taburetes en los que obligaban a sentarse y a dar la pata a los leones. Otra pipa. La última. G cierra los postigos. De pasada, abre al azar el librito de Langlois.

Singular deidad, morena como las noches,
de perfume mixto de almizcle y de habana…

bruja con perfil de ébano, hija de las negras mediasnoches…

«¡Es clavada a ella! —piensa G—. Aunque menos negra… Su perfil de ébano… ¡A estas alturas debe de estar arrugado como un acordeón!».

Se ríe y le susurra a Rómulo que le sigue: «Sé bueno con ella, por favor. Si hay alguien que nos pueda sacar del apuro, es ella».

El sueño tarda en llegar. En el bosque el cielo está tormentoso. Grandes relámpagos silenciosos, y, de vez en cuando, en el fondo del horizonte, un trueno inacabable, que retumba y repica sobresaltando a Rómulo. ¿Dónde se oculta Monsieur Louis? Porque él no es de los que se van de viaje cuando la pirámide de sus empresas se está resquebrajando.

Considerando fríamente las cosas, Rómulo es el culpable de todo. Su presencia imprevista en Châtel ha convertido la muerte de Langlois en un crimen particularmente misterioso. Porque siempre se vuelve al mismo punto: ¿por qué hacerlo desaparecer, al perro? ¿Qué luz hubiera arrojado sobre todo el caso si lo hubieran encontrado? ¡Pues precisamente, están a punto de dar con él! ¡Cosa que Patricia ha comprendido con meridiana claridad! ¡Incluso esto es lo que le ha obligado a modificar sus planes! La tormenta se aleja. Las reflexiones de G se atascan, se transforman en un engrudo de imágenes incoherentes. Su respiración se confunde con la de su perro. Cuando ambos despiertan, un inmenso sol, resplandeciente de alegría, parece inundarlo todo con su luz cantarina. Se levantan. Ambos saben —incluso Rómulo— que es la mañana de Pat, y que hay que tener la casa lista. «Llegaré después de misa», ¿eso qué quiere decir? G no está muy informado. Escucha cómo suenan las campanas en Guenrouet. También está atento a los ruidos del camino. Por mucho que Monsieur Louis lo intente, G le oirá cuando se acerque. ¿Pero a santo de qué iba Monsieur Louis a aparecer precisamente esta mañana? ¿Y además cómo iba a saber que esta casita cobija al que le ha desafiado? ¡Pues por la investigación! ¡Por la investigación en la explotación!… Otra cosa más que preguntarle a Patricia.

—Tú —le dice G a Rómulo que va trotando sin separarse de él—, tú eres un perro policía. Todas estas cuestiones que me dan dolor de cabeza, tú las resuelves con el olfato. No hay misterios para ti. Sólo hay olores. ¡Qué suerte tienes! ¡Oye! Llega un coche. Ven aquí que te ate. Y procura no olería con cara de asco. La vamos a necesitar.

La esperan juntos, en el umbral. Es un coche gris, recién estrenado, pero nada ostentoso. Se apea con vivacidad. Pantalón negro, demasiado ajustado.

Jersey gris. Poco maquillaje. Discretamente enjoyada. Voluntad evidente de pasar inadvertida.

—¡No te quedes ahí! —dice Patricia—. Entremos.

G se demora, observa los alrededores.

—¿Estás segura de que no te ha seguido?

—¿Quién?

—¡Monsieur Louis!

—Oye, vas a empezar por dejar de tocarme las narices con tu Monsieur Louis. No tengas miedo. ¡No lo traigo en mis maletas!

—¿Qué maletas?

—¿O sea que no has comprendido nada? Nos vamos, tío. ¡Venga, en marcha! Ya te explicaré.

XII

Patricia deja que G le coja la maleta, pero insiste en llevar ella misma un precioso bolso de piel. Se dirige directamente a la sala de estar donde, sentándose pesadamente en el sillón, se abanica con la mano.

—¿No tienes nada para beber? —dice—. Me siento reseca. No está mal tu casa. ¡Lástima!

—¿Lástima el qué?

—Pues esto, es una lástima tener que dejarlo. He venido a buscarte, por si te interesa saberlo… Un poco de *whisky*, por favor…

—¿Te manda él? —pregunta G.

—¡No tienes igual, mi pequeño Georges! O sea, que no has comprendido todavía, ¿no?… Tu Monsieur Louis, ¡soy yo!

—Oye, si has venido para tomarme el pelo, ya te puedes…

Patricia le interrumpe levantando su copa.

—Por el difunto Louis. ¡Te aseguro que no me lo tuve que pensar dos veces! Venga, brinda de una vez y deja de calentarte los cascos. No sólo ha muerto, ¡sino que tú mismo le mataste! Acuérdate de Auteuil… ¡Mallory!… Lo dejaste tieso a doscientos metros… Un golpe maestro…

G busca apoyo a tientas en el canto de la mesa.

—El señor se dedicaba a las carreras de caballos, prosigue Patricia con rencor. Se las daba de señorito. ¡Pero eso no va conmigo! Está claro que no me crees. Es igual, carga tu maldita pipa y déjame seguir.

Mira la hora en su minúsculo reloj de pulsera.

—Espabilemos. Tenemos que llegar a Niza antes de medianoche. Y dile a tu perro que deje de rascarse las pulgas…

De repente, mimosa, le da unos golpecitos cariñosos a G en la rodilla.

—No te enfades, gatito mío. Pues claro que no tiene pulgas…

Silencio. Bebe el *whisky* con lentitud. Luego prosigue en voz más baja.

—Con tu permiso, voy a resumir, porque todo este pasado…

Se santigua rápidamente.

—No siempre es muy reluciente. Cuando me conociste, estaba haciendo el cambio… de la calle a la *call-girl*, ¡y el dinero empezó a afluir! En estos casos, no hay que pensárselo dos veces, hay que lanzarse… no hay que dejarse atar… Y tú me atabas, mi pequeño Georges. Me gustaba estar contigo, ¿sabes? Incluso en estos momentos, si no fuera porque todavía sigo guardando un rinconcito limpio para ti, no estaría aquí. ¡Bueno! Tiré por mi lado, y reuní un grupito de chicas espabiladas… Hice lo mismo que hacen los médicos de ahora, que se agrupan varios especialistas y se asocian para reducir sus gastos. Pues bien, yo fui la primera en hacerlo con unas modelos que querían desquitarse; y al cabo de pocos meses nos hicimos con una clientela selecta entre los personajes más ricos e influyentes. Como te puedes imaginar, despertamos bastantes envidias. Así que encontré unos pocos guardaespaldas decididos y capaces para sacarnos de encima a los que estorbaban, y fue así como Louis se convirtió en mi segundo. Empezó como guardián eventual —no sé si me entiendes—, pero muy deprisa se convirtió en mi hombre de confianza, con despacho, secretaria, chófer y todo lo demás… La empresa de importación-exportación había nacido. ¡Pero ojo! Los directores que teníamos eran de cuento, pura fachada. El poder real lo tenía yo. Hasta el día en que comprendí que también lo tenía él, y que trataba algunos asuntos por su cuenta, sin decírmelo. No dudé ni un instante. Corté por lo sano, y se me ocurrió pensar en ti, mi pobre Georges, para librarme de él. Ponme otra gota, anda, porque todos estos recuerdos escuecen un poco. ¿Que por qué en ti? ¿Quieres saberlo? Pues porque tú no eras como los demás. Te había estado observando, te lo puedes imaginar, con el tiempo que llevabas trabajando para nosotros sin siquiera saber qué cara teníamos. Sentía una debilidad por ti, y no por nuestra antigua relación, sino porque tú eras un artista y porque la vida nunca te había brindado una posibilidad. ¿Quieres que siga? ¿Estás seguro?

—Por favor.

—Lo de Auteuil, lo monté yo sólita. Nadie entendió de qué iba. Nadie supo que Monsieur Louis acababa de desaparecer. Lo teníamos todo compartimentado como en los servicios de espionaje.

—Pero… ¿y las voces? —objeta G, mortificado por haber sido manipulado por esa mujer desconocida—. Cuando hablaba con Monsieur Louis, ¡siempre oía la misma voz!

—Sí. Mi voz de hombre. Escucha.

Habla con una voz profunda que sobresalta a Rómulo.

—¡Ésa es mi voz de hombre! ¿La reconoces?

Para no perder el dominio de sí mismo, G vacía la pipa contra su talón. Todavía está aturdido por la revelación, pero apurará el cáliz de la humillación.

—¿Langlois? —dice con un hilito de voz—. ¿Fuiste tú?

—¡Qué remedio! Louis había creado una ramificación política que debía convertirle en un traficante de armas todopoderoso. Pero a mis espaldas, por supuesto. Yo, mi especialidad, era el apartado chantaje. Los fondos iban a parar a una caja común, o por lo menos eso creía yo. Hasta el día que comprendí que tenía la intención de eliminarme. Fui más rápida que él, pero tuve que hacerme cargo del relevo, pues nuestros asuntos no se podían parar de golpe. Había unos compromisos que cumplir.

G levanta la mano.

—Para. No me digas que encargaste tú el atentado contra el ministro de Burundi. ¡Aquella granada! ¡Qué horror!

—Sí —confiesa Patricia—, ya lo sé.

G ya no puede reprimir un repentino ataque de ira.

—¡No! —exclama—. ¡No sabes nada! Yo estaba allí. Me estaba preparando para ir a Châtel, y ese crimen estúpido, contra un perro inocente, me trastornó tanto que he perdido mis reflejos. Si le pegué un tiro a Rómulo y le herí, es exclusivamente por tu culpa. ¡Y mira con qué resultados! Del perro a Langlois, de Langlois al desmoronamiento de su empresa, de su empresa a los chanchullos descubiertos en Bayona, y, de una cosa a otra, el escándalo de los Aserraderos del Morbihan…

—¡Vale, vale! —corta Patricia, que acaba de dejar escapar su voz de mando—. ¡Ya vale! Es precisamente porque todo se está viniendo abajo por lo que te vengo a buscar.

La discusión ha subido de tono. Rómulo se pone nervioso. Patricia vuelve a cambiar de voz. Sin esfuerzo, representa un nuevo papel.

—Como ahora, gracias a las O.P.A. bien llevadas, se pueden obtener sin riesgos los mismos resultados que con el chantaje y la eliminación de los estorbos, no veo por qué tendríamos que seguir viviendo como antes. Por lo tanto, les he dado las gracias a todos mis colaboradores —tampoco tenía tantos: secretarias, eventuales, gente sin problemas. Con una buena indemnización, desaparecen sin dejar rastro. Conservo a un abogado que conoce al dedillo todas las triquiñuelas de la ley, y para ocuparse de las chicas, un cacho tía que conoce el oficio y se las sabe todas. Si me da la gana, puedo volver a empezar en otro sitio. Lo que hundió a Louis, fueron sus delirios de grandeza… Su gente le timaba, llevaba un tren de vida que no iba

a tardar en llamar la atención del fisco, un día u otro… Y además era un chapucero. En nuestra especialidad, uno no puede permitirse improvisar. Quería resultados sustanciosos, y en seguida. Toleraba a su alrededor a unos individuos que le azuzaban contra mí. Yo me esperaba lo peor. Por eso, cuando viniste a Nantes, pensé que era para ajustarme las cuentas. Había dejado a sus cómplices preparados para asumir su sucesión. Todo esto me pone mala, mi pequeño Georges. ¡Y yo que te recibía con el revólver bajo la almohada!

Mete la mano bajo el jersey y saca una pistola automática.

—¡Toma, cógela!

La deja encima de la mesa.

—Y bla, bla, bla —dice Patricia encogiéndose de hombros—. Podría seguir así hasta mañana. Pero estoy harta. O bien me jubilo en Milán donde tengo unos amigos, o bien tú y yo volvemos a montar un negocio, pero de lo más legal. Abre mi maleta… ¡Anda, ábrela!

G forcejea con los cierres. Rómulo, diligente, segunda sus esfuerzos con el morro. La maleta se abre y G, inmóvil, mira.

—¿Sabes cuánto hay ahí dentro? —pregunta Patricia—. Diez millones de francos. Lo suficiente para volver a empezar. Más adelante, iremos a Ginebra a reaprovisionarnos. Tengo una cuenta numerada allá. ¿Así qué? ¿Qué me dices?

Patricia se levanta, prende un Craven, y se alisa el pantalón que le molesta.

—Me gustaría… —empieza a decir G.

Ella le tira una bocanada de humo a la cara.

—¡No! —exclama—. Estoy hasta el gorro de objeciones. Te puedes imaginar que lo he previsto todo. Le echas el cerrojo a tu casita de campo o la alquilas… Ya veremos. ¡Y nos largamos los dos!…

—¡Los tres! —dice G suavemente.

—¿Cómo que los tres?

—Nos lo llevamos.

—¡Ah, ni hablar! ¡Ni lo sueñes! Un animal que nos ha causado tantos problemas.

Se pone a caminar enfurecida por la habitación y Rómulo, frunciendo el ceño, la vigila con preocupación.

—¡Los dos o nada! —dice G concluyente.

—¡Oh! ¡Me estáis empezando a cargar! —suelta Patricia con su voz autoritaria, y esta vez Rómulo reprime un breve ladrido gutural.

—Abandono —dice G—. Yo también estoy cansado.

—¡Tú necesitas que alguien te sacuda!

—¡Basta ya!

Ha conseguido sacar a G de sus casillas, y esta vez Rómulo toma partido. Gruñe.

—Ni que se me fuera a tirar encima —ríe sarcásticamente Patricia.

Coge su pistola automática y apunta al perro.

—¡Cuidado! —grita G.

Ya es demasiado tarde. Rómulo le ha saltado al vientre. Patricia dispara. Un aullido. El perro cae. G se ha lanzado sobre ella. Se produce un corto altercado. Otro disparo, y esta vez es Patricia la que se derrumba. Jadeando, G mira el arma que humea en su mano. Duda, entre los dos cuerpos, no sabe qué hacer.

—¡Estoy lista! —susurra Patricia—. Llama a un cura.

¡Un cura! G, indignado, está a punto de exclamar: «¡No me digas!». Pero recuerda que Pat ha conservado sus hábitos piadosos. Sí, está dispuesto a telefonear a Guenrouet… luego.

Primero está Rómulo. Corre en busca del botiquín y de repente el sentimiento de su impotencia le deja anonadado. A todas luces el perro está perdido. Respira trabajosamente pero sin quejarse. Con los ojos abiertos, hace un esfuerzo para girar hacia su amo una mirada que se apaga. G le acaricia la frente, la mejilla, le habla bajito para que oiga hasta el final la voz amada…

—Perrito mío… No me avergüenzo… Te aguanto la patita… ¿Te duele, eh? ¡No tanto como a mí! Yo también me muero. Aquí… Se acabó. Adiós, mi Rómulo…

Nunca le ha cerrado los ojos a un muerto. Lo intenta varias veces. Bajo los párpados que tienden a abrirse de nuevo, los ojos brillan con el último resplandor y G tiene que rogarle, muy bajito… «Déjate ir. Duerme. Olvida. Sí, mi perro, mi amigo». Patricia sigue gimiendo. Siente deseos de golpearla. ¡Un cura! ¡Ya te daré yo curas a ti!

Llama sin embargo a la sacristía. Tiene la voz ronca de lágrimas contenidas.

—Oiga… es para una confesión… Sí, una persona en peligro de muerte… La casita, en frente de la pista forestal… Eso es… Le espero…

Y ahora, ¿qué hacer? Llevar a Rómulo a su litera. Levantando al perro toma conciencia de hasta qué punto todo se acabó; la cabeza cuelga, las patas se balancean, el cuerpo no es más que un bulto fláccido. Deposita el cadáver encima de su manta, lo dispone de modo que aparente estar dormido, con las

orejas bien planas, la cola bien puesta, el pecho debidamente enjuagado. Sí. Duerme.

Pasemos a la otra, ahora, a la culpable de todo. Patricia llama. Susurra: ¡perdón! ¡A buena hora! G la contempla desde arriba, postrada, ridícula con sus brillantes en las orejas y su crucecita de oro entre los senos. ¡Tanto daño como ha hecho! ¡Y el cura le dará la absolución! ¡Demasiado fácil! Y en cambio, Rómulo, que es todo inocencia… ¿Pero se les da acaso la absolución a los animales? ¿Cómo se hacían estas cosas antaño, en el circo? Lo ha olvidado. ¡Y Dios sabe cuánto se les llegaba a querer, a los animales! ¡Y todo el personal del circo, formando un cortejo, les acompañaba a la fosa! Y eso estaba bien, sin duda. Pero no era suficiente…

El petardeo de la Mobylette. Ha llegado el cura, un cura jovencito, con barba, ataviado con un pantalón vaquero gastado y un jersey de marinero con botones en el hombro. ¿Un accidente? Si usted lo dice. Se limpia el revólver y éste se dispara. «Ayúdeme…». Incorporan a la moribunda. Ella trata de hablar. El joven sacerdote se inclina, pega el oído a la boca de la herida. Por mucho que diga «hable más alto», las palabras siguen inaudibles. Insiste un poco para que no se diga, y se pone en pie. Nunca oirá la confesión de tantos crímenes abominables. Hinca una rodilla en el suelo santiguándose y mascullando velozmente unas frases, y, mirando la hora en su reloj, dice para disculparse:

—Tengo que ocuparme de varias parroquias.

G no le deja marchar.

—Hay alguien más, aquí al lado.

El cura se sorprende, pero accede a seguir a G a la habitación contigua.

Se detiene, sobrecogido, ante el cuerpo del perro.

—Sí —dice maquinalmente—, ya veo. Es un perro.

—¡No! —le corrige G—. Es mi perro. Él también tiene derecho a una plegaria.

El cura se queda pasmado.

—¡Cómo se le ocurre! —dice—. Por los animales no se reza.

—¿Por qué no?

—Pues mire, porque no tienen alma.

—¿Y usted qué sabe?

—Ahora no es el momento de discutirlo, protesta el cura. Comprendo su dolor. Es por usted, mi pobre amigo, por quien hay que rezar. Yo no puedo hacer nada. Tengo que atenerme a la regla.

Se enfrentan con la mirada y G cede, pero añade:

—Yo, señor cura, se lo aseguro, mi perro tiene alma. Le compadezco. —Y acompaña silencioso al cura hasta la carretera. Está fuera de sí. Ya nada tiene sentido. Entra de nuevo en la casa. Tiene que apoyarse en los muebles. Sin embargo, saca todavía fuerzas para telefonear a la gendarmería. Da sus señas.

—¡Es por alguien que va a morir! —dice.

Cuelga, recoge la pistola del suelo y se mete en la cocina. Se acerca a su perro, se arrodilla, le acaricia, apoya la frente contra el costado que está tibio todavía.

—Te han echado de todas partes —dice—. Y a mí también. Pero me escogiste, y yo también te escogí a ti. O sea, que ni hablar de separarnos. Donde tú vayas, voy yo también, porque te quiero. Espérame, mi Rómulo.

Busca, con la punta de los dedos, el sitio correcto en su pecho. Dispara, y su sangre se mezcla con la sangre del perro lobo.



Boileau-Narcejac es el seudónimo conjunto de dos famosos escritores franceses de obras de suspense e intriga, algunas de las cuales forman parte de los clásicos de la literatura policíaca y que han sido adaptadas a la pantalla grande o pequeña por maestros del séptimo arte, como Henri-Georges Clouzot o Alfred Hitchcock.

Tras su encuentro en 1948, deciden iniciar su colaboración, en la que Boileau se responsabilizará del argumento y Narcejac de la creación de la atmósfera de la novela y de la personalidad de los protagonistas.

Juntos publicaron un total de 43 novelas y 4 obras de teatro. Una de sus obras más célebres, *Celle qui n'etait plus*, fue llevada al cine bajo el título de *Las diabólicas* por el director Henri-Georges Clouzot en 1954. También son conocidos por su obra *D'entre les morts*, que Alfred Hitchcock llevaría magistralmente a la gran pantalla con el título de *Vértigo*.

PIERRE BOILEAU (París, Francia, 1906 - Beaulieu-sur-Mer, Francia, 1989). Ganador del Prix du Roman d'Aventures en 1938 con su novela *Le Repos de Bacchus*.

THOMAS NARCEJAC (Rochefort-sur-Mer, Francia, 1908 - Niza, Francia, 1998). Pierre Ayraud, conocido como Thomas Narcejac, ganó el Prix du Roman d'Aventures en 1948 con su novela *La Mort est du Voyage*.